

UNA PALABRA PROBADA

La oración sacerdotal del Señor Jesús poco antes de ir a la cruz está siendo muy recordada hoy, en especial aquellos pasajes que hablan acerca de la unidad de los cristianos.

Sin duda, ha habido y hay muchos intentos de unidad, en distintas partes del mundo, y con diferentes énfasis, alcances y resultados. Sin embargo, debemos reconocer que, concretamente, abundan más las acciones en el sentido inverso a la unidad que a favor de ella, y con resultados alarmantes. Entonces surgen preguntas que tienen difícil respuesta: ¿Por qué la oración del Señor no ha sido contestada aún? ¿Será contestada en el futuro?

Los mensajes centrales de esta edición de «Aguas Vivas» tratan sobre este tema. Estos mensajes fueron impartidos en un Retiro reciente de varias iglesias locales, en el mes de enero de 2005, cerca de Rancagua, en Chile. Lo más destacado de ellos no son sólo los mensajes en sí mismos, sino el hecho de que fueron dados en un contexto de unidad, en que cristianos de distinta procedencia e historia han visto la voluntad de Dios al respecto y están obedeciendo a esa voluntad.

Para ellos la unidad no es sólo un discurso dicho en un evento circunstancial acerca de la unidad, sino que es un camino de cada día, con todas las dificultades y tropiezos inherentes, pero también con los gozos de saberse agradando al Señor.

Estos mensajes han sido transcritos casi textualmente, y son ofrecidos ahora a todo el Cuerpo de Cristo, con la esperanza de que contribuyan a derribar los muros que lo dividen tan tristemente. A ellos hemos agregado algunos mensajes de cristianos del pasado, que predicaron y soñaron la unidad, con diversa suerte en sus respectivas experiencias.

Que el Señor nos muestre su gracia para agradar su corazón.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / Año 6 · Nº 32 · Marzo - Abril 2005

UNA MIRADA PROFÉTICA

5 La profecía de Balaam

La profecía de Balaam anunció con siglos de anticipación la lucha de poderes entre los Imperios de Oriente y Occidente.
Christian Chen.

TEMA DE PORTADA

14 La comunión celestial

La comunión es el estilo de vida que la Divinidad ha tenido en la eternidad.
Roberto Sáez.

20 Testigo de la comunión eterna

Juan, el apóstol del amor, es testigo de la comunión eterna entre el Padre y el Hijo.
Marcelo Díaz.

26 El vínculo superior

La gloria de la presencia de Cristo en nosotros es el vínculo que hace posible la unidad.
Gonzalo Sepúlveda.

33 La palabra de la cruz

Una clave para tratar todos los problemas en la iglesia local.
Cristian Cerda.

38 La comunión del Espíritu Santo

La Trinidad es la virtud y el modelo de la comunión del Cuerpo de Cristo.
Gino Iafrancesco.

LEGADO

47 La unidad de la Iglesia

Un análisis de la unidad de la Iglesia a la luz de 1ª Corintios.
A. B. Simpson.

52 Jesucristo, Señor de ellos y nuestro

El terreno del cristiano no son las denominaciones ni las organizaciones, sino Cristo.
T. Austin-Sparks.

5 La comunión del cuerpo

El Cuerpo de Cristo es la base de la comunión de la Iglesia.
Watchman Nee.

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

62 El prisionero de Aberdeen

La historia de Samuel Rutherford.

66 Cartas desde la prisión

Extractos de cartas de Samuel Rutherford.

ESTUDIO BÍBLICO

- 73** Bosquejo de Génesis. *A. T. Pierson.*
- 74** Viendo a Cristo como el Siervo de Dios
El Evangelio según Marcos. *Stephen Kaung.*
- 84** Las salidas de Dios (2ª Parte)
Estudios sobre el Éxodo. *J. Alec Motyer.*
- 92** Los nombres de Cristo
El Hijo del Hombre. *Harry Foster.*
- 94** Bosquejos

BIBLIA

- 95** Los números en la Biblia
«El número 8». *Christian Chen.*
- 97** Preguntas & Respuestas
- 98** ¿Cuánto sabe de la Biblia?
Ponga a prueba sus conocimientos sobre los grandes pasajes de la Biblia.

FAMILIA

- 100** El ministerio de las hermanas
Mensaje sobre el lugar de la mujer en el orden de Dios, su servicio práctico en la iglesia local, y el cubrirse la cabeza. *Ellen Wu.*

APOLOGÉTICA

- 105** Jesucristo, Señor del colegio y la universidad
Algunos mitos de la enseñanza de las ciencias en los centros de estudio. *Ricardo Bravo.*

REPORTAJES

- 110** La historia del frasco
Una maravillosa historia real. *Richard H. Harvey.*

SECCIONES FIJAS

- 4** Maravillas de Dios
- 46** Joyas de inspiración
- 72** Bocadillos de la mesa del Rey
- 112** Página del lector

Separatas (Sólo en Chile): «Tesoros» (Niños) · «Despertar» (Adolescentes) «Buscando Más» (Jóvenes).

Foto de portada: «*Bella hortensia*».

Las imágenes de esta edición no tienen necesariamente relación con personas o lugares mencionados en los textos, salvo que se indique lo contrario.

TOCANDO LA CÚPULA DEL CIELO

El compositor Jorge Federico Haendel había llegado a un fatal momento de su vida en que todo le parecía inútil. Ya nadie se complacía en escuchar sus composiciones; la inspiración había huido de él, y estaba, digámoslo así, en bancarrota. Una noche, profundamente desanimado, regresó a su casa, obsesionado por una sola idea: descansar, dormir, olvidarlo todo.

Subió lentamente las gradas de su humilde estudio, mecánicamente encendió las velas sobre su mesa de trabajo, y en seguida frunció el ceño. ¿Qué contendría aquel paquete que descansaba sobre el escritorio? Lo abrió, y al ver la palabra «Oratorio», lo puso a un lado. ¿Quién se estaba burlando de él? Todos sus últimos esfuerzos en componer oratorios habían fracasado. Rompió en mil pedazos la carta, pisoteó con ira el suelo y se tiró sobre su cama deseoso de dormir.

Pero el insomnio se apoderó de él. Una tempestad agitaba su pecho. Al fin se levantó, encendió nuevamente las velas y llevó el manuscrito hacia la luz. Leyó el título: «El Mesías» y, en seguida, las palabras «¡Consolaos! ¡Consolaos!». Éstas le llamaron la atención: era el maravilloso principio de la poesía y, a la vez, un desafío celestial al ánimo apagado del compositor. Apenas había leído las primeras palabras, éstas empezaron a traducirse en un lenguaje musical que se elevaba hacia el cielo. Una vez más Haendel volvía a oír tonos musicales después de una larga sequía.

Con los dedos temblorosos pasaba las páginas. Se sentía llamado a elevar su voz con gran fuerza en un numeroso coro. Ya oía vibrar los instrumentos al soplo poderoso de las tubas, sostenido por los acordes fulminantes del órgano.

Desapareció el cansancio; fue bañado en un mar de tonos musicales que corrían como olas sobre su alma.

Tomó su Biblia y empezó a leer las profecías del Mesías prometido, su advenimiento, y al fin, su ascensión al Padre. El fuego divino ardía nuevamente en su ser; las lágrimas inundaban sus ojos. Tomando la pluma, comenzó a traducir sobre el pentagrama lo que resonaba en su mente y en su corazón. La ciudad dormía bajo el manto de una densa oscuridad, pero el espíritu de Haendel estaba iluminado por una luz celestial, y su cuarto vibraba de música.

Día y noche estuvo entregado a su tarea. Cuanto más se acercaba el fin de su composición, con mayor violencia le azotaba el temporal de esta avasalladora inspiración. Ya pulsaba el clavicordio, ya cantaba, ya escribía con ligereza. Nunca antes había vivido una batalla musical similar.

Quedaba sólo una palabra para ser ungida por la inspiración —el «Amén»—. Eran sólo dos sílabas, pero ellas debían alcanzar los cielos. El compositor dilató la primera sílaba hasta sentir que llegaba no solamente una catedral, sino también la misma cúpula del cielo.

Al fin, después de veinticuatro días —un milagro en el mundo de la música— fue terminado el oratorio. La pluma cayó al suelo, y Haendel durmió por 17 horas seguidas. Al levantarse, se sentó al clavicordio y tocó con desbordante alegría la última parte. Una vez que hubo terminado, un amigo le dijo: «¡Nunca en mi vida he escuchado una cosa parecida!».

Haendel, con la cabeza inclinada, respondió: «Dios me ha visitado».

Alfredo Lerín, 500 ilustraciones.

La profecía de Balaam anunció con muchos siglos de anticipación la lucha de poderes entre los Imperios de Oriente y Occidente.

La profecía de **Balaam**



Christian Chen

En Números 24 tenemos una profecía muy interesante que es llamada la ‘profecía de Balaam’. Esta fue proferida aproximadamente 1400 años antes de Cristo, siendo una de las profecías más antiguas de la Biblia. Ella se relaciona principalmente con la humanidad de un modo general. A partir de esta profecía es posible establecer un esbozo de la historia mundial. Al estudiar las otras profecías con respecto a la humanidad se percibe que todas, en alguna medida, derivan de esta profecía de Balaam.

El origen de las naciones

Pero antes de estudiar la profecía de Balaam, veamos lo que comúnmente se cree con respecto al origen del mundo en la Biblia.

En Génesis 10 tenemos el origen de las naciones según la Biblia, especialmente en los versículos 1-2, 5-6, 20-21, 31-32. En esos pasajes se relata la distribución de las naciones después del diluvio. En el principio había sólo ocho personas: Noé, su esposa, sus tres hijos y tres nueras. A partir de ellos, la humanidad se diseminó por toda la tierra. Entonces tenemos los

hijos de Jafet, de Cam y de Sem. De ellos surgirán todas las naciones. Al estudiar las profecías con respecto a las naciones, veremos que esos nombres son importantes. Por ejemplo, Gomer, el hijo de Jafet, es hoy Alemania, Magog es Rusia, Madai es Persia, Javán es Grecia.

En Ezequiel 38, cuando se menciona la batalla de Armagedón, se dice que habrá una Confederación del Norte, y usted puede estar muy seguro que Rusia será el líder de esa Confederación.

«Los hijos de Cam: Cus, Mizraim, Fut y Canaán ... Y Cus engendró a Nimrod, quien llegó a ser el primer poderoso en la tierra. Este fue vigoroso cazador delante de Jehová; por lo cual se dice: Así como Nimrod, vigoroso cazador delante de Jehová» (Gn.10:6,8-9). Babel aquí significa simplemente Babilonia. La nación de Babilonia fue fundada por Nimrod. Hoy Babilonia es Irak. La ciudad de Babilonia se localiza exactamente a una hora de Bagdad, capital de Irak. Nimrod y su pueblo construyeron la ciudad de Babilonia y la torre de Babel, en la tierra de Sinar. La tierra de Sinar es Mesopotamia, que hoy corresponde a Irak, aquella región del Golfo Pérsico.

Al visitar Jerusalén y Palestina, usted observará que el escenario en Jerusalén y en Sinar son completamente diferentes. En Jerusalén usted queda impresionado con la cantidad de rocas y piedras que hay por todas partes. Sin embargo, en Babilonia, en la planicie de Mesopotamia, usted no encuentra piedra alguna. Por eso, para construir la torre de Babel, los hom-

bres dijeron: «Hagamos ladrillos y quemémoslos muy bien. Vamos a hacer que los ladrillos parezcan piedras». ¿Percibe cómo Babilonia quiere parecerse a Jerusalén? Jerusalén es construida con piedras; Babilonia es construida con ladrillos.

Para estudiar lo que está sucediendo hoy con Irak, con Kuwait, con Siria e incluso con Israel, tenemos que trazar el origen de esos países hasta el origen de esas naciones. Esto es muy importante. Cuando el Espíritu Santo da la lista de esos nombres, cuando habla sobre los hijos de Cam, menciona especialmente a Cus. Nimrod es el hijo de Cus. Pero el Espíritu Santo no puede dejar de hablar algo más, porque él sabe que esto es extremadamente importante, pues se relaciona con la historia de la humanidad. Tenemos aquí una clave muy importante: Babilonia es sumamente importante para la historia de la humanidad y necesitamos conocer al fundador de esa nación.

Para entender aquella gran estatua descrita en el capítulo 2 de Daniel, debemos comenzar por Nimrod. Necesitamos conocer este personaje muy bien. Sabemos que Noé tenía tres hijos. Cierta vez Noé se embriagó. Cam, uno de ellos, exhibió la desnudez de su padre, pero los otros hijos, Jafet y Sem, intentaron cubrir su desnudez. Cam fue, entonces, maldecido. Aquí surge la historia de Babilonia.

Babilonia es un poder unificado contra Dios desde su origen. Ese es el resultado de la maldición, ese es el resultado del pecado. Necesitamos ver todo eso desde el punto de vista espiritual. Cuando leemos la lista de

los hijos de Cam en el capítulo 10, recordamos especialmente que Nimrod fue el fundador de la nación de Babilonia.

Después vemos la descendencia de Sem, y allí encontramos a los descendientes de Abraham. Tenemos a los israelitas, tenemos a los descendientes de Ismael – incluyendo a los árabes. En ese lenguaje podemos descubrir el origen de las naciones y podemos entender las profecías con respecto a los gentiles.

¿Cuántas naciones son mencionadas en Génesis? Allí encontramos un total de setenta naciones. Son setenta naciones que representan al mundo entero. ¡Eso es extremadamente interesante!

El Evangelio de Mateo relata que el Señor Jesús envió doce discípulos para una misión de evangelización. Cuando está implicado el pueblo de Israel, tenemos el número 12. En el Evangelio de Lucas, sin embargo, es diferente. Entre los escritores del Nuevo Testamento, Lucas es el único gentil. El Espíritu Santo lo usa como vaso para predicar el evangelio a los gentiles. El Evangelio de Lucas es universal.

¿Cuántos discípulos envió el Señor? El evangelista Lucas nos dice que fueron enviados setenta discípulos. Eso significa que el evangelio es para el mundo entero. En Lucas descubrimos las setenta naciones. Es por eso que en ese evangelio nuestro Señor envió setenta discípulos. Gracias a Dios, al estudiar los evangelios percibimos que no solamente los judíos ocupan el corazón de Dios, sino el mundo entero.

El profeta Balaam

La profecía de Balaam es muy importante. Hay algo en ella que es fuera de lo común. Esta profecía fue enunciada por alguien que era 100% gentil. No sabemos por qué la Biblia lo llama profeta. En realidad era un adivino y hechicero. Era un apóstata, un astrólogo. No podemos entender por qué, en 2ª de Pedro, Balaam es descrito como profeta. Pero una cosa sabemos respecto de Balaam: él era 100% gentil. Dios hizo algo fuera de lo común. Él revela cuestiones muy importantes por medio de esta profecía dicha por un gentil. Allí Dios revela algo respecto de los gentiles. Dios ya había hecho esto antes. Se había revelado a Abimelec y a Faraón, que eran gentiles. Más tarde, cuando estudiamos el capítulo 2 de Daniel, veremos que Dios se reveló en sueño a Nabucodonosor, el cual era también 100% gentil.

Aproximadamente 1500 años antes de Cristo, por causa de la mano soberana de Dios, Balaam fue usado para darnos una maravillosa profecía. Tal vez usted se pregunte: ¿Cómo alguien como Balaam puede decir una palabra profética? Dios es un Dios de humor. Al estudiar la historia de Balaam, llegamos a un episodio cuando su asna habló con voz humana. ¿Cómo Dios pudo colocar esos incidentes en la historia? ¡Parece que Dios está queriendo consolarnos! ¿Qué significa eso? ¿Cómo podemos explicar el hecho de que una asna hable como una persona? Hablar es contra la naturaleza de un asno. Pero Dios puede abrir la boca de un asno.

Cuando estaba casi entrando en la

En esta profecía, la palabra *estrella* se refiere a la primera venida del Señor. El *cetno* se refiere a su segunda venida.

tierra prometida, el pueblo de Israel necesitaba atravesar la tierra de Moab. En las planicies de Moab, que hoy es territorio de Jordania, habitaba un pueblo cuyo rey se llamaba Balac. Balac temía a los israelitas. Sin embargo, los moabitas fueron informados de que había un poderoso astrólogo, un adivino muy poderoso, tan poderoso que cuando maldecía a alguien, esa persona quedaba maldita para siempre. Entonces el rey de Moab pensó: «Vamos a darle una gran suma de dinero a Balaam para que maldiga al pueblo de Israel. Así los venceremos». Envío mensajeros a la tierra de Sinar, la tierra de Babilonia. Y Balaam no sólo fue invitado una vez, sino dos veces. Ellos pensaban que, si conseguían la venida de Balaam, todo estaría bien.

Nosotros sabemos que Balaam causó problemas al pueblo de Israel. Él consiguió que los hijos de Israel cometiesen fornicación. Después de cometer ese pecado, la Biblia dice que hubo una terrible enfermedad entre ellos. Era una enfermedad semejante al SIDA. En realidad, el SIDA no es una terrible enfermedad solamente en este siglo. Una enfermedad semejante ya había acontecido en la época de Balaam.

Pero nuestro Dios es maravilloso, pues cuando Balaam vino a tierra de

Moab, cuando comenzó a maldecir al pueblo de Israel, por algún motivo sus palabras no fueron contra el pueblo de Israel. Al estudiar esas palabras de bendición, percibimos que son poemas, hermosos poemas. ¿Cree usted que esos hermosos poemas proceden de boca de un astrólogo?

Al decir esos hermosos poemas, Balaam bendijo en lugar de maldecir. Esto es muy interesante, pues sucedió algo completamente contra su naturaleza. Nuestro Dios es Dios del cielo y de la tierra. Él está por encima incluso de alguien como Balaam; Dios tiene control de todas las cosas. Cuando Balaam quiso maldecir al pueblo de Israel, dijo una bendición. Una vez, dos veces, tres veces. ¿Recuerda cómo Dios abrió la boca de la asna y comenzó a hablar como una persona? Ahora sucedió algo semejante, pues Balaam comenzó a hablar con la voz de Dios. Así tenemos esta profecía de Balaam. ¡Esto es algo maravilloso!

La profecía de Balaam

«*Lo veré, mas no ahora; lo miraré, mas no de cerca*» (Nm. 24:17). Balaam vivía en el mundo de los ídolos. Cuando se dirigía a un ídolo, usaba el pronombre neutro, el pronombre que se refiere a las cosas. Cuando se vive en el mundo de los ídolos, se vive en un mundo vacío. En lo profundo de su corazón, Balaam sabía que en este universo había una Persona mayor que todos los ídolos, y su corazón anhelaba a esa Persona. Por eso en su profecía, se refiere directamente a Dios, llamándolo «él». Balaam se refiere a Dios usando el pronombre masculino, no el pronombre neutro

que acostumbraba usar para referirse a los ídolos que adoraba e invocaba.

La profecía de Balaam representa el corazón, el anhelo, de todas las personas. Al predicar el evangelio a una persona, recuerde la profecía de Balaam. Aunque Balaam era famoso en el mundo de los ídolos, él dijo: «*Lo veré, mas no ahora; lo miraré, mas no de cerca*». ¿Qué significa eso? Si continúa leyendo, usted descubrirá que es una hermosa profecía. Allí habla sobre la esperanza de este mundo.

Encontramos una maravillosa profecía más en el versículo 17: «*Saldrá ESTRELLA de Jacob, y se levantará cetro de Israel*». Esta es una profecía acerca de nuestro Señor. Él es la estrella que sale de Jacob. Vivimos en un mundo en tinieblas, el Señor mismo pudo testificar que vivió en un mundo oscuro. Pero, un día, el Salvador había de nacer en Belén. Una estrella saldría de Jacob.

En esta profecía, la palabra *estrella* se refiere a la primera venida del Señor. El *cetro* se refiere a su segunda venida. El pueblo de Israel está esperando al Mesías. Un día los pies de nuestro Señor pisarán en el Monte de los Olivos y ellos reconocerán que realmente el Señor Jesús es el Mesías. ¡Aleluya, de Israel se levantará un cetro!

En el capítulo 2 de Mateo está escrito sobre los magos que vinieron de Oriente para adorar a nuestro Señor. ¿Cómo esos magos supieron que el Rey había nacido? ¿Recuerda lo que ellos dijeron? «*Su estrella hemos visto en el oriente*». ¡Oh, aquí tenemos algo maravilloso! Balaam profirió la profecía: «*Saldrá ESTRELLA de Jacob*».

Fue por esa razón que el Espíritu Santo usó a Balaam para profetizar esa profecía. Balaam era de aquella región de Irak y de Irán. Entonces, a través de la profecía de Balaam, los magos tomaron conocimiento del nacimiento del Rey. Esos magos y la adoración que ellos ofrecieron al Señor nos representan a todos nosotros los gentiles, confesando que él es nuestro Rey.

La historia de la humanidad en la profecía de Balaam

¿Qué acontece en las páginas de la historia de la humanidad entre la primera venida del Señor y su segunda venida? A medida que leemos la profecía de Balaam, pese a haber sido dicha 1500 años antes de Cristo, percibimos que allí se encuentra todo el esbozo de la historia de la humanidad.

«*Porque el ceneo será echado, cuando Asiria te llevará cautivo*» (Nm. 24:22) Es necesario usar el lenguaje bíblico para interpretar la Palabra de Dios. Asiria, en la profecía, se refiere al Imperio Asirio, pero también se refiere al Imperio Persa y al Imperio Babilónico. Eso representa el poder del Oriente. Ese es el poder que está al lado derecho del Mar Mediterráneo.

¿Quiénes eran los ceneos? Los ceneos en realidad eran los madianitas. Los amalecitas fueron los primeros enemigos del pueblo de Dios que Israel encontró en el desierto. Pero, en el desierto, los ceneos fueron sus mejores amigos. El suegro de Moisés era ceneo. Los ceneos eran una tribu pequeña y muy débil. Eran exactamente como el Kuwait de hoy. En realidad, los ceneos eran menores que el pueblo de Israel. Aún así, eran una parte

de la realidad política de aquella época. Eran una de aquellas setenta naciones a pesar de ser una de las menores, y eran amigos del pueblo de Israel.

¿Qué significa *«porque el ceneo será echado, cuando Asiria te llevará cautivo»*? Eso significa que un día surgiría un poder en Oriente. Y la historia muestra que eso se cumplió, pues 600 años antes de Cristo surgió el Imperio Babilónico que alcanzó su clímax con Nabucodonosor. Después de ese imperio, surgió el Imperio Persa.

El Imperio Babilónico y el Imperio Persa capturaron muchas naciones. Por ejemplo, el Imperio Babilónico abarcaba lo que hoy conocemos como Irak, Kuwait, Siria, parte de Turquía y también Israel. No solamente los ceneos fueron cautivados; la historia muestra que también los israelitas lo fueron. Daniel fue uno de ellos. Él fue llevado cautivo a Babilonia cuando estaba en plena juventud.

«Vendrán naves de la costa de Quitim, y afligirán a Asiria, afligirán también a Heber; mas él también perecerá para siempre» (Nm. 24:24). Después del surgimiento de ese poder del Oriente, un día habría también un poder en Occidente. *«Vendrán naves de la costa de Quitim»*. ¿Qué significa Quitim? Quitim es hoy Chipre. La isla de Chipre está localizada en el Mar Mediterráneo (Bernabé era natural de Chipre). Era una isla muy importante en aquel Gran Mar. La profecía dice que después de Asiria surgiría otro poder en Occidente. Ellos cruzarían el Gran Mar e invadirían el Medio Oriente y afligirían a Asiria y también a Heber. Heber significa los descendien-

tes de Abraham; no solamente los israelitas, sino también los árabes.

De acuerdo, entonces, con ese gráfico de la historia mundial, primeramente surge un poder en el Medio Oriente. Pero surge después el poder de Europa al otro lado del Gran Mar. Aquí surge Alejandro el Grande, que conquistó todo el Medio Oriente. En cinco años conquistó todo el mundo conocido de la época. Sabemos que ese poder vino de la costa de Quitim. Después de eso, surge el Imperio Romano que dominó al Imperio Griego. De esa forma, podemos ver que en torno al Gran Mar hay poderes que surgen. Dos poderes en el Oriente y dos poderes en Occidente, o sea, dos en el Medio Oriente, dos en Europa. Eso nos da un esbozo de la historia de la humanidad, especialmente de las naciones que rodean el Gran Mar.

Al leer el capítulo 2 de Daniel, todo queda muy claro. Allí se describe aquella gran estatua con cabeza de oro, pecho de plata, vientre de bronce y piernas de hierro. Si estudia ese capítulo usted descubrirá que esa es una maravillosa profecía que dice que en torno al Gran Mar habría cuatro poderes. Cuatro imperios surgirían de aquella región. Si estudia la historia de China, usted descubrirá que existieron muchos imperios allí, pero ninguno está registrado en la Biblia. Cuando la Biblia habla de la historia mundial, a través de la profecía de Balaam, el enfoque es desde el punto de vista de Dios.

La Geometría enseña que, para localizar un punto, usted necesita dos ejes. Entonces dos puntos presuponen dos lugares diferentes. Dios puso el

origen del mundo en torno al Mar Mediterráneo. Allí surgieron el Imperio Griego y el imperio Romano. Desde aquel punto, desplazándose hacia el este se tiene el Oriente. Si se mueve hacia el oeste, se tiene Estados Unidos, Canadá, Brasil. No se enoje con el Señor. Él puso el origen del mundo allá en el Gran Mar. La historia de la humanidad comenzó en Medio Oriente y allí concluirá. Cuando observamos lo que está sucediendo hoy, sabemos que ese día final está llegando. La historia de la humanidad comenzó en el Medio Oriente. ¿Usted sabe dónde se localizaba el Huerto de Edén? El Edén quedaba cerca del Golfo Pérsico, cerca de la tierra de Sinar. Así tuvo inicio la historia de la humanidad, y de allí todas las naciones se diseminaron.

Después que surgieron las naciones, gradualmente surgió un poder mundial, un conquistador: Nabucodonosor. Él conquista grandes partes del mundo y forma un imperio. Surge, en seguida, el Imperio Persa y, después, el Imperio Griego. Son Imperios localizados en ambos lados del Gran Mar. El territorio del Imperio Romano ocupaba un área de cerca de 14.400 kms. de este a oeste, y 9.600 kms. de norte a sur – un brazo al Oriente, y otro al Occidente. Por eso se dice que Roma conquistó al mundo.

Siempre considero a China como el centro del mundo. China significa «nación central». Por eso, cuando los chinos pensamos en el mundo, pensamos solamente en China. Ese es el punto de vista chino, pero no es el punto de vista de Dios. Aunque nos sintamos frustrados por eso, aún así

tenemos que ajustarnos al punto de vista de Dios. Los norteamericanos se sienten muy frustrados porque, cuando estudian la Biblia, hasta China puede ser hallada en la Biblia, pero no USA. Ellos necesitan hallar USA en la profecía. Tiene que haber alguna cosa en la Palabra de Dios que mencione USA. Finalmente descubrieron una solución: USA puede ser encontrada en la palabra JerUSAlén. Bien en el corazón de esa palabra aparecen las letras USA.

Nos guste o no, la verdad es que no encontramos ni a Estados Unidos ni a Brasil en la Biblia¹. Estos países están localizados en el extremo de Occidente. La historia de la humanidad comenzó en Medio Oriente y, poco a poco, se fue trasladando hacia Occidente. Primeramente hubo un poder en Oriente y después un poder en Occidente lo absorbió. De esa forma, el centro político del mundo se trasladó del oriente al occidente, a Europa.

Sin embargo, según el capítulo 5 del libro de Zacarías, un día ese centro político volverá nuevamente al Medio Oriente. Y eso ya está gradualmente sucediendo. Cuando algo sucede en Medio Oriente, todo el mundo sufre las consecuencias. En Brasil existen algunos conflictos, pero aunque los brasileños jueguen con eso, nada tan serio sucede – no influye en el mundo global. En cambio, con los países y gobernantes del Medio Oriente es diferente.

¿Cómo es que el Medio Oriente

¹ Este mensaje fue impartido originalmente en Brasil. (Nota del Editor).

llegó a ser tan importante? De acuerdo con la voluntad de Dios, de acuerdo con la profecía de Balaam, debemos recordar que la historia de la humanidad comenzó en el Medio Oriente. Luego, el centro político poco a poco se fue trasladando a Occidente. Pero antes el regreso del Señor, la atención del mundo se va a volver nuevamente al Medio Oriente, y eso está exactamente de acuerdo con la voluntad de Dios.

Lo mismo sucedió con el evangelio. El evangelio del Señor Jesucristo comenzó a ser predicado en Medio Oriente, en Jerusalén: de Judea hasta los confines del mundo. Pablo oyó el llamado de aquel varón de Macedonia y se dirigió hacia allá. Fue así que el evangelio llegó hasta Europa.

Cuando hablamos sobre la historia de la iglesia, teniendo la Biblia como referencia, nos referimos principalmente a esa parte del mundo. Pero no olvide, en las últimas páginas de la historia mundial, el Imperio Romano será restaurado y estará bajo el liderazgo del último dictador. En la Biblia ese dictador es llamado el anticristo. En esa época, su dominio será mundial. Muchas veces ponemos nuestra atención sobre aquellos diez dedos. Pensamos mucho en la Comunidad Europea. Pero en los últimos 1260 días de la historia de la humanidad, surgirá el mayor imperio de la humanidad, bajo el liderazgo del anticristo. Él unificará el poder político, el poder religioso y el poder económico. Todo estará en sus manos. Él se levantará contra Cristo.

Al leer los diarios, usted necesita leerlos bajo la perspectiva bíblica. Si

leemos toda la historia del mundo desde el punto de vista de Dios, descubriremos que todo eso, en verdad, está de acuerdo con su voluntad.

Considerando la localización geográfica del Mar Mediterráneo, llamado en la Biblia el Gran Mar, y los países que lo circundan, podemos ver cómo la profecía es verdadera y cómo la historia de la humanidad tiene allí sus principales acontecimientos. A la derecha del Gran Mar está localizado el Medio Oriente: Israel, Siria, Jordania, Arabia Saudita, Kuwait, Irak e Irán. El primer imperio, como ya dijimos, fue el Imperio Babilónico, cuyo centro se localizaba en Irak. Después surgió el Imperio Persa – que es Asiria, mencionado en la profecía de Balaam. Ese Imperio surgió de Persia, que hoy es Irán. Después de esos imperios surgieron los poderes de Occidente que invadirían el Medio Oriente. Esos imperios se localizan a la izquierda del Gran Mar. Tenemos allí el Imperio Griego y el Imperio Romano.

Es por esa razón que en el capítulo 7 de Daniel aparecen cuatro bestias que surgen del mar. Esas bestias representan esos cuatro imperios. ¿Por qué esas bestias surgen del Gran Mar? Eso significa que esos imperios están circundando el Mar Mediterráneo. En el extremo oriente, tenemos a China y, en Occidente a los Estados Unidos, Canadá, etc. En la última batalla –el Armagedón– habrá tres confederaciones: una del Norte, una de Occidente y otra de Oriente. De acuerdo con Ezequiel, la confederación del Norte es Rusia. La confederación occidental seguirá al anticristo;

él y su ejército van a atrincherarse en Armagedón. El gran río Éufrates, según la profecía, se secará. En esa última guerra, un ejército de 200 millones de soldados vendrá de Oriente, provenientes, posiblemente, de India y/o China. Todos ellos se juntarán en el campo de batalla llamado Armagedón. De acuerdo con Napoleón Bonaparte, Armagedón es uno de los campos de batalla más perfectos del mundo. Sabemos que la historia va a terminar en ese campo de batalla. Será una guerra sangrienta, habrá un gran mar de sangre. Finalmente, la historia de la humanidad concluirá.

El Señor, en esa época, descenderá de los cielos, y sus pies tocarán el Monte de los Olivos. Entonces será el final de la historia. Ese ejército que viene de Occidente será destruido porque, cuando los pies del Señor toquen el Monte de los Olivos, habrá un terremoto y Jerusalén será dividida en tres partes. El terremoto producirá un valle, una especie de corredor de salida, y el pueblo de Israel huirá a través de ese valle. De acuerdo con las profecías de la Biblia, es eso lo que va a suceder. Eso muestra que, así como la historia humana comenzó en el Medio Oriente, esa historia tendrá su fin también en Medio Oriente. Esa es la profecía de Balaam.

El Señor Jesús es el cetro de Israel, pero las personas se olvidan de eso. El pueblo de Israel no cree que el Mesías ya vino. Él es el Salvador de la humanidad. Él es la ESTRELLA

que surge de Jacob. Esta profecía tan simple da un esbozo completo de la historia de la humanidad. Habrá dos plataformas principales: una en Medio Oriente y la otra en Europa. Los diez dedos de la estatua estarán localizados en Europa. El Mercado Común Europeo es un fuerte candidato para ser los diez dedos de la estatua. Si miramos la historia bajo la perspectiva bíblica, entonces nuestros ojos se abrirán, y gradualmente entenderemos mucho mejor los acontecimientos actuales.

Resumiendo: el centro político de toda la humanidad comenzó en Medio Oriente y, a lo largo de la historia, se trasladó hacia Occidente. Hoy los Estados Unidos y Europa se han convertido en esa plataforma principal. Recuerde que la Biblia incluye tanto a Occidente como a Oriente en la guerra de Armagedón. No interprete mal las profecías bíblicas. Yo oí a alguien decir que, cuando la tribulación realmente llegue, los norteamericanos no van a tener ningún problema. No sé de dónde esa persona consiguió esa información. Si estudia la Biblia cuidadosamente, basándose en la profecía de Balaam, verá que existen los poderes de Oriente y de Occidente. Pero, al final de la historia, ese poder volverá al Medio Oriente. De acuerdo con la Palabra de Dios, la historia de la humanidad terminará después de eso. Esa es la profecía de Balaam.

*Resumido de
Grandes profecías da Bíblia, Vol.I.*

La comunión es el estilo de vida que la Divinidad ha tenido en la eternidad.

La comunión celestial



Roberto Sáez

«... porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó: lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo» (1 Juan 1:2-3).

«Fiel es Dios por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor» (1 Corintios 1:9).

«...y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío... Yo en ellos, y tu en mí, para que sean perfectos en unidad» (Juan 17:10, 23).

La comunión es algo exclusivo de los cristianos. El mundo exterior nada sabe de la comunión, por cuanto el mundo entero está bajo el maligno y la comunión es algo que nos vino de Dios el Padre y de su Hijo Jesucristo. El mundo es enemigo de Dios, si bien

Dios ha dispuesto todo para reconciliar al mundo con él no tomándole en cuenta su pecado; sin embargo, mientras la gente que está en el mundo no venga a él para tener vida, estará ausente del privilegio de la comunión.

La comunión es algo celestial; es el estilo de vida que la Divinidad ha

tenido por toda la eternidad. Es algo único y exclusivo de Dios en todo el universo; es perfecto, maravilloso y eternal.

Sin embargo, Dios, en su eterno propósito, ha querido compartir con los hombres su vida misma, su vida celestial, esa vida en comunión que él ha vivido eternamente en pluralidad de personas, esa vida que es intensamente corporativa e interdependiente; vida que se vive en autoridad y sujeción; vida que se caracteriza por la capacidad de darse a los demás, prefiriéndoles a ellos antes que a sí mismo; vida, por lo tanto, que es capaz de pasar por la muerte y emerger en resurrección. Este tipo de vida es la que Dios ha impartido a la iglesia. ¿Qué es la iglesia? Es la prolongación de la vida del cielo, de la vida de Dios. Es la misma vida en comunión que el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo han disfrutado eternamente la que ahora está en la iglesia, y es eso lo que hace que la iglesia sea la iglesia; y si no es así, entonces aquello puede ser cualquier cosa, pero no iglesia.

La comunión nos vino de la vida de Dios

¿Puede haber algo más glorioso que el tipo de vida que el Padre y el Hijo han experimentado desde la eternidad? Primero, consideremos en qué consiste esta vida: es vida en comunión. Decirlo parece simple, pero implica algo maravilloso, bellísimo, único en todo el universo. Dios el Padre ha compartido eternamente las cosas suyas con el Hijo (comunión es compartir las mismas cosas). El Padre, siendo reconocido por el Hijo como

mayor que él, entregó todas las cosas, el universo entero, al Hijo. Lo constituyó heredero del Universo.

En la rebelión de Satanás, las cosas del cielo y de la tierra se habían perdido; el usurpador había venido para matar, robar y dispersar las cosas de Dios a fin de apropiarse de ellas, envileciéndolas, al punto de hacer que todo sea horroroso. El Hijo vino a salvar y a buscar lo que se había perdido, incluyendo al hombre. Después de la redención, las cosas vinieron a ser del Señor Jesucristo por mérito propio, pues él las recuperó. Sin embargo, al terminar su obra en la tierra, él dice: «Todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío» (Jn.17:10). Esta es una cualidad preciosa del Hijo de Dios en cuanto a la comunión con el Padre.

Satanás había provocado un caos en los cielos; su intención era atentar contra la comunión de las benditas personas de la Trinidad. Él nunca pudo entrar en ese círculo; él solamente servía desde afuera. Cuando supo que Dios tenía un plan para compartir esa comunión con los hombres, que abriría ese círculo íntimo a otras criaturas de otro género, a las cuales los ángeles servirían, se llenó de celos, no lo pudo resistir. Se llenó de envidia y entonces quiso destruir la obra de Dios. Se atrevió a tentar al Hijo de Dios en el desierto, ofreciéndole los reinos de este mundo. Aquello no era otra cosa que tratar de destruir la unidad de Dios, romper el círculo de la Divinidad. Él pensaba que si lograba destruir ese círculo, terminaría con la comunión del Padre y del Hijo, y de esa forma él subiría por encima de Dios. Felizmente, el Hijo de Dios no

cedió a los antojos de la criatura rebelde. La unidad de Dios permaneció incólume, indestructible, y se cumplió el plan de Dios de compartir con los hombres el estilo de vida de Dios. Con la venida del Espíritu Santo a los ciento veinte, llegó la hora en que la vida de Dios entrara en la iglesia, bautizando en un cuerpo a esa pluralidad de personas, para que ya no fueran nunca más individualistas, sino una extensión de la vida del cielo en la tierra.

El Padre nos dio lo más precioso que tenía; nos dio a su Hijo y en él nos dio todas las cosas. Dios en Cristo se nos hizo «comestible», pues todo lo de sustento que tiene la vida eterna está en el Hijo de Dios. Él es el Pan de vida, y por eso la importancia de la Cena del Señor, donde conmemoramos el hecho divino de que Dios se nos dio en Cristo a fin de satisfacernos de todo el bien que hay en Dios. En la Cena recordamos cómo es que fuimos introducidos a esta calidad de vida en comunión y lo hacemos recibiendo simbólicamente la comunión que nos vino del cielo representada en el pan y el vino. Aunque la Cena del Señor es algo externo y simbólico, sin embargo, todos sabemos que representa algo real que está entre nosotros, y es a saber, la comunión. Comunión con Dios cuyo centro es la persona del Señor Jesucristo, y comunión entre los hermanos.

Comunión es compartir las mismas cosas, tener en común todas las cosas. Este fue el resultado en la iglesia en Jerusalén. Cuando los ciento veinte recibieron la comunión del cielo, entonces ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, pues tenían en

común todas las cosas. Ellos aprendieron a desprenderse de todo, a dar y dar todo lo que tenían. Nadie tenía necesidad. El que había recogido menos no tenía menos que el que había recogido más. Esta es la esencia de la comunión entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.

Hoy en día hay hermanos que no aceptan dar dinero a la obra de Dios. Basados en enseñanzas extrañas, afirman que el diezmo no es de este tiempo. Muchos se ven atrapados en el sistema de este mundo endeudándose para tener televisores de última generación o cuanto cosa el mercado consumista ofrece; pero no hay dinero para compartir con los hermanos en la comunión del cielo en la tierra. Los hermanos responsables de recibir el dinero se preguntan: «¿Será que falta más enseñanza al respecto? ¿Será que hace falta un intensivo de mayordomía?». Me parece que no es por ahí donde estamos fallando; me parece que los cristianos nos hemos acercado demasiado al mundo y a las cosas del mundo. El Señor nos advierte que al final de los tiempos, *«por haberse multiplicado la maldad el amor de muchos se enfriará»* (Mat. 24:12). Quiero decirles que el Padre le dio todo al Hijo, sin reservarse nada para sí, y que el Hijo le dio todo al Padre sin reservarse nada para sí. La medida, entonces, no es el diezmo, sino todo. Cuando la mente mezquina empieza a calcular y a justificar sus gastos, puede que tenga la razón, desde el punto de vista de la vida terrenal, desviar los dineros del Señor para otros fines; pero jamás desde el punto de vista de la comunión celestial. Lo único que de-

muestran esos cálculos es que tu amor por el Señor se ha enfriado.

La comunión en las Epístolas de Juan

Cuando Juan escribió estas cartas, corría el año 95-98 D. de C. Las iglesias habían perdido el sentido de la comunión; estaban confundidas respecto de a quién había que recibir en la comunión de los hermanos y a quién debían dejar afuera. Muchos falsos maestros, enseñando falsas doctrinas circulaban por las iglesias; la confusión era grande. Para corregir estos males, Juan escribió estas tres epístolas poniendo como tema central «la comunión». En ellas establece las bases para la verdadera comunión, y estas son: que la comunión está basada en la vida que nos vino del cielo (en la primera epístola), que la comunión surgida de esa vida tiene como características el amor y la verdad (en la segunda epístola), y que la hospitalidad es la expresión de esa comunión (el tema en la tercera epístola).

1ª Epístola de Juan

En la primera epístola Juan nos introduce en el tema de la comunión sobre la base de la vida que es luz – palabras que ya había empleado en el Evangelio que lleva su nombre. Dios es luz, como también el Hijo de Dios es la luz del mundo. Nosotros hemos sido llamados a la comunión con el Hijo de Dios: «Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor» (1Cor. 1:9). De esto se desprende que el anuncio apostólico respecto del evangelio de la vida eterna no tiene

¿Qué es la iglesia? Es la prolongación de la vida del cielo, de la vida de Dios. Es la misma vida en comunión que el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo han disfrutado eternamente la que ahora está en la iglesia.

como fin la salvación del hombre, sino la comunión del hombre con Dios, para lo cual, primero, necesita salvarlo.

La comunión es un «andar en luz». Aquí no es la luz o entendimiento de la Palabra, ni es la luz de la confesión o la apertura del corazón, sino la luz que es propia de la vida eterna que nos habita. Sin embargo, la luz del carácter de la vida de Dios que está en nosotros es la que nos impele a confesar nuestros pecados. En el Nuevo Pacto nadie le diría a su hermano: «Conoce al Señor», porque todos le conocerán. Cada cual tiene la luz de la vida, y ella nos guiará en cualquier circunstancia de la vida en este mundo. La comunión puede crecer si es que estamos creciendo en el carácter y naturaleza de la vida eterna; la práctica de la comunión es primeramente sintonizar con la naturaleza de la vida que nos habita. Si estamos andando en ese camino, entonces la comunión horizontal, entre los hermanos, será una consecuencia natural.

La comunión puede ser estorbada por el pecado. El pecado nos separa de Dios y de los hermanos. Sin em-

bargo, existe una salida y es que «*si confesamos nuestros pecados, el es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*» (Jn. 1:9). Es imprescindible obedecer a la luz de la vida que está dentro de nosotros; si no obedecemos, perderemos la comunión con Dios y con los hermanos, porque no hay comunión entre la luz y las tinieblas. Todo lo que tiene que hacer cualquiera que habiendo caminado en la luz de la vida y esté detenido por las tinieblas, es venir y obedecer a la voz de la luz de la vida que está ahí dentro. Si este es tu caso, ¡corre a confesar tu pecado! ¡Corre a pedir ayuda al cuerpo de Cristo! Dios nos restablece por su gracia y su misericordia, nada más.

Las afirmaciones de Juan son categóricas y absolutas: «*Si decimos... el que dice... todo aquel... el que niega...*». Esto lo dice para identificar quién es quién. ¿Quiénes son los verdaderos hermanos? «*El que tiene al Hijo tiene la vida*», «*el que ama a su hermano*», «*el que confiesa que Jesús es el Cristo*», «*el que es de Dios nos oye*», «*el que no hace justicia y no ama a su hermano, no es de Dios*». Estas son las señales distintivas de los verdaderos y los falsos hermanos. Con esto se resuelve a quién incluimos y a quién dejamos fuera de la comunión.

2ª Epístola de Juan

La situación de la iglesia hoy es la misma que la de fines del primer siglo: muchas herejías, muchas divisiones, diversidad de énfasis, escándalos y tropiezos de malos testimonios de parte de los que se dicen ser cristianos. En medio de todo este ambiente

cuesta tener comunión. Estamos llenos de temores de acercarnos a los hermanos por temor a ser contaminados con doctrinas o costumbres que no están de acuerdo a nuestros paradigmas. Juan, en su segunda epístola, nos enseña que el amor y la verdad, como frutos de la vida de Dios que nos habita, son los fundamentos para la verdadera comunión.

Muchos cristianos enfatizan el amor, separado de la verdad, como fundamento para la comunión y otros enfatizan la verdad separada del amor. Esto tiene sus problemas, porque si usted enfatiza el amor corre el riesgo de meter dentro de la iglesia todo lo que venga. Si sólo enfatiza el amor, no aceptará que nadie le corrija y aún ni usted mismo se disciplinará, porque en nombre del amor, todo pasa. Por otro lado, si usted enfatiza la verdad sin considerar el amor, usted se tornará un cristiano gruñón, malhumorado, legalista, justiciero, implacable y sin afecto.

Hemos de entender que el amor y la verdad no se separan jamás; ellas son inseparables porque son parte del carácter mismo de Dios. La vida que Dios nos dio tiene, intrínsecamente, el carácter del amor y la verdad, de tal manera que Juan nos dice que Dios es amor y que el Señor Jesucristo es la verdad.

El problema es que muchos cristianos que enfatizan la verdad, están entendiendo que la verdad es la interpretación que ellos le dan a la Escritura. Es un error, pues la verdad es Cristo mismo. Nosotros hemos recibido de Dios que la comunión está basada en la vida y no en la comprensión que

tengamos de las Escrituras. Nos recibimos el uno al otro en virtud de que Cristo nos habita y no en virtud de la ortodoxia bíblica.

Era necesario establecer las bases de la comunión, ya que ella es inclusiva y exclusiva. Incluye a todos los que son de Cristo y al mismo tiempo excluye a los que no lo son. Entonces Juan dirá, como señal distintiva: *«Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios»* (v. 9) ¿Cuántos aquí tienen la vida de Dios morando dentro de ellos? ¿Confíesale a tu hermano que tú tienes la vida! La doctrina de Cristo es tenerlo a él mismo dentro de nosotros en comunión con el Padre. En la primera epístola había dicho: *«El que tiene al Hijo, tiene la vida; y el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida»* (1 Jn.5:12). Entonces, ¿a quién vamos a incluir? ¡A todo aquel que tiene la vida! ¿Estás seguro de tener la vida del Hijo de Dios? ¿Confíesalo a tu hermano! Esta es la verdadera base para

la comunión. Muchas veces se cometen errores en cuanto a quién recibimos y a quién dejamos fuera, porque no tenemos claro el fundamento para recibirmos el uno al otro. Si Cristo nos recibió, tenemos que recibirmos los unos a los otros; no podemos dejar fuera a alguien porque piensa distinto en cuanto a la interpretación bíblica de alguna verdad.

Cuando la iglesia pierde su vigor espiritual, el amor de muchos se enfría. Hemos de fortalecernos en estos días. No importa cuántos embates del enemigo estemos enfrentando, no importa cuánto mal o anomalías estén viendo nuestros ojos, hemos de mantenernos en la verdad y el amor, que es la expresión de la vida de Dios que tenemos dentro de nosotros.

En la tercera epístola, Juan desarrolla el tema de la hospitalidad como fruto de la vida de Dios que está en nosotros, lo cual es también una cualidad distintiva de los verdaderos hermanos que están en comunión.



Conociendo los lugares seguros

Hace algún tiempo, un transatlántico estaba navegando a través de una zona intrincada y peligrosa. Uno de los pasajeros, un caballero mayor, se dirigió directamente al hombre del timón y le preguntó con ansiedad: «¿Usted conoce con certeza todas las rocas y bancos de arena de esta región, no?». «No, señor, no los conozco», dijo el piloto. «¿Cómo entonces usted puede dirigir el barco?», insistió el anciano. Entonces el piloto del barco apenas replicó: «Yo sé dónde están las aguas profundas».

Si conocemos el camino seguro, podemos ignorar los muchos detalles peligrosos que encontramos en nuestra peregrinación hacia los lugares celestiales. «Andad en el espíritu», es el secreto de una jornada segura.

Juan, uno de los «hijos del trueno», convertido después en el apóstol del amor, es testigo de la comunión eterna entre el Padre y el Hijo.

Testigo de la comunión eterna



Marcelo Díaz

Tengo una inspiración del Señor para compartir con ustedes. Veamos allí en la primera epístola del apóstol Juan, los primeros versículos.

El amor y la autoridad de Juan

Cuando uno lee las cartas de Juan, se da cuenta que son líneas llenas de amor, llenas de gracia. Son escritas desde un corazón que ama a los hermanos. Habla uniendo a Dios con la hermandad. Ustedes saben que Juan llega a decir: «*Si alguno dice: Yo amo a Dios y aborrece a su hermano, es mentiroso.*» Juan llega a evidenciar el amor a Dios en el amar a los hermanos. Si tú no amas a los hermanos, no

amas a Dios. Estas declaraciones golpean fuertemente nuestro corazón; son radicales.

Hay varios versículos como éstos en las cartas de Juan. Son abundantes de amor, cargadas de dulzura y ‘pegajosas’ de amor fraternal. Sin embargo, contienen una fuerza y radicalidad impresionantes, por ejemplo: «*El que dice que está en luz y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas*» (1 Jn. 1:9). «*Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida*» (1 Jn. 3:15) «*... El que tiene bienes de este mundo y ve su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón ¿cómo mora el amor de Dios en él?*» (1 Jn. 3:17), «*Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina,*

no lo recibáis en casa, ni le digáis ¡bienvenido! (2 Jn. 10). Además, 1 Jn. 3:10; 4:7; 4:20; 3 Jn. 9, 10.

Si examinamos los versículos, veremos lo penetrantes, concretos y radicales que son. Ellos manifiestan la personalidad que está detrás.

Juan, un hombre tratado por Dios, manifiesta celo, y da a conocer un aspecto de su personalidad, que no percibimos con facilidad en sus escritos. Tanta es la ternura y el afecto impregnados en sus cartas, que pasamos inadvertidas las amonestaciones, el celo, la fuerza, la autoridad, y la firmeza con la cual habla.

Juan tuvo una personalidad muy especial que Dios tomó e hizo uso de ella. Dios tomó la vida de su Hijo y la puso en Juan. Y tomó todo lo que le servía de Juan redimiéndolo para su propósito. Usó esos rasgos característicos de Juan, propios de su personalidad para su propósito. Y en esa operación, puso a Juan al servicio de las iglesias.

Recuerden el episodio que narra el evangelio de Marcos, en el cual señala que el Señor le puso a Juan y Santiago «Boanerges», los ‘hijos del trueno’. ¿Y por qué les llamó así? Por las características de su personalidad. Recuerden también cuando el Señor quiso entrar a una ciudad de samaritanos y no quisieron recibirle. En ese momento reaccionaron Juan y Santiago, pidiéndole al Señor permiso para hacer caer fuego del cielo y consumir a esos hombres. Si hubiese sido Pedro, no nos extrañaría, pues conocemos la impetuosidad de Pedro. Pero fue Juan y su hermano. ¿Quién haría eso ahora? ¿Alguien se atrevería a

pedir algo así? Bueno, el Señor reprendió tal actitud.

Otro detalle de los evangelios, Juan y Santiago se destacan como hijos de Zebedeo. Aquí aparece la figura del padre. Posiblemente alguien importante e influyente no sólo socialmente, sino principalmente en la vida de estos dos hermanos. Podemos deducir de los pasajes, que Juan creció al amparo de un padre dominante y protector; esto, combinado con la preocupación de una madre aprensiva (recuerden que la madre se acerca a Jesús con sus dos hijos pidiendo privilegios para ellos en el reinado del Señor), unido a aspectos individuales, da como resultado una personalidad segura, competente, decisiva y radical.

La imagen que comúnmente tenemos de Juan, es la figura de un joven aprendiz. El menor de los apóstoles, un tanto silencioso, tímido y pasivo. Pero a juzgar por los detalles que comentamos, Juan era un hombre de un fuerte carácter, impetuoso, radical y concreto, que se apegó al Señor como queriendo ser el más cercano a Jesús.

Entonces hermanos, debemos tener mucho cuidado con el deseo de cambiar a los hermanos a un mismo patrón humano de personalidad. Cuidado cuando decimos: «Este hermano tiene que cambiar». La verdad es que no sé si tenga que cambiar. Tal vez es algo que el Señor quiere redimir y usarlo para su gloria. Dios expresa su multiforme gracia, su sabiduría y poder a través de los diversos rasgos y personalidades de los hijos de Dios. Lo hizo con Juan, Santiago, Pedro, Pablo y todos los apóstoles. Y lo hará también con cada hijo de Dios.

Testigo de la comunión del Padre y del Hijo

Juan, por su persistencia, es quien ve la comunión preciosa entre el Padre y el Hijo. Su evangelio comienza con esta comunión. «*En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios*». Esta expresión, el «Verbo era con Dios», en el griego da a entender que el Verbo estaba vuelto hacia Dios, mirando cara a cara a Dios, señalándonos cómo era y es la comunión. El Padre y el Hijo se están contemplando, se están mirando, admirando y queriendo. Se están anhelando, conversando. Están teniendo intimidad. El Padre y el Hijo, en una comunión perfecta de amor. Me imagino al Hijo admirando a su Padre, diciendo en su corazón: «Oh, qué maravilloso es mi Padre». Y anhelando estar aún más cerca de su Padre. Mirándolo sin cansarse, contemplándolo y atendiendo a cada una de sus palabras y acciones. ¿Y qué del Padre? Si cuando uno contempla a su hijo, el corazón se enorgullece, ¿cuánto más el Padre, plenamente satisfecho, dialoga con el Hijo de su amor? Imagínese qué comunión más perfecta, más plena, más contundente, más divina la relación del Padre y del Hijo. El Padre amándolo y teniendo contentamiento en su Hijo. El Hijo admirando y anhelando a su Padre. ¡Qué precioso! Pienso que nuestro corazón, y aun nuestro espíritu, no alcanzan a dimensionar la plenitud de lo que significa la relación eterna entre el Padre y el Hijo. Eternamente el Padre, eternamente el Hijo.

Y Juan dice: «*Lo que era desde el principio*», es decir, la comunión en la eternidad del Padre y el Hijo, «*esto*

os anunciamos». Juan quiere traspasar esta comunión a los hermanos. Entonces nos escribe progresivamente cómo nos ha llegado a la tierra la comunión que nos viene del cielo.

Dice: «*lo que hemos oído*». La primera acción de la atención es oír. Así, pues, los apóstoles comenzaron a escuchar de esta comunión. Como percibiéndolo desde lejos, acercándose cada vez más para escuchar el diálogo divino. Algo se escucha. Juan quiere capturar todos nuestros sentidos para percibir esta comunión. El que tiene oídos para oír, oiga.

Luego dice: «*Lo que hemos visto con nuestros ojos...*». Después de haber oído, queremos ver. Rápidamente nuestros ojos buscan el objeto de nuestra atención. La comunión eterna comienza a descender del cielo de Dios. Dice la Escritura: «*Dios fue manifestado en carne ... visto de los ángeles*», como dándonos a entender que los ángeles fueron testigos oculares, al ver descender la comunión del Padre y el Hijo en la persona de Jesucristo. La escalera en la visión de Jacob (Jn. 1:51; Gn. 28:12) estaba dispuesta, y el Hijo comenzaba a descender, y en él la comunión eterna de Dios.

«*Lo que hemos contemplado...*». Cuando todos nuestros sentidos están orientados hacia un solo punto, luego se produce la contemplación, se aprecian todos los detalles; todo el cuerpo está preparado, atento, a contemplar la hermosura de lo que se nos presenta. Los apóstoles, por tres largos años, contemplaron esta comunión.

Luego nos dice: «*Y palparon nuestras manos tocante al Verbo de Vida*». Y aquí está la expresión más concreta

de Dios. Juan era una persona muy sensorial, muy de piel. Procuró siempre aproximarse lo más cerca al Maestro, al punto de recostar su cabeza en su pecho. Por eso dice, *«lo que palparon nuestras manos»*. Juan sintió al Señor, palpó con sus manos, sintió su aroma, sintió latir el corazón de Jesús. Oyó, vio y palpó la comunión del Padre y él Hijo.

Por eso Juan, con plena propiedad, nos dice: *«Esta es la comunión que os anunciamos»*. Y de aquí en adelante su discurso es en plural. Pues no solamente él fue testigo de esta comunión, sino también todos los discípulos que le siguieron, todos aquellos a quienes Dios el Padre ha revelado este misterio.

En otras palabras, Juan nos quiere decir: *«Hermanos, sepan que esta comunión es la misma que el Padre ha tenido con el Hijo, y que el Hijo ha tenido con el Padre. Sepan que cuando nos escuchamos y tocamos, es la comunión que nosotros hemos tenido con el Hijo, y que el Hijo ha tenido con el Padre, que se nos ha manifestado y ha hecho morada en nosotros»*. Hermano, cuando tocas y amas a tu hermano, tocas y amas la comunión del Padre y el Hijo. Por eso dice: *«Porque nuestra comunión verdadera es con el Padre y con su Hijo Jesucristo»*.

Juan termina diciendo: *«Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido»*. En su segunda carta, versículo 12, dice: *«Tengo muchas cosas que escribiros, pero no he querido hacerlo por medio de papel y tinta, pues espero ir a vosotros y hablar cara a cara, para que nuestro gozo*

sea cumplido». ¿Cuando se completa nuestro gozo? Cuando los hermanos se ven cara a cara. Igual que en el principio, el Verbo era con Dios, el Verbo cara a cara con el Padre. La comunión del Padre y del Hijo se expresa cuando los hermanos se encuentran cara a cara, se miran, se tocan, se aman. Cuando nos miramos cara a cara, allí está la plenitud de Dios y nuestro gozo se ha cumplido.

La dependencia del Hijo al Padre

Ahora, avancemos un poco más en esta comunión. El ejemplo del Hijo es gravitante en nuestro accionar como hijos de Dios. En Juan 5:19-30 se nos muestra la dependencia del Hijo a los dichos y acciones del Padre. *«No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el hijo igualmente»*. Aquí está la definición práctica de lo que es la comunión: *«No hacer nada por sí mismo»*.

Veamos tres ejemplos del Hijo.

El primero está en las bodas de Caná, Juan 2:1-11. En esta situación, las circunstancias ameritaban la urgente movilidad de Jesús a los requerimientos de su madre y entorno. Pues bien, Jesús no era gobernado por las circunstancias y la urgencia, sino por la comunión con su Padre. Y cuando el Padre habló y operó, entonces recibió el Hijo habló y ejecutó la operación de Dios. *«Que tienes conmigo mujer? Aún no ha venido mi hora»*. Esta es la comunión de Dios; no hacer nada por sí mismo.

El segundo pasaje se encuentra en Juan 7:1- 9. Los hermanos irónica-

Si no estás en comunión con los hermanos, con el otro, con el que es distinto a ti, con el que está a tu lado, entonces, detente, porque allí no está expresada la comunión del Padre y del Hijo.

mente presionan a Jesús para que se manifieste en la fiesta de los tabernáculos (porque ni aún sus hermanos creían en él.) El escenario era propicio para darse a conocer; la presión era fuerte, y el ambiente tenso. Sin embargo, una vez más, el Señor mira a su Padre. Contempla a su Padre y no ve en él ninguna reacción. Por lo tanto, aprendió la sujeción. «No puede el Hijo hacer nada por sí mismo». *«Mi tiempo aún no ha llegado, más vuestro tiempo siempre está presto».*

Por último, Juan capítulo 11. Los amigos íntimos del Señor le necesitaban. Era algo urgente, de vida o muerte. Las mujeres, desesperadas, solicitaban la presencia del Señor. Pero una vez más, Jesús miró a su Padre y su Padre demoró dos días más en contestar. La historia la conocemos. Jesús, después de tres días, acude al llamado, a riesgo de ser considerado mal amigo, irresponsable e infiel.

Hermanos, con esto quiero decirles que la comunión de Dios es algo concreto. Él nos regula cara a cara. La comunión del Padre y el Hijo se ex-

presa en nuestra comunión. La voluntad de Dios se expresa en su cuerpo que es la iglesia. ¿Cuántas cosas haces por ti mismo? ¿Cuántas cosas vienen de ti, nacen de ti y salen de ti? ¿Cuántas cosas no las conversaste? ¿Cuántas situaciones no consultaste, no las expusiste para que otros también las vieran, para que las hagas en comunión con los demás? ¿Cuántas decisiones has tomado que no tienen la comunión del cuerpo, del Padre y el Hijo? Sí es así, entonces, no te muevas. Entonces, no digas nada. Aprende a callar, no andes por tu propia iniciativa. Si no hay concordancia, si no estás en comunión con los hermanos, con el otro, con el que es distinto a ti, con el que está a tu lado, entonces, detente, porque allí no está expresada la comunión del Padre y del Hijo. Si tú te mueves, corres un gran peligro, el peligro de andar por ti mismo y en tu voluntad, lejos de andar en la comunión del Padre y del Hijo.

El amor es sufrido

Termino con lo siguiente: un versículo que estos días ha golpeado mi corazón. Es una declaración de la amada del Señor. Cantares 1:13. Este libro es el que más nos puede enseñar de lo que es la unión y comunión con el Amado. Aquí hay un principio que está involucrado en la intimidad de la Amada con su Amado.

La iglesia hace suyo este principio. El principio del amor. La iglesia ve a su Amado como un ramito natural de hierbas que reposa sobre su pecho. La mirra –la hierba de la muerte– es la que reposa en el corazón de la iglesia. Al Señor le ofrecieron esta

hierba anunciando su muerte; le dieron a beber en la cruz, y luego, como unguento, participó en su sepultura. Esto nos enseña que la relación de la iglesia con el Hijo pasa por la cruz, por la negación, por la muerte. Pasa por dejar que el otro prevalezca. Pasa por el amor: *«El amor no busca lo suyo; el amor es sufrido. El amor todo lo sufre»*. De manera que nuestras relaciones están gobernadas por este principio.

El Hijo sufrió la separación del Padre; el Padre sufrió la entrega de su

amado Hijo. Esta es la comunión que hemos recibido del Padre y del Hijo. El que verdaderamente ama, va a sufrir. Más de alguna vez va a llorar por amor, y eso va a doler. Pero si eso agrada el corazón del Hijo y el Padre, ¡bendito sufrimiento!

Juan sufrió la vejez, sufrió el exilio, la soledad, la apostasía. Sufrió el ser testigo de la decadencia de la iglesia, a la que sirvió por tantos años. «El que ama... ha nacido de Dios, porque Dios es amor».

¡Gracias, Señor!

j j j

Subir más alto

Un piloto realizaba un vuelo de rutina cuando percibió el ruido de un ratón royendo. Concentrado en pilotear, el piloto se halló en un gran dilema, pues sabía que si lo dejaba hacer ciertamente habría daños y perjuicios por la destrucción de muchas cosas. ¿Continuaría concentrado en pilotear o iría en busca del intruso? Entonces recordó que si elevaba el avión a una mayor altura, subiendo hasta donde el aire estuviera enrarecido, el ratón no podría respirar y moriría. Así lo hizo. Al aterrizar, descubrió que realmente el roedor había muerto.

Si queremos tratar con el pecado, con el mundo y con la carne, no será por nuestros esfuerzos o luchas que obtendremos la victoria, sino subiendo más y más alto en la vida espiritual.

«Domini Sumus»

Martin Lutero viajaba a pie muy a menudo. En cierta ocasión pidió alojamiento en una rústica casa de campesinos. Sin saber quién era, lo recibieron bien y lo trataron tan bien como pudieron.

Al saber quién era rehusaron toda paga, pero le pidieron encarecidamente que se acordara de ellos en sus oraciones, y que escribiera con tinta en su pared algunas palabras de recuerdo. Lutero escribió: «Domini Sumus». El campesino le preguntó qué significaba eso. Lutero explicó que esas palabras tenían dos sentidos. Significan «Somos del Señor», pero también pueden significar «Somos señores». Lo uno entra en lo otro: siendo propiedad del Señor Jesucristo, adquiridos a gran precio, no debemos ser esclavos de Satanás ni de hombre, sino señores verdaderamente libres que no sirven al pecado, sino al Señor Jesús.

La gloria de la presencia de Cristo en nosotros es el vínculo que hace posible la unidad.

El vínculo superior



Gonzalo Sepúlveda

«Y ya no estoy en el mundo, mas éstos están en el mundo y yo voy a ti. Padre Santo, a los que me has dado guárdalos en tu nombre para que sean uno así como nosotros» (Juan 17: 11). «Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste y que los has amado a ellos como también a mí me has amado» (Juan 17: 23).

Podemos observar que la intención del Señor es la misma en ambos versículos citados. Los «para» son los mismos: en el v. 11 «para que sean uno» y en el v. 23 «para que sean perfectos en unidad»; sin embargo, hay una diferencia en la posición del Señor en uno y otro. En el v. 11 el Señor dice: «ya no estoy en el mundo», «y yo voy a ti», entonces su posición es

celestial, mientras que su posición en el v. 23 nos es muy cercana, pues dice «yo en ellos», y «ellos» somos nosotros, y nosotros estamos aquí en la tierra.

¡Gloria al Señor por su posición celestial! Resucitado de entre los muertos, fue recibido arriba en gloria; allá está hoy, a la diestra del Padre, poderoso, gobernándolo todo, pues toda potestad le ha sido dada en los

cielos y en la tierra; a él están sujetos ángeles, principados y potestades. ¡Cuán bendito, cuán precioso es el Señor Jesús glorificado en las alturas!

En los cielos y en nosotros

Ahora bien, hermanos, si nosotros nos quedamos tan sólo con esa visión celestial del Señor Jesús, y si toda nuestra fe la ejercemos hacia allá arriba, a un Señor que se nos fue, y si nuestra esperanza es siempre recibir algo del cielo, entonces estaríamos muy cerca de tener una fe al estilo del Antiguo Testamento. Judíos como Nehemías decían: «*oré al Dios de los cielos*» (Neh. 2:4), o Isaías: «*Oh, si rompieses los cielos, y descendieras, y a tu presencia se escurriesen los montes*» (Is. 64:1). Ellos esperaban siempre que algún poder bajase del cielo para arreglar las cosas aquí en la tierra. Veamos como ejemplo el Salmo 103:2: «*Bendice alma mía a Jehová y no olvides ninguno de sus beneficios*», y nuestra atención se centra de inmediato en «los beneficios» que obtenemos del Dios que está en los cielos.

Hermanos, ¿cuánto de nuestro cristianismo, cuánto de nuestro servicio al Señor, tiene esa marca? Vivimos rodeados de estas bendiciones y pedimos más y más favores; pero, de esta manera, toda nuestra atención sigue estando en el Señor que está arriba en los cielos. Sin embargo, esto todavía no llena la medida plena de nuestra fe, pues de esta manera el creyente se mantiene siempre en el plano terrenal y el Señor siempre en el celestial.

Siendo verdadero y legítimo nuestro servicio y adoración al Señor que está en los cielos, tendríamos una gran

pérdida si tan sólo leuviésemos allá. Entonces, cabe preguntarse: ¿Y qué pasa con nosotros aquí?

Él dijo: «*Todavía un poco y el mundo no me verá más, en aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros*» (Juan 14:19-20). El Señor está en los cielos, sí, pero él dijo que estaría también «en» nosotros. Sigamos leyendo, ahora en Juan 14:21: «*El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama y el que me ama será amado por mi Padre y yo le amaré y me manifestaré a él*». Entonces Judas pregunta: «*Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros y no al mundo?*»; su mente se resiste a esta posibilidad, pues para los discípulos no podía ser posible que el Señor se manifestase a unos y no a otros. Sin embargo, este es un lenguaje del cielo pronunciado en la tierra: «*El que me ama, mi palabra guardará y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada con él*». Estas palabras deberíamos memorizarlas todas y meditarlas pidiéndole al Señor que podamos conocer por experiencia el poder de ellas: «*Vendremos a él y haremos morada con él*». ¿Qué te parece, hermano? ¿Es esto una promesa o una realidad para ti?

Hermanos, si lo que vamos a obtener es la morada de Dios mismo por el Espíritu Santo dentro de nosotros, ¿cómo no vamos a guardar su Palabra! Lo que está contenido aquí es tan valioso. ¡Que el bendito Espíritu Santo nos socorra poderosamente para asimilar esta inmensa riqueza!

Hermanos, los judíos tuvieron la otra parte, al Señor que está en los cie-

los, pero sólo tuvieron eso. Ahora bien, tú y yo tenemos un doble privilegio: junto con tenerle en los cielos, tenemos también esta gracia bendita: al Señor mismo viniendo a morar en nuestros corazones: «¡Yo en ellos!» ¡Aleluya! Esto era algo absolutamente extraño para los hombres antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo a la tierra. Los profetas y reyes del Antiguo Testamento sólo tuvieron al Espíritu Santo morando temporalmente en ellos, pero en la persona de nuestro Señor Jesucristo se cumple esto: «¿No crees que yo soy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí él es quien hace las obras» (Juan 14:10). Miremos al Señor Jesucristo. Su experiencia era que el Padre moraba en él, y era quien hacía las obras. Él desea que tú y yo también vivamos esto.

¿Cómo es posible que el Señor esté en los cielos y al mismo tiempo esté con nosotros aquí? ¿Cómo es posible que el Padre que estaba en los cielos, al mismo tiempo estuviese morando en su Hijo que estaba en la tierra? Esto no lo podremos entender mentalmente y no hay ciencia humana que lo pueda explicar, pero esta es la ciencia celestial: ¡Lo que fue una realidad en nuestro Señor Jesucristo ha de ser y es una realidad en nosotros sus creyentes!: «Yo en ellos», dijo nuestro Señor, y eso nos basta.

Presente siempre

Amados hermanos, veamos ahora Juan 16:32 «...He aquí la hora viene y ha venido ya, en que seréis esparcidos

cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo». «No me ha dejado solo el Padre», dijo nuestro Señor. Todos sus discípulos le podían abandonar, Pedro le puede negar, Judas le puede traicionar, pero siempre dirá: «No me ha dejado solo el Padre». Él quiere que tomemos conciencia, que nos familiaricemos con la gloria de su presencia en nosotros.

Hermano, todos te pueden defraudar, pero él no te va a defraudar nunca; todos pueden ser infieles, él jamás. Todo a tu alrededor se puede derrumbar, pero lo que hemos recibido, o más bien, a QUIEN hemos recibido, él no va a cambiar nunca, siempre nos va a sostener por dentro. «Nunca» y «siempre» son palabras atribuibles a Dios solamente. No podemos afirmar que un hombre nunca va a pecar, pero de nuestro Dios sí podemos afirmar que él es eternamente santo, y que jamás pecará. Nuestro Dios es fiel y justo siempre. El Santo vive en ti, hermano, el Justo vive en mí. Amados hermanos, él dijo: «Yo en ellos». Es verdad que está arriba. Negar esto es imposible, ¿quién se atrevería a intentarlo? Nadie puede oscurecer aquella gloria de nuestro Señor, pero si siempre estuviésemos mirándolo en aquella posición, perderíamos la gloria de su presencia en nosotros aquí y ahora.

¿Cristo o «cosas»?

Veamos Juan 14: 28. Hay una frasecita aquí: «Voy y vengo a vosotros». Antes ya había dicho: «No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros». ¡Bendito Cristo! Nosotros hemos sido llamados a experimentar lo mismo que

él vivió. De otra forma, hermano, usted y yo nunca podríamos llegar a ser santos, pero Cristo mismo ha venido a ser nuestra santificación (1 Corintios 1:30). Si toda la vida estamos pensando que el Señor nos va dar santidad, o si nosotros vamos a lograr la santidad como una «cosa» separada de él, la santidad como «algo» que obtengo yo con mis esfuerzos, con mi abstinencia, lo más probable es que voy a fracasar. Muchos cristianos yacen tendidos en el desierto de sus derrotas pues erraron el blanco: trataron de ser santos con sus propias fuerzas más la «ayuda del Señor desde los cielos». Esto tiene apariencia de ser espiritual, pero no es más que lenguaje religioso. Si aún no vemos a nuestro Señor Jesucristo como el Santo que vive en nosotros, entonces caeremos una y otra vez, pues estaremos luchando solos contra enemigos más grandes que nosotros.

Pero hermanos, así como el Padre no dejó solo al Señor Jesús, tampoco nos dejará solos a nosotros. «Yo en ellos», «Cristo en nosotros» es la santidad misma respondiendo ante cualquier necesidad. Por otro lado, hay quienes buscan poder. Ellos dicen: «Hermanos, necesitamos poder, hay que buscar el poder de Dios». El poder de Dios es bueno y necesario, pero no es una «cosa» separada de él, pues su palabra dice: «*Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios*» (1 Cor.1:24). Hermano, si quieres poder, puedes obtenerlo, Sansón también lo tuvo pero pronto lo perdió. Si tú lo buscas, puedes obtenerlo, pero la experiencia nos ha enseñado que también podemos perderlo. Hermano, puedes per-

der el poder, pero a Cristo no lo vas a perder... ¡nunca! El poder puede ser «algo» que se pierde, pero si tu poder es Cristo, a Cristo no lo vas a perder NUNCA. Yo recibí a Cristo en mi corazón... y desde que él llegó ¡no se ha ido nunca! ¡Aleluya! Hermanos, tenemos un tesoro aquí: «Yo en ellos». Él es santo, él es poderoso.

Cristo en el apóstol Pablo

En Hechos 9, el Señor se aparece a Saulo y éste es enceguecido por la visión. Aquí el Señor Jesús está todavía «fuera» de Saulo. Veamos ahora 2 Corintios 13:3: «*Buscáis una prueba de que habla Cristo en mí*». ¿Dónde esta ahora el Señor? El Cristo que antes estaba fuera de Pablo, ahora se trasladó a vivir dentro de él. ¡Qué glorioso, hermanos! Qué fácil es decirlo, pero pensemos en el hecho, meditemos en esto: el Señor se trasladó a hacer morada aquí, dentro de nosotros. Confirmemos esta verdad leyendo 2 Cor. 13:3: «*Pues buscáis una prueba de que habla Cristo en mí, el cual no es débil para con vosotros sino que es poderoso en vosotros*». ¡Habla en Pablo y es poderoso en nosotros! Hermano, si usted lo declara le hará bien, traerá salud a su alma y fortaleza a su espíritu. Proclamémoslo una y otra vez, no sé si decirlo riendo o llorando, o simplemente pensándolo: «*El Señor es poderoso en nosotros*». Si usted está temeroso o triste porque no tiene poder, si está apesadumbrado por sus debilidades, ¿no será mejor que confesemos y guardemos su Palabra?: «*El Señor es poderoso en nosotros*».

Leamos también 2 Cor. 13: 4: «*Porque aunque fue crucificado en*

debilidad, vive por el poder de Dios». Es verdad que él vive allí en las alturas; Satanás también sabe que es poderoso en los cielos y no puede acercarse allá, pero el enemigo vendrá a los cristianos débiles e inmaduros que tienen al Señor sólo allá arriba en los cielos como los judíos de antaño, y los humillará. Pero ahora, cuando Satanás venga a ti, se encontrará con que ¡Cristo también es poderoso dentro de ti!, «pues nosotros también somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para con nosotros».

Veamos también 2 Cor. 13: 5: *«Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos».* Que esta palabra escudriñe nuestros corazones: ¿No estaremos aún en el judaísmo, hermanos? ¿Hemos arribado verdaderamente al reposo de la fe? El Señor nos libre de tener una religión de reuniones, de templo. Esta palabra nos dice: *«¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros a menos que estéis reprobados?».* ¡Miren qué preciosa expresión, hermanos! *«Jesucristo está en vosotros».* ¡Que precioso, Jesucristo está en nosotros! Esto es para proclamarlo mirándonos a los ojos y para tenerlo presente siempre.

El poder y la presencia

Un versículo más para concluir esta palabra, 2 Pedro 1:16: *«Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad».*

El hermano T. Austin Sparks, en uno de sus libros, lamenta profunda-

mente que la palabra griega «parousia» se haya traducido aquí como «venida» y no como «presencia». La palabra «venida» es inapropiada pues le quita al texto su verdadero sentido. Si bien la palabra «parousia» se relaciona en muchas partes del Nuevo Testamento con la venida del Señor, también es usada varias veces en el sentido de «presencia». Entonces el texto puede leerse así: «No os hemos dado a conocer el poder y la PRESENCIA de nuestro Señor Jesucristo».

En los evangelios podemos ver cómo la presencia del Señor siempre producía cambios, siempre revolucionaba el ambiente. Por ejemplo, cuando el Señor estuvo en el monte (Mateo 17), nueve de sus discípulos se quedaron en el valle y allí lucharon sin éxito por liberar a un joven endemoniado. Cuando el Señor llega a la escena, viene el padre del muchacho y le dice que sus discípulos «no le han podido sanar» (17:16) ¡Que frustración!, esto es parte de la historia de la iglesia, una iglesia impotente frente a las fuerzas del maligno. Los discípulos preguntan al Señor «¿por qué no pudimos echarlo fuera?» (17:19). Aquí

Si hay algo por lo que debemos orar en las iglesias es por esto, por una nueva y poderosa conciencia de la grandeza de la presencia gloriosa de Cristo en cada creyente.

es donde nosotros siempre ponemos la atención en la oración y el ayuno mencionados en el contexto, pero otra vez nos olvidamos de Cristo. ¡Por favor! Si el demonio no salió fue porque él no estaba allí; bastó la presencia del Señor y ellos huyeron desparvoridos. El poder y la presencia del Señor fue la solución al problema.

Cuando Juan el Bautista mandó a sus discípulos a consultar al Señor: «¿Eres tú el que había de venir, o esperamos a otro?», él respondió: «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados», etc. (Mt. 11:6). ¿Cómo no? El Señor estaba presente, así que las enfermedades debían huir. No fue un gran problema que la tempestad se levantara; Cristo estaba presente, por eso el mar se calmó. Frente a la tumba de Lázaro, la Resurrección estaba presente, el resultado no podía ser sino vida que vence a la muerte. Esto necesitamos como iglesia hoy, el poder y la presencia del Señor. Si hay algo por lo que debemos orar en las iglesias es por esto, por una nueva y poderosa conciencia de la grandeza de la presencia gloriosa de Cristo en cada creyente. ¿Cómo necesitamos familiarizarnos con la gloria de esta verdad tan clara en las Escrituras y tan real en la persona de nuestro Señor!

Es cierto, el Señor está en los cielos, pero ésa no es toda la verdad. Él dijo: «Voy y vuelvo». ¡Él está aquí, hermanos, aquí ahora mismo con nosotros! ¿Nos basta su presencia? Les confieso que muchas veces siento aflicción en mi espíritu cuando en una reunión oigo a algún hermano decir: «El Señor quiere hacer grandes cosas contigo», o «hará grandes cosas con

nosotros». ¿Cuándo? ¿Algún día futuro? ¿De qué hablamos? ¿De viajes? ¿De milagros? ¿De multitudes? Pero, amados hermanos, una vez más estamos ignorando a Cristo; le rebajamos, poniendo las experiencias, las «grandes cosas» por encima del Señor mismo. Pero, ¡el más grande ya está aquí en nosotros y con nosotros! Cristo, sólo Cristo, él es infinitamente más grande que todas las «cosas» por las que muchos cristianos se afanan hoy. ¡Que el Señor nos perdone! Queremos cosas y más cosas, mejor aún si son espectaculares, y el Señor dice: «Se han olvidado de mí». ¡Nadie hay más grande que el Señor!

Si él está presente, un universo puede ser creado y todo un infierno condenado. Cristo está aquí, el mayor de todos está aquí. Bendigamos su santo nombre.

Hermano, si tienes a Cristo, si le has ganado a él (Filipenses 3:8), lo tendrás todo: unción, poder y todas las añadiduras. Una advertencia, amado hermano: tú vas a ser desmoronado, tu carne será tratada, la cruz va a operar no dejando nada de ti mismo. Toda apariencia de piedad, toda bondad natural (no solo lo que consideras malo); lo que no es de Cristo, irá siendo aplastado. Pero no importa, vivamos la cruz, suframos los tratos hasta la muerte del «yo»; lo que ganaremos será tan grande, tan valioso: será Cristo mismo.

Nuestra unidad

Hermanos, la unidad de los suyos es el íntimo deseo de nuestro Señor. Pero ¿cómo se logra la unidad? Ciertamente no será por ponernos de acuerdo en doctrinas, enfoques o prácticas.

No se dará porque leamos a los mismos escritores cristianos. La unidad sólo será posible con nuestra vivencia de estas palabras de nuestro Señor: «Yo en ellos, para que sean perfectos en unidad», porque el vínculo entre nosotros no es la simpatía humana – yo podría ser para ti la persona mas antipática y desagradable. Mas, por sobre todas las consideraciones humanas, existe un vínculo entre tú y yo superior a todo aquello, que es CRISTO EN NOSOTROS. No sólo las enseñanzas de Cristo, sino su persona.

Hermano, usted se convirtió a una persona. Usted no sigue al cristianismo, usted sigue a Cristo. Usted se ha comprometido con una persona, como quien contrae matrimonio. Su esposa o esposo es alguien que vive con usted continuamente. El Señor dijo: «El Padre mora en mí». El Señor Jesús es una persona y vive en nosotros. Tenemos tratos con él. Todo el mundo nos puede defraudar, faltar o fallar, pero jamás esta fiel y santa persona. ¡Oh, hermanos, no deberíamos saber otra cosa sino a Cristo!

j j j

Ateos burlados

Juan Link se hallaba un día sentado junto a una mesa con varios jóvenes que se entretenían conversando acerca de Dios en forma burlona, del ser o no ser, de la muerte y de otros temas de carácter religioso, titulándose a sí mismos de ateos con marcada complacencia. Después de escucharlos un breve tiempo en silencio, Link les dijo: «Señores, hay tres clases de ateos: hay ateos que han llegado a serlo estudiando los diversos sistemas de filosofía tanto antiguos como modernos, los cuales los han llevado por caminos errados, y al fin, confundidos, han negado a Dios. No sé si alguno de ustedes se ha desviado de Dios por sus estudios filosóficos». Todos lo negaron tímidamente.

«Bueno, la segunda clase la componen aquellos que no tienen juicio propio, sino que semejante a los papagayos van repitiendo simplemente lo que oyen. Me imagino que ninguno de ustedes pertenece a esta clase.» Todos lo negaron con cierta indignación.

«Muy bien, la tercera clase se compone de aquellos que tienen mala conciencia, en cuya vida y conducta hay algo corrompido, de manera que se ven en la necesidad de desear que no haya un Dios santo y justo. Porque entienden muy bien que si lo hay, la escena debe de ser espantosa cuando después de la muerte deban comparecer ante su presencia. Por eso se consuelan ante la afirmación de que «¡No hay Dios!». Así que: ¡seguid pecando! Mis caballeros, una cuarta clase no hay».

Con estas palabras, Link se levantó y salió, saludando cortésmente.

Albores

Al tratar el primer problema de la iglesia en Corinto, Pablo muestra la clave para tratar todos los problemas en la iglesia local.

La palabra de la CRUZ



Cristian Cerda

Cuando Pablo se dispone a hacer su segundo viaje misionero, en su corazón estaba el ir a Asia, pero el Espíritu Santo, en una acción sobrenatural, le prohíbe hablar allí (Hch. 16:6-10). La revelación, la Palabra del Señor, iba a llegar seguramente por otros siervos, porque después se escribe a los hermanos que estaban en Bitinia, en el Ponto, en Capadocia. Pero aquí el Señor le prohíbe hablar la Palabra, y luego le muestra dónde tiene que ir.

Me imagino al apóstol con un corazón bullendo por testificar, por anunciar el evangelio, viendo que hay un mundo que no ha escuchado nada del evangelio. Y entonces el Espíritu Santo le señala el camino. A Pablo le tenía que decir: «Aquí no tienes que hablar». A algunos nos tiene que decir: «Aquí tienes que hablar». Dios le mostró esta visión, y Pablo entendió que era Dios quien le estaba llamando a encaminarse a Macedonia, llevando el evangelio a Europa. Y así llega a Corinto.

El evangelio llega a Corinto

Y en Corinto, el Señor le dice: «No temas, sino habla, y no calles. Ahora necesito que hables, porque aquí yo tengo mucho pueblo». Pablo empieza a compartir el evangelio, y establece la iglesia en Corinto. Pasaron alrededor de siete o diez años, y la iglesia en Corinto enfrentaba situaciones muy complejas: inmoralidad, litigios en público, al punto que los incrédulos participaban de los pleitos que tenían los hermanos. Algunos llegaron a entender que la fornicación, el trato con ramerías, no estaba prohibido y que lo podían hacer. Había abusos serios en las reuniones. Una situación bien compleja.

Pablo había establecido bien el fundamento. De hecho, eso es lo que les dice a los corintios: «Yo, como perito arquitecto, puse el fundamento». Pero en el corazón del apóstol no sólo estaba el poner el fundamento, sino saber la marcha de la iglesia, conocer el crecimiento de la iglesia. Cuando escribe a los tesalonicenses, el apóstol dice que estaba tan angustiado que «tuve temor de que mi trabajo haya resultado en vano, así que no soportándolo más, envié para informarme».

Cuando Pablo establece el fundamento, está también preocupado de que lo que se edifique sobre ese fundamento sea conforme a lo que el Señor ha determinado. La carta a los corintios nos muestra que había muchas situaciones que no estaban conforme a ese fundamento. Corinto era una región de mucho libertinaje, pecaminosidad y paganismo. También era una región de mucho comercio. Y

ahí se estableció el evangelio, se colocó el fundamento; pero a la vuelta de los años había situaciones delicadas que el apóstol tuvo que considerar.

La carta a los corintios por momentos es muy fuerte, pero por momentos es muy tierna. Quiero centrar lo que quisiera compartir en esta carta, pasados siete años desde que Pablo les anunció a Cristo. Ellos se convirtieron de todo ese libertinaje y paganismo. Sin embargo, a la vuelta de los años, la situación era bastante compleja.

Ahora piense. Nos acercamos a Corinto y vamos conversando las distintas cosas que ahí acontecen. ¿Cuál de ellas le importó más al apóstol para escribir? Porque había cosas graves. Dice en un momento a la iglesia en Corinto: «Hay tal fornicación, hay tal inmoralidad, que ni siquiera entre los gentiles se nombra». Era una situación gravísima. «Vosotros estáis envanecidos», les dice, «porque tendrían que haberlo juzgado, y el tal sea entregado a Satanás». Era una decisión que debía tomar la iglesia.

El comienzo de Pablo

Fíjense por dónde comienza Pablo, y en esto, el Señor nos dé claridad del corazón apostólico. Cuando comienza a escribir, luego de haberse identificado, Pablo dice: «...a la iglesia de Dios». ¡Qué expresión más preciosa! Con todo lo que allí pasaba, Pablo aún como apóstol y habiendo establecido en aquellos hermanos el fundamento que es Cristo, no puede llamar a los creyentes en Corinto de la manera en que Dios no le permite llamarles. Él

les llama «la iglesia de Dios».

Cuando Pablo se acerca a lo más santo que hay en la tierra, a aquello que le costó la vida al propio Hijo de Dios, a los que están redimidos y lavados, él no levanta su voz para decir lo que Dios no dice de esos hermanos, y tiene que iniciar su carta habiéndose rendido antes al Señor y diciéndoles: «Yo les escribo a ustedes que son la iglesia de Dios. No importa que la inmoralidad sea tan grave; ustedes son lo que Dios dice que son: son iglesia de Dios». Qué bueno cuando nuestro corazón está limpio, para no usar palabras que Dios no va a usar. Qué bueno que nuestro corazón haya sido tratado por el Señor, para cuidar lo que Dios cuida, para amar lo que Dios ama. Pablo no puede decir lo que Dios no dice de la iglesia.

Entonces, al acercarnos a la iglesia, tenemos que acercarnos con reverencia, con humildad, conociendo a Dios, y sabiendo que la iglesia es pertenencia de Dios. Si nos acercamos de otra manera, mejor corrijamos nuestro corazón. Pero si nos acercamos correctamente a la iglesia, como Dios quiere que nos acerquemos, y como lo muestra Pablo, podemos edificarlos, podemos consolarnos e incluso corregirnos, podemos ayudarnos y enseñarnos.

Nos acercamos confesando que hay iglesia de Dios. Es como cuando tenemos que hablar con los hijos y decimos: «Mira, eres mi hijo, eres mi hija». Afirmamos, establecemos bien la relación, para luego poder hablarlos. Pablo dice: «Ustedes son iglesia de Dios». Y fíjese en el versículo 4, es precioso: «*Gracias doy a mi Dios*

siempre por vosotros». Pablo lo está diciendo honestamente, no usa palabras lisonjeras o zalameras; no procura adornar un poco antes de decir las cosas. Es como si nos estuviera mostrando que al acercarnos a la iglesia y al confesar que ellos son la iglesia de Dios, tenemos que darle gracias a Dios por nuestros hermanos.

Lo que Pablo tiene que tratar luego es bastante complejo. Pero antes, Pablo dice: «Yo he dado gracias a Dios». Así que él no está hablando enojado, no escribe airado; porque dio gracias. Y cuando uno hace el ejercicio de dar gracias, se empieza a ir la rabia, el enojo. ¡Gracias por la iglesia, en la que estoy! ¡Gracias por mi esposa, gracias por mis hijos, gracias por todo lo que nos has dado! ¡Gracias por los hermanos con los cuales comparto! «Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios».

Podemos dar gracias por el bien, pero ¿podemos dar gracias por el mal que recibimos? Si toda la iglesia fuera de nuestro agrado, ¡qué hermoso sería! Me llevaría bien con todos. Pero no es así, y Dios quiso que no fuera así. Porque yo no soy la medida para la iglesia; la medida para la iglesia es Cristo. Así que es bueno que Dios nos coloque con aquellos que no nos son de tanto agrado, y es bueno que demos gracias por aquello, porque seguramente lo que Dios quiere hacer antes de hacer algo en otros es hacer algo en mí.

Pablo tiene este corazón, él da gracias a Dios siempre. Él muestra un corazón enseñado por Dios, corregido por Dios, tratado por la cruz, un corazón que no va a decir lo que Dios no quiere

que diga. Luego que él muestra gratitud hacia los hermanos, recién empieza a escribir. Y esto es muy importante. Pablo tiene una actitud corregida antes de hablar a la iglesia.

El primer problema, y cómo se resuelve

Luego que la actitud ha sido corregida por el Señor, Pablo empieza a tratar algunos asuntos. ¿Y cuál es el primero? El primer problema (es posible que los hermanos no lo vieran tan grave) es que ellos decían: «Yo soy de Cefas», o «Yo soy de Pablo», o «Yo soy de Apolos». Eso no parecía tan delicado, porque eran dichos de los hermanos. Tal vez nadie se peleaba por esto, podían hacer la reunión, partir el pan, tomar de la copa, o reunirse en un solo lugar. No parecía tan grave, pero cuando Pablo lo oye, lo coloca en primer lugar. Él empieza por lo que le parece más importante.

«Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas. Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo». ¿Cómo resuelve Pablo este asunto?

Tenemos la mente de Cristo, y podemos estar perfectamente unidos en esa mente. Si está Cristo en ti y está Cristo en mí, ¿qué nos separará? ¿Qué vamos a decir a eso?

to? No empieza a argumentar, sino que dice: *«Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa».* ¿Está nuestro corazón rendido al Señor para hablar una misma cosa? «...y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer».

¿Qué hay que hablar? Pablo nos lo dice: *«Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios».* ¿Por qué les habla de la palabra de la cruz? Ellos recibieron esta palabra siete años atrás; el Espíritu de Dios empezó a correr el velo que impedía ver la gloria de Dios en la faz de Jesucristo por la palabra de Pablo. Pero cuando Pablo dice que hablen una misma cosa, les menciona la palabra de la cruz.

¿Qué es la palabra de la cruz? ¿Te salvó Pablo, te salvó Cefas, te salvó Apolos? La palabra de la cruz es la de aquel Hombre que fue crucificado, y cuando él estaba muriendo, Dios estaba cargando sobre él todo el juicio que yo debía cargar. Y cuando empiezo a hablar la palabra de la cruz con todos mis hermanos, digo: «Hermano, el mismo que pagó por tus pecados es el que pagó por mis pecados; la misma sangre que derramó para hacerme limpio es la que me ha hecho limpio, la misma muerte que te ha dado vida eterna es la que me ha dado vida eterna».

Hablamos la palabra de la cruz, que el Hijo de Dios se humilló hasta lo sumo, siendo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, y en la sabi-

duría eterna planificada en la Deidad, en un consejo sabio que nosotros no hubiéramos alcanzado nunca, aquello que estaba velado a nuestros ojos, aquella sabiduría que sólo estaba en la comunión eterna, se ejecutó hace dos mil años, y un Hombre muriendo en una cruz fue toda nuestra salvación.

Pablo dice: «Hablen eso entre ustedes, vean a Jesús en la cruz, vean el precio que él pagó por ustedes». Y si empiezo a hablar así, ¿cuándo voy a hablar de lo que me separa de ti? Si empiezo a hablar de la humillación del Señor, de la obra de la cruz; si empezamos a compartir la palabra de la cruz; si nos relacionamos hablando con el entendimiento y la verdad que Cristo ha hecho reposar en nuestros labios, y la empezamos a proclamar unos a otros, y nos vamos recibiendo y edificando en la palabra de la cruz, ¿no terminaremos hablando todos una misma cosa, nuestra mente no se va a renovar en el entendimiento que le agrada a Dios?

La palabra de la cruz es locura a los que se pierden; para los griegos, la palabra de la cruz es insensatez. Mas para los llamados, es sabiduría de Dios. Que Dios haya procedido de la manera que procedió, para la mente griega, es una locura. Pero para los lla-

mados es la más alta sabiduría, oculta a los príncipes, oculta a los entendidos. Esa sabiduría de Dios está a nuestro alcance, para tomarla y compartirla, para entenderla por revelación del Espíritu, y hablar lo que Dios quiere que hablemos. La palabra de la cruz, siendo sabiduría de Dios, es la palabra que tenemos que empezar a hablar, porque Pablo dice que hablemos una misma cosa.

Una misma mente. ¿Cuál mente? Pablo dice que tenemos la mente de Cristo. Si tenemos la mente de Cristo, podemos estar perfectamente unidos en esa misma mente. Si está Cristo en ti, y está Cristo en mí, ¿qué nos separará? ¿Qué vamos a decir a eso? Empecemos a hablarnos la palabra de la cruz, empecemos a decirnos lo que entendemos de la cruz, y que la cruz no sólo es un hecho objetivo: encierra una verdad gloriosa que está en nuestros labios, en nuestra mente, en nuestro corazón, y respecto de la cual tenemos que empezar a hablar.

Pablo no entra en mayores discusiones hasta aquí. Simplemente muestra que el camino es éste: «Hablen una misma cosa, sean de una misma mente y un mismo parecer», e introduce todo por medio de la palabra de la cruz.



Falso avivamiento

Cualquier avivamiento que venga a una nación y deje a la gente tan enamorada del dinero como antes y tan absorbida por los placeres mundanos, es una trampa y un engaño.

A. W. Tozer, en Manantiales de lo alto

La Trinidad es la virtud y el modelo de la comunión del Cuerpo de Cristo.

La comunión del Espíritu Santo



Gino Iafrancesco

El deseo de Dios es que el hombre participe corporativamente de la comunión de la Trinidad. Para eso dijo Dios: «*Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree ...*» (Gn. 1:26a). En la esencia única de la Divinidad subsisten tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Estas tres divinas personas viven en una perfecta comunión. Fue del agrado del Padre que en el Hijo habitase toda plenitud (Col. 1:19). Y todo lo que es del Padre es del Hijo, y todo lo que es del Hijo es del Padre (Jn. 17:10). Entre el Padre y el Hijo

existe una comunión tan perfecta, tan plena y tan divina, que el Divino Amor así compartido resulta ser el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo.

Jesucristo estableció la comunión de la Trinidad como *virtud* y como *modelo* para la comunión de la Iglesia, la cual es *la comunión del Espíritu Santo*. En su oración sacerdotal oró así: «*Y no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos; para que todos sean uno como tú, oh Padre en mí, y yo en ti; que ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que*

tú me enviaste» (Jn. 17:20-21). Cuando Jesús dijo: «**como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti**», con ese **como** estableció el *modelo*. Y cuando dijo: «*que también ellos sean uno en nosotros*», establece la *virtud* única sobre la cual es posible esa unidad y comunión.

No se trata de cualquier tipo de unidad, ni de cualquier tipo de comunión, sino de la comunión de la Trinidad, la comunión del Espíritu Santo que es la plenitud divina procedente del Padre y del Hijo hacia nosotros, para incorporarnos en la unidad y en la 'koinonía' o comunión que Dios ha establecido para que se viva en la tierra.

Lo que Dios ha establecido es que la comunión del Espíritu Santo se viva en esta tierra por la Iglesia delante del mundo, para que éste crea. Personas serán libradas del mundo e incorporadas a esta comunión por el testimonio de la Iglesia.

La comunión de la Trinidad comienza a ser vivida como *la comunión del Espíritu Santo*. Precisamente esa era la carga del apóstol Pablo respecto de la Iglesia. Escribió a los corintios: «*La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sea con todos vosotros. Amén*» (2 Co. 13:14). Menciona primeramente la gracia del Señor Jesucristo, puesto que es la primera cosa que nos llega para hacernos participantes del amor de Dios. El amor de Dios se manifestó para nosotros mediante la gracia del Señor Jesucristo; y es la experiencia de la gracia en Cristo la que nos demuestra ese amor. El amor de Dios debe ser recibido a través de la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

El efecto de haber recibido esa gracia y ese amor es que somos introducidos en la comunión del Espíritu Santo, que es la tercera en ser mencionada.

En el amor del Padre, la gracia del Hijo y la comunión del Espíritu Santo tenemos el dispensarse del Dios trino a la Iglesia, en lo universal y en cada localidad. En el caso de la epístola citada, Corinto.

Que la comunión del Espíritu Santo sea con la iglesia de la localidad es la carga del corazón apostólico. La primera carga es que en la localidad se reciba la gracia del Señor Jesucristo, pues ella es la que nos pone en contacto con el amor de Dios; pero ya estando una vez allí, la carga es que la comunión del Espíritu Santo sea con cada uno de los miembros de la iglesia de la localidad corporativamente y con todo el cuerpo de Cristo en general, pues entonces también las iglesias de las localidades podrán tener entre ellas la comunión debida del Cuerpo de Cristo.

Los apóstoles son administradores de la gracia de Dios (Ef. 3:2), y por eso la carga del corazón apostólico es que por efecto de esta gracia por ellos administrada, según fueron enviados por Jesucristo para esto mismo, como ministros de reconciliación, que entonces se produzca la experiencia práctica de la comunión del Espíritu Santo entre todos aquellos que, por la gracia de Cristo, han recibido el amor de Dios. La comunión del Espíritu Santo manifestada en la iglesia de cada localidad es aquí, en el versículo citado, la carga del corazón apostólico. Dios quiere que este tipo de comunión sea el cual se

dé en cada localidad de la tierra, mediante la Iglesia.

La comunión del Espíritu Santo

Si hablamos de tipos de comunión, es porque entre los hombres existen varias clases de compañerismos y varias clases de unidades. Por tanto, es necesario ser bien específicos cuando nos referimos a la comunión del Espíritu Santo, la cual no es necesariamente lo mismo que otras unidades de otro tipo, ni que otros tipos de compañerismo. Aquí hablamos de la comunión del Espíritu Santo. Quiere decir, por una parte, que esta comunión está exclusivamente restringida a las personas que tienen el Espíritu de Cristo. San Pablo enseña por el Espíritu que *«...si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él»* (Ro. 8:9b). O sea que en la comunión del Espíritu Santo participa quien tiene el Espíritu de Cristo.

Por otro lado, la comunión del Espíritu Santo implica abarcar a todos los que sí tienen el Espíritu de Cristo. La comunión del Espíritu Santo llega hasta donde llega el Espíritu de Cristo. La participación con el Espíritu de Cristo es el límite de la comunión del Espíritu Santo. El Espíritu de Cristo es, pues, el elemento propio que torna posible esta comunión. Todo aquello que es extraño al Espíritu de Cristo no forma parte de la comunión del Espíritu Santo. De manera que cualquier tipo de ecumenismo que pretenda incorporar en la comunión algo distinto a lo que es propio del Espíritu de Cristo mismo, no es la comunión del Espíritu Santo, sino otro tipo de comunión o compañerismo cuya virtud no es

La comunión del Espíritu Santo llega hasta donde llega el Espíritu de Cristo. La participación con el Espíritu de Cristo es el límite de la comunión del Espíritu Santo. El Espíritu de Cristo es, pues, el elemento propio que torna posible esta comunión.

Cristo, y por lo tanto, está expuesta a ser utilizada por el espíritu del anticristo para facilitar los propósitos hegemónicos de Satanás.

Algunos pretenden mezclar el Cristianismo bíblico con el Judaísmo, y aun con el Islamismo, pretendiendo que todos tenemos al mismo Dios de Abraham. Pero Jesucristo y los apóstoles son bien claros en declarar que quien no tiene al Hijo, no tiene tampoco al Padre; quien no recibe al Hijo, no recibe tampoco al Padre; y quien no honra al Hijo, no honra tampoco al Padre (2 Jn. 9; 1 Jn. 2:23; Jn. 5:23; 15:23).

Así que algunos pueden aparecer como «apóstoles» del ecumenismo, mas eso no significa que son apóstoles de Cristo. Por el contrario; Jesús dijo que quien no le recibiese a él, recibiría a otro (Jn. 5:43). Por eso existe peligro en otro pretendido compañerismo que no sea exclusivamente alrededor del nombre de Jesucristo, y realmente en su mismo Espíritu. La comunión del Espíritu Santo está res-

tringida a los límites de la participación con el Espíritu de Cristo.

Pero a veces, cuando no se peca por *exceso*, se peca por *defecto*. Por una parte, algunos, abierta o encubiertamente, pretenden dirigir al pueblo de Dios a un tipo de comunión más allá de los límites permitidos. Esto, porque su elemento no es Cristo, sino que está relacionado a otros intereses detrás de su diplomacia. Por otro lado, algunos pretenden estrechar sectariamente los límites de la comunión, impidiendo a legítimos hermanos en Cristo tener plena comunión entre sí. Esto lo hacen porque tampoco su elemento de comunión ni su centro es Cristo, sino alguna organización inferior al Cuerpo mismo de Cristo, o alguna tendencia exclusivista. Así que algunos incorporan elementos extraños a Cristo, mezclando la Iglesia con el mundo. Y otros dividen la Iglesia en tendencias y organizaciones que constituyen divisiones, pues su principio de comunión no es la común participación con el Espíritu de Cristo, sino alguna estrechez de tipo sectario. Esta tampoco es la comunión del Espíritu Santo. Ese es uno de los problemas del denominacionalismo: Que no son necesariamente todos los que están, y que efectivamente no están todos los que sí son.

La comunión del Espíritu Santo es aquella en la que, *por principio*, son todos los que están, por un lado. Y por otro lado, está abierta, *por principio*, a la plena comunión con todos los que sí son de Cristo, en virtud de él. Esta plena comunión implica *el desarme de los sectarismos*, y en su lugar tener la práctica, *en principio*,

de la comunión de una sola familia, la de Dios, en comunión plena como una sola iglesia en cada población en lo local, y como un solo Cuerpo en lo universal.

Por otra parte, se da el fenómeno híbrido de aquellos que, en su diplomacia ecuménica, fabrican una «comunión» cuyo elemento no es Cristo, al mismo tiempo que, en su estrechez, ponen límites a la comunión legítima del Espíritu Santo entre los hermanos. Esto se debe a que su *fuentes* no es el Espíritu Santo, y por eso pueden rechazar a los de Cristo e incorporar a quien le rechaza.

En el mundo religioso se dan estos fenómenos; y por eso la Iglesia debe discernir cuál es la *verdadera comunión del Espíritu Santo*. Sólo la comunión del Espíritu Santo es la comunión legítima del Cuerpo de Cristo. No se trata de una comunión de líderes organizacionales, sino de la *plena comunión de todos los hermanos en Cristo, en virtud de Cristo, y como una sola iglesia en cada localidad y un solo Cuerpo universalmente*. La misma familia. Su *modelo* y su *sustento* es la *comunión del Padre y del Hijo*.

La comunión apostólica

Esta también es la legítima *comunión apostólica*. El Nuevo Testamento nos habla de la comunión *de los apóstoles* y de la comunión *con los apóstoles*. El apóstol Juan nos escribe en su primera epístola: «*Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre*

y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn. 1:3).

De manera que de la revelación y comisión de Jesucristo a los apóstoles, de aquello por ellos visto y oído, surge el *testimonio apostólico*, que se constituye en la *doctrina de los apóstoles*. La doctrina de los apóstoles produce la *comunidad apostólica*, la comunión de los apóstoles y con los apóstoles. Esa doctrina de los apóstoles se encuentra en el pleno Nuevo Testamento.

La comunión de la Trinidad, del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo, produce la comunión de los apóstoles. La comunión de los apóstoles es verdaderamente con el Padre y con su Hijo Jesucristo, virtud y modelo de la comunión de ellos. Cuando recibimos al Señor Jesucristo creyendo en el Hijo de Dios según la doctrina de los apóstoles tal como está en el Nuevo Testamento, entonces gracias a esto, por el Espíritu entramos en la *comunidad con el Padre y con su Hijo Jesucristo*, de la cual resulta que participamos también de la *comunidad apostólica* que es esta misma. Esta es la comunión del Espíritu Santo. La comunión establecida por Dios en la tierra, y a la cual nos debemos todos los creyentes en Jesucristo, es la comunión con el Padre gracias a Jesucristo, y es la comunión también con Jesucristo mismo resucitado mediante el Espíritu Santo.

Para tener esta comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo, necesitamos recibir plenamente la fundamental doctrina de los apóstoles, tal como ésta se encuentra en el Nuevo Testamento. Entonces tenemos la comunión apostólica. Entonces partici-

pamos de la comunión que tuvieron los apóstoles entre sí en el Padre y en el Hijo. Entonces tenemos comunión con los apóstoles en Dios y Cristo. Entonces tenemos la comunión de los apóstoles perteneciendo al Cuerpo de Cristo y teniendo por esa causa y esa virtud comunión *unos con otros*, la *comunidad de los santos*, la *comunidad del Espíritu Santo*. Y si participamos con los apóstoles en la obra del ministerio, participamos también de la *gracia y comunión del evangelio* (Flp. 1).

Es la doctrina de los apóstoles conforme al Nuevo Testamento la que produce la comunión en Cristo de unos con los otros, la comunión de los santos, la comunión del Cuerpo de Cristo. ¿Por qué? Porque la doctrina de los apóstoles es el anuncio de la comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Cuando creemos en tal anuncio y recibimos a Dios por Jesucristo, por la fe, recibimos el don del Espíritu Santo, el cual nos introduce en la comunión. Es la común participación con el Espíritu de Cristo aquello que nos hace participantes de la comunión del Espíritu Santo.

De la comunión de la Trinidad surge la comunión de los apóstoles, que es la comunión con el Padre y con el Hijo en el Espíritu Santo; y, por tanto, también como resultado, la comunión de los apóstoles entre sí, la comunión con los apóstoles, la comunión del Espíritu Santo. Esta comunión del Espíritu Santo se extiende a la iglesia en cada localidad mediante la comunión con los apóstoles. Es decir, estando en un mismo espíritu con ellos, según su doctrina, conforme el Nuevo Testamento. Entonces la comunión del Es-

píritu Santo extendida a la Iglesia produce la comunión de los santos unos con otros, gracias a la Trinidad, la cual es la verdadera comunión del Cuerpo de Cristo. El elemento fundamental que sustenta la comunión del Espíritu Santo en el único cuerpo de Cristo es el mismísimo Espíritu de Cristo testificado por los apóstoles conforme el Nuevo Testamento.

Si alguien tiene comunión con el Padre, gracias a Jesucristo, según el anuncio de los apóstoles, conforme el Nuevo Testamento, entonces esa persona tiene el Espíritu de Cristo, y por tanto pertenece al Cuerpo de Cristo. Todos los miembros del Cuerpo de Cristo nos acercamos a Dios y estamos cerca unos de los otros para ser uno, mediante la sangre de Jesucristo y su Espíritu. Por lo tanto, *la copa de bendición* que bendecimos es *la comunión de la sangre de Cristo*. Y el *pan* que partimos es *la comunión del cuerpo de Cristo* (1 Co. 10:16-17).

Tal cuerpo es uno solo, y, por tanto, no debe dividirse, pues Cristo no está dividido y todos participamos del mismo pan siendo *uno* en Cristo. De manera que no debe permitirse que alguien pretenda romper la comunión plena de todos los miembros de Cristo, si estamos en el mismo Espíritu de Cristo.

El sectarismo

El sectarismo consiste en impedir la plena comunión de todos los hermanos en Cristo como un solo cuerpo manifiesto en cada localidad como un candelero, la iglesia de la respectiva localidad, donde debe manifestarse la comunión del Espíritu Santo, en com-

pleta unidad de *espíritu, doctrina y administración*.

Cuando se establecen otros tipos de comunión y compañerismo, distintos a la plena comunión del Espíritu Santo en la iglesia de la localidad, y entre las iglesias locales universalmente, y en lugar de eso se establecen organizaciones divididas menores que el Cuerpo y la iglesia de la localidad, entonces se está cometiendo el *pecado de división y sectarismo*. Ese tipo de comunión no es aquella del Espíritu Santo, pues separa a los hermanos en Cristo en diversos partidos, como aquellos de tipo denominacional. Por lo tanto, todos los hermanos no tenemos otra opción que, andando en el Espíritu de Cristo, conforme a la doctrina de los apóstoles en el Nuevo Testamento, practicar en nuestras respectivas localidades, y en el mundo entero, la plena comunión del Espíritu Santo, con todos nuestros hermanos en Cristo, como una sola Iglesia, universalmente y localmente.

Mientras dependa de nosotros, estamos abiertos a la plena comunión en Cristo con todos nuestros hermanos. En Cristo, obviamente. No tenemos otra comunión que la del Espíritu Santo, la de los apóstoles conforme el Nuevo Testamento, la de la sangre y del cuerpo de Cristo. No somos otra cosa que *La Iglesia*, universalmente hablando, y la iglesia en nuestra respectiva localidad, incluyendo a todos nuestros hermanos, aunque algunos de ellos se rehúsen a obedecer la Palabra y dar testimonio de la unidad. La Iglesia es una sola universalmente, y es una sola en la localidad, y tiene la doctrina de los apóstoles, el Espíritu de

Cristo, la comunión del Espíritu Santo, y también su disciplina propia en lo moral y doctrinal. Las iglesias locales son varias, mas solamente una por localidad, en el sentido de población, municipio o ciudad. Cada una representa a la Iglesia universal en su localidad.

Toda «comunión» cuyos límites sean diferentes a los del Espíritu Santo, no es la comunión del Espíritu Santo, pues se basa en otra cosa, y está bajo un control diferente al de la Cabeza por el Espíritu de la Palabra. Cualquier otro control que sustituya al de la cabeza, Jesucristo, en el Espíritu de la Palabra, y que separe a los que son de Cristo, o que mezcle lo de Cristo con lo del mundo, esa tal no es la dirección del Espíritu Santo. Quien no practica la comunión del Espíritu Santo dentro del único Cuerpo de Cristo, conforme a la doctrina de los apóstoles según el Nuevo Testamento, entonces no está bajo la *jefatura* de Cristo, sino bajo el control o influencia de otro espíritu.

Un hijo legítimo de Dios puede caer en el error de desobedecer al Espíritu de la Palabra de Dios y someterse a la influencia de otros espíritus, perjudicándose a sí mismo. Pero puede ser corregido por la verdad en espíritu de mansedumbre. Los compañerismos sectarios estorban la plena comunión del Espíritu Santo, porque sus límites no son el Espíritu de Cristo, y por no sujetarse a la Palabra de Dios, están bajo otro control. No es la «comunión» de Babel, donde se concatenan estructuras divisivas alrededor de otro centro diferente al Cristo de las Escrituras, la comunión que

Dios quiere, sino la comunión del Espíritu Santo, en la cual todos los santos en Cristo, comprados por su sangre y regenerados por su Espíritu, son uno, y se reúnen como una sola iglesia en su respectiva *polis*, ya sea en uno o varios lugares, pero juntos y unánimes en la localidad, y en comunión en Cristo con las demás iglesias de otras poblaciones.

La Trinidad es la virtud y el modelo de la comunión

Todos nosotros somos llamados a andar a la altura del supremo llamamiento en Cristo Jesús, y no podemos seguir satisfechos con el estado de división o de mezcla practicado por muchos en el pueblo de Dios. *La Trinidad* es la virtud y el modelo de la comunión del Cuerpo de Cristo, para que sea vivida delante del mundo en este tiempo, para que el mundo crea y vea que Dios envió a Jesucristo y que nos ha amado como a él.

Guardar la unidad del Espíritu en un mismo Cuerpo requiere *solicitud* y diligencia, puesto que a todos los hijos de Dios se nos ha dado a beber del mismo Espíritu. Se nos pide solamente *guardar* la unidad del Espíritu que ya es un hecho divino. Todo aquel que tiene el Espíritu de Cristo participa de la unidad del Espíritu y del Cuerpo. El Espíritu es uno desde la eternidad. Si permitimos que sea el Señor el que se exprese en nosotros, entonces se manifestará la comunión del Espíritu Santo.

Dios no creó la tierra en vano, ni para entregarla definitivamente al diablo, sino para manifestar en ella su divina economía. La Biblia nos habla de

un solo Cuerpo de Cristo; por lo tanto, debemos tener comunión con todos aquellos a quienes el Señor ha recibido como hijos, pues son nuestros hermanos, no importa quién les haya predicado o qué misión los haya evangelizado. Si realmente fueron siervos de Dios quienes los llevaron a Cristo y no a sí mismos, deberán permitir que el Cuerpo, y no algo menos, se encargue de ellos conforma a la dirección de la cabeza según las Escrituras. Si bien también el Señor reparte las labores en el Cuerpo como él quiere.

Por otro lado, no podemos tener comunión espiritual con quien el Señor no tiene comunión. Nuestra comunión no debe ser ni *mayor* ni *menor* que aquella que Dios quiere. No debemos guiarnos por nuestras afinidades meramente naturales, sino conforme a la disposición del Espíritu de Dios conforme a las Sagradas Escrituras. Todo lo que proviene de Adán debe pasar por la cruz, para que reconciliados en Cristo al otro lado de ella, nos podamos encontrar como un solo Cuerpo.

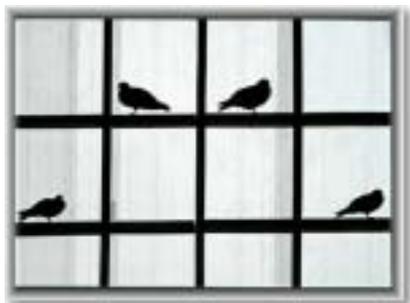
El Evangelio se anuncia para introducir precisamente a las personas en la comunión del Espíritu Santo bajo la jefatura de Cristo, y no para que se conviertan en prosélitos de algo menor que el Cuerpo de Cristo y bajo una dirección diferente a aquella del Señor conforme a su Palabra. Es la doctrina de los apóstoles la que produce la comunión apostólica. Si otra cosa fuere sembrada, otra cosa será producida. Las sociedades secretas también

tienen ritos y pactos para ligar a las personas, como se hace en la práctica sectaria, mas lo que producen no es la comunión del Espíritu Santo en la tierra, ni la edificación del Cuerpo de Cristo.

Cuando los apóstoles fundaban las iglesias, una por localidad según el Nuevo Testamento, no las dividían en sectas ministeriales, una porción para cada uno en la localidad, sino que todos trabajaban en función del Cuerpo íntegro. En Corinto no se debía permitir una «iglesia» de Pablo, y otra de Apolos, y otra de Cefas, sino apenas *la iglesia en Corinto* con todos los santos en Cristo en comunión como un solo Cuerpo, el candelero de la ciudad. Tampoco vemos en Jerusalén la «iglesia» de Pedro, ni de Andrés, ni de Tomás, etc., sino simplemente *la iglesia en Jerusalén, todos juntos y unánimes*. Lo mismo en Antioquía y en el resto del Nuevo Testamento. Esa es la comunión de los apóstoles, del Cuerpo de Cristo, del Espíritu Santo, de la Trinidad, incorporando en *uno* a todos los legítimos hijos de Dios en Cristo.

Colaborar realmente con el negocio del Padre como lo hizo Jesucristo, implica morir a nosotros mismos y vivir por el Espíritu de Cristo conforme a la doctrina y comunión de los apóstoles. No debemos engañarnos con las apariencias, sino juzgar con justo juicio y discernir espiritualmente las cosas del Espíritu de Dios, tales como *la verdadera comunión del Cuerpo de Cristo*.

SOLILOQUIO DE PABLO



Señor, me prendiste en la entrada de Damasco; transformaste mi autoconfianza en humildad. Me lancé a la tarea desbordando confianza en mí mismo; no sentía ningún obstáculo, no experimentaba ninguna dificultad.

De repente, en una vuelta del camino, mi alma se paralizó. La confianza desapareció. El mundo no se me presentaba más como un lugar de placer. Una sombra se extendió sobre la escena, y ya no podía encontrar el camino.

Todo sucedió por causa de un encuentro con un hombre – un hombre de Nazaret. Antes de enfrentarlo, mi orgullo personal era infinito. Mi corazón clamaba: «Escribiré mi propio destino». Pero una simple mirada al hombre de Nazaret me postró. Mi gloria imaginaria se transformó en cenizas; mi pretendida fuerza se tornó en debilidad; golpeé mi pecho y grité: «¡Inmundo!».

¿Debo quejarme por haber encontrado a aquel Hombre? ¿Debo llorar porque, en una esquina, un rayo de luz lanzó toda mi grandeza a la sombra? No, Padre, pues la sombra es el reflejo del resplandor.

Fue por haber visto tu belleza que mi carne se turbó. Fue el crecimiento que me tornó humilde. Contemplé por un momento un ideal perfecto y su brillo eclipsó mi lámpara. No es la noche, sino el día, que me hace ciego para aquello que poseo.

Es la luz la que me hace odiarme a mí mismo. Es el sol que revela mi inmundicia. Es la aurora que me habla de mis tinieblas. Es la mañana que descubre mis vestidos viles. Es el brillo que mancha mis trajes. Es la claridad que enumera mis nubes.

¡Oh Dios, mi Dios, sólo dejó mi camino cuando soy iluminado por ti!

George Matheson
(1842-1906)

Un análisis de la unidad de la iglesia local a la luz de 1ª Corintios.

La **unidad** de la Iglesia



A. B. Simpson

Lecturas: 1ª Corintios 1:12-13; 3:21-23.

La iglesia en Corinto tuvo un comienzo providencial y aun romántico. Enviado en una comisión divina a Grecia, el apóstol Pablo había predicado el evangelio en Filipos, Tesalónica, Berea y Atenas en medio de mucha persecución, y había llegado finalmente a Corinto, gran metrópoli de comercio y cultura.

Su obra al principio fue estorbada por los judíos, y parece que escribió a sus amigos de Tesalónica que orasen por él y para que la palabra de Dios tuviera libre entrada y fuera glorificada en aquel campo difícil (2 Tes. 3:1). La oración recibió su respuesta de manera singular.

Los judíos se le opusieron tan poderosamente, que al fin los dejó y se

dedicó a trabajar entre los gentiles; comenzó su obra en la casa de uno llamado Justo, cuya habitación estaba junto a la sinagoga de los judíos. Allí fue derramado el Espíritu y muchos de los corintios creyeron, contándose entre ellos Crispo, principal de la sinagoga. Entonces Dios habló a Pablo, en una visión, diciendo: *«No temas, sino habla, y no calles; porque yo soy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal; porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad»*. Todo esto se cumplió en la experiencia inmediata del apóstol, y durante año y medio continuó predicando el evangelio entre ellos.

Los judíos trataron por segunda vez de destruir su obra. Cuando llegó Galión, el nuevo gobernador romano, ellos presentaron una acusación con-

tra Pablo y esperaban sacar ventaja de la ignorancia de Galión; pero con verdadera indiferencia romana éste rehusó escuchar querellas teológicas, y, sin que Pablo fuera oído, la acusación fue anulada y sus acusadores echados fuera. Los griegos, creyendo agrandar al acusado, golpearon a un principal de la sinagoga, llamado Sóstenes.

Parece que éste mismo se convirtió más tarde, pues cuando Pablo escribió esta carta a la iglesia de Corinto nombró en el prefacio a un Sóstenes como su colaborador. En verdad, éste sería un caso de retribución divina: que Sóstenes se hubiera convertido de enemigo en hermano del apóstol cuya destrucción había procurado, y también en colaborador suyo en el cuidado de la iglesia en Corinto.

Podemos deducir de modo satisfactorio las condiciones de esta iglesia por el tenor de la epístola citada: se hallaba en medio de un centro de riqueza y cultura. Parece que su cultura intelectual era mayor que su cultura espiritual, resultando de esto, envidia y sectarismo, lo que atrajo de parte del apóstol una administración firme, aunque cariñosa, en medio de la cual hizo aquella descripción sublime del amor divino: (1ª Co. 13).

Haremos notar en seguida algunas de las cualidades de la iglesia en sus miembros y dones espirituales y en particular en lo que hace referencia a su unidad.

Los miembros de la iglesia

Se habla de ellos como «*santificados en Cristo Jesús*». Esto sin duda tiene referencia a nuestra posición en Jesucristo como suyos, apartados del

mundo y santificados en su redención. Todo creyente que ha aceptado a Cristo es conocido por el Padre como uno con Cristo en toda la plenitud de su gracia. Cuando aceptamos a Cristo por un acto de fe, lo aceptamos en toda su plenitud y él nos acepta a nosotros como unos con él, aún en las gracias que todavía no hemos experimentado.

Desde luego somos contados por Dios no solamente como crucificados con Cristo, sino también como resucitados con él y sentados con él en los lugares celestiales.

Todo esto no ha entrado en nuestra experiencia actual; pero todo nos pertenece por nuestra redención y unión con Cristo, nuestra cabeza glorificada, y por esto nos llama «*santificados en Cristo Jesús*».

En segundo lugar, los cristianos son conocidos como «*llamados santos*». Hemos de entrar personal y experimentalmente a poseer todo lo que nos pertenece en Cristo. Debemos ser santos en nuestros corazones y vidas para alcanzar aquello para lo cual hemos sido alcanzados por Cristo.

Imaginemos un minero que ha hallado un trozo de mineral abundante en oro, pero mezclado con sustancias inferiores. Lo lleva a un ensayador y lo ofrece en venta. El comprador lo examina y reconoce la mezcla, pero conociendo también su gran valía lo compra en algunos cientos de pesos. En seguida lo tritura, lo disuelve, lo refina y, por fin, resulta una barra cuyo valor es el quintuple del que pagó. El oro estaba allí, no habiendo aumentado por la operación indicada, pero era necesario purificarlo para su aprovechamiento.

Esta referencia ilustra las dos operaciones del Espíritu en el alma: salvación y santificación, es decir, nuestra aceptación en Jesucristo y nuestra consiguiente transformación a su imagen. Puesto que hemos sido aceptos en él, debemos seguir adelante, a la santificación. Este es nuestro alto llamamiento en Cristo: *«llamados a ser santos»*.

En tercer lugar, hay todavía otra cláusula que se refiere a cierta clase de adoradores a quienes el apóstol reconoce, diciendo: *«con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro»*. Excluido es aquí el espíritu sectario. No hay lugar en el corazón del gran apóstol para denominacionalismo o fanatismo de ninguna especie. La comunión cristiana, por la naturaleza del reino de Dios, debe ser tan amplia y universal como la casa de la fe; porque Cristo y su Iglesia son un cuerpo y si alguien se separa, se separa de Cristo.

Los dones y gracias de la iglesia

El apóstol habló en términos elogiosos de los dones de la iglesia en Corinto, la cual había recibido mucho de los dones del Espíritu, y así les describe: *«Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo»*. Sus reuniones eran favorecidas del

El sistema de las denominaciones es esencialmente humano y contrario a la voluntad de nuestra Cabeza. Un principio doctrinal no tiene importancia suficiente como para suplantarlo el nombre del Señor, que es el solo nombre que debe regir en su Iglesia.

Señor en diferentes formas. Su concepción de la verdad era clara, fresca y eficaz. Los dones de lenguas y de sanidades eran notorios a todos, y era conocida entre las demás iglesias por el número y poder de estos mismos dones. Sus creencias en la segunda venida del Señor no eran incorrectas. No estaban entregados a este mundo, sino que esperaban la venida del Señor, y el apóstol estaba persuadido de que Dios los guardaría firmes hasta el fin y que estarían presentes sin falta en el día del Señor.

Todo esto es digno de gran alabanza y si nosotros hubiéramos podido visitar aquella iglesia habríamos recibido muy buena impresión de su prosperidad, conocimiento, poder y testimonio en el servicio de Cristo.

Su falta de unidad

No obstante todo esto, había una gran falta y culpabilidad en la Iglesia, que llenó de tristeza y ansiedad el corazón del gran apóstol. La unidad de la iglesia es parte esencial de su cons-

titución en el cuerpo de Cristo. Así como el cuerpo humano no puede ser dividido sin exponerlo a muerte, todo cisma y soberbia es fatal para la vida del cuerpo de Cristo. El sistema de las denominaciones es esencialmente humano y contrario a la voluntad de nuestra Cabeza. Un principio doctrinal no tiene importancia suficiente como para suplantar el nombre del Señor, que es el solo nombre que debe regir en su Iglesia. El hecho de que Dios haya usado una iglesia dividida no es razón para creer que él apruebe su división. Hay, sin embargo, un mal mayor que el de las denominaciones, y es el que dentro de la misma denominación o congregación, hay frecuentemente disensiones y divisiones mayores que las existentes entre las iglesias y sectas. La unidad de la iglesia es destruida no sólo por cismas y por el espíritu sectario, sino también por envidias secretas, celos y contiendas entre el pueblo del Señor, que acusan falta de amor, que es la gracia suprema del cristianismo.

Una de las causas de todo esto en la Iglesia es la falta de santificación individual de sus miembros, pues los males apuntados provienen de la naturaleza vieja y pecaminosa, como el apóstol escribió a los corintios: «*Pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no soy carnales, y andáis como hombres?*». Y en otro lugar los compara a niños y les dice que no ha podido hablarles como a espirituales.

Otra causa de estas divisiones es el apego indebido a ciertos hombres, como hombres. El culto de los héroes de esta creación es una de las causas

principales de este gran mal que ha dividido y debilitado el cuerpo del Señor. Los males apuntados dañan, primeramente, la cabeza. Como una herida, por leve que sea, en el miembro más pequeño de nuestro cuerpo, inmediatamente se comunica a la cabeza; así Cristo es herido por nuestros celos, envidias, contiendas. Cuando herimos a los hermanos, herimos al Señor Jesús, y cuando el cuerpo es destrozado, la Cabeza sufre con dolor mortal. Hiriendo a los demás miembros de la Iglesia, nos herimos a nosotros mismos por el hecho de ser un cuerpo. Si un miembro sufre, todos sufrimos. Hay una ley de retribución que hace recaer sobre el autor de un hecho sus consecuencias. Muchas personas hay que están sufriendo de enfermedades, y otras muchas que están paralizadas en su vida espiritual como consecuencia de injusticias y agravios inferidos que debieron ser confesados con oportunidad.

En tercer lugar, herimos todo el cuerpo de Cristo, puesto que todos formamos parte del mismo cuerpo. La frialdad se debe en gran parte a estas divisiones. La pérdida de la fe apostólica y del poder que la acompaña se debe a la desunión de los fieles. Su organismo espiritual está destrozado.

Además, tal estado de cosas estorba al testimonio de la Palabra de Dios en el mundo. La unidad de la Iglesia fue designada por Cristo como un testimonio al mundo, y la ausencia de esta unidad es el obstáculo mayor con que los hombres tropiezan en su aceptación al evangelio. Un historiador inglés del Imperio Romano lo reconoció cuando dijo que la unidad de la

Iglesia primitiva había sido un testimonio al mundo que no se podía contradecir. Mas ¡ay! No se puede decir lo mismo hoy día. El apóstol escribió: *«Porque si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros».*

¿Cómo podemos guardar la unidad del Espíritu y sanar las divisiones y contiendas de los hijos de Dios?

a) El secreto supremo siempre es acercarse más a la Cabeza divina. Cuanto más cerca vivamos de él, tanto más cerca estamos los unos de los otros en el amor fraternal.

b) Debemos ser llenos del Espíritu. Las pequeñas pozas de agua de la playa del mar se reúnen cuando una ola grande baña la playa; sólo el bautismo del Espíritu Santo puede unir las sectas e iglesias en el océano del amor del Padre. La desunión es evidencia de escasa vida espiritual, y el remedio es una revivificación al estado de plenitud del Espíritu.

c) El apóstol nos da a entender lo que ha de subsanar las contiendas y divisiones entre los cristianos en el tercer capítulo de la epístola que nos sirve de guía, donde dice: *«Así que, ninguno se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios».*

Hemos de reconocer a sus hermanos como nuestros; debemos tomarlos en nuestro corazón de tal manera

que podamos hacernos responsables de sus culpas y orar por ellos. Entonces no habrá envidias, celos ni interés particular. Esto es lo que el apóstol quiere decir: que reconozcamos no sólo que todas las cosas son nuestras, sino también que los creyentes todos son nuestros; sí, que son nuestros hermanos. De este modo nos regocijamos con el bien de ellos como si fuera nuestro y nos dolemos de sus males compartiendo su dolor y vergüenza. Por esto fue que Daniel tomó sobre sí los pecados y yerros de su pueblo y los confesó como si fueran suyos; en esto él es hecho un espíritu con Aquel que fue hecho pecado por nosotros.

d) Por fin, las divisiones cesarán cuando todos se encuentren revestidos de la mente de Cristo. Mientras que la naturaleza carnal nos domina, no podemos tener unión los unos con los otros. Estas cosas no deben existir en los que profesan la santificación.

El mal genio, la irritabilidad y el rencor son cosas de la carne que es preciso crucificar. La mayoría de las fieles tienen que confesar que no viven como Cristo les ha enseñado. Debemos reconocer nuestras faltas delante de Dios. Debemos repararlas y someternos a su voluntad, que es nuestra santificación. Hagamos un pacto eterno con el Señor. Resolvamos no volver a pecar voluntariamente contra el amor paternal ni contra los hermanos, que son el cuerpo del Señor.

Tomado de La Iglesia apostólica.

El terreno del cristiano no son las denominaciones ni las organizaciones, sino Cristo.

Jesucristo

Señor de ellos y nuestro



T. Austin-Sparks

Queridos amigos, no es mi intención extenderme mucho. De hecho, pienso que no diré mucho esta tarde, pero hay una cosa que debo decir. Estoy muy agradecido por la oportunidad que esta fiesta de amor me ha dado, la oportunidad de reunirme con muchos de mis compañeros hermanos y hermanas en Cristo. No soy tan vanidoso para pensar que esta fiesta de amor se ha dispuesto porque yo he venido a Filipinas, pero pienso que es una bendición muy grande que tantos de nosotros podamos estar juntos así.

Por lo tanto, agradezco a mis hermanos aquí por esta provisión. Si anoche, cuando yo estaba hablando aquí, me hubieran dicho que se reunirían más de setecientas personas alrededor de las mesas en esta sala, creo que habría tenido dificultad para creerlo. Ha sido una maravillosa fiesta, pero

hay algo más maravilloso que la multitud y que la celebración. Es el amor de Cristo que está en cada corazón en esta sala esta noche.

La iglesia es tan grande como Jesucristo

Esta tarde, mientras yo pensaba y oraba pidiendo al Señor una palabra para compartir con ustedes, vinieron a mi corazón las palabras iniciales de Pablo, en la 1ª epístola a los Corintios: *«Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Sóstenes, a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro»*. Es la última parte de ese versículo que habló a mi corazón: *«...con todos los que en cualquier lugar invocan el nom-*

bre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro».

Creo que el apóstol Pablo era un hombre muy sabio, un hombre muy diestro, y en estos dos versículos esa habilidad es manifiesta. Noten que él empieza dirigiéndose a la iglesia de Dios que está en Corinto. Ahora, los corintios tenían un gran talento para la división. Después el apóstol dirá que hay divisiones entre ellos. Y sus divisiones se caracterizaban por girar en torno a diferentes hombres. Un grupo decía: «Nosotros somos de Pablo»; otro: «Nosotros somos de Apolos»; y otra facción declaraba: «Nosotros somos de Pedro». Eran personas notoriamente marcadas por divisiones. Fue a esas personas y a esas divisiones, que el apóstol dijo: *«a todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro».*

¿Cuán grande es la iglesia? Es tan grande como Cristo. El problema con los corintios era que veían a Jesús más pequeño de lo que él realmente es. Entonces, desde el principio, el apóstol dice: No; Jesús es más grande que todos los grupos juntos. *«A todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro».*

Las divisiones son siempre el resultado de hacer a Jesús más pequeño de lo que él es. Nuestro Señor Jesús es mayor que los hombres. Tenemos un himno que en uno de sus versos dice: «El amor de Dios es mayor que la medida de la mente de los hombres». Nosotros siempre estamos dimensionando a Dios —y al amor de Dios— según el límite de nuestra pro-

pia mente. Y si las personas no concuerdan con nuestro pensamiento, allí el amor de Dios se detiene con nosotros. Nosotros aquí esta noche representamos muchos grupos. Quizás tenemos nuestra propia noción acerca de las cosas, pero si esta reunión realmente mantiene su nombre, representa algo mucho más grande que nuestra mente. Nosotros no nos reunimos a los hombres o a un hombre. Ningún hombre para nosotros puede equipararse a Cristo.

Estamos aquí esta noche porque ésta es una verdadera fiesta de amor. Y eso significa que el amor de Cristo está en nuestro corazón. Nosotros dejamos nuestros grupos, dejamos nuestras divisiones. Estamos aquí en el terreno común de Cristo. ¡Qué gran cosa sería si todos los cristianos tomaran este terreno! El terreno de tantos cristianos, el terreno de las denominaciones, de algunas organizaciones, de alguna enseñanza especial, de muchas cosas diferentes, les es propio. Pero el terreno real del cristiano es Cristo. Si todos tuviéramos una mayor preocupación por el Señor Jesús que la que tenemos por las cosas religiosas, cuán diferente sería el mundo.

Espero que todos concuerden con esto. Ustedes están de acuerdo en teoría, pero saben que esto es muy práctico. Vivir en la puerta de al lado para algunas personas es una cuestión muy práctica. ¿Lo ha averiguado usted, o no? ¿Cómo se relaciona usted con su vecino?

Todos seremos vecinos en el cielo

Hay otra cosa ahora con la cual usted debería estar de acuerdo en teo-

ría: Es que esta vida es una preparación para el cielo. ¿Usted lo cree? Podemos decir que estamos en camino al cielo. Usted espera un día estar allí, y estará de acuerdo en que esta vida presente es una preparación para el cielo. ¿Lo cree? Porque es muy práctico. Todos nosotros llegaremos a ser vecinos en el cielo. Viviremos en la puerta de al lado de los demás.

¿Recuerdan ustedes que hay una descripción de la Nueva Jerusalén al final de la Biblia? Me preocupa que la gente que ha escrito nuestros himnos haya ido descaminada en esto. Hay un himno que dice: «Las calles son pavimentadas de oro puro». Ésa es una doctrina falsa. En la Biblia se dice que hay sólo una calle en la Nueva Jerusalén. Esa única calle es de oro. Queridos amigos, todos nosotros viviremos en la misma calle en el cielo. Vamos a ser vecinos allí. Si esto ha de ser tomado literalmente, no podremos salir de nuestras casas sin encontramos con todos en el cielo.

Alguien vino una vez a Inglaterra desde América; había viajado en el mismo barco que nosotros. Nunca había estado antes en Inglaterra. Tomamos el tren para ir del puerto a Londres. Esta persona vio largas filas de casas pegadas unas a otras y parecía asustada por esto. «Miren todas las casas absolutamente juntas. ¿Cómo pueden vivir si no les gusta su vecino?».

En el cielo hay una sola calle, pavimentada con puro oro. Ahora, yo no creo que debamos tomarlo literalmente. Pienso que es simbólico, y que quiere enseñarnos dos cosas: 1. Todos nosotros vamos a estar en el compañerismo más íntimo en el cielo. 2. El oro

¿Cuán grande es la iglesia? Es tan grande como Cristo. El problema con los corintios era que veían a Jesús más pequeño de lo que él realmente es.

es el símbolo del amor de Dios. Todos vamos a estar juntos en el amor de Dios.

Dije que ustedes creen que esta vida es la preparación para el cielo. ¿Es así? Ustedes han empezado a conocer mejor cómo vivir con su vecino ahora. Quiero decir a su vecino cristiano. «*Todos los que en cualquier cada lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo.*».

¿Cuáles serán las características principales del cielo? Cristo será el todo en todos. Será la característica del cielo el todo de Cristo. No las cosas, no las instituciones, sino sólo Cristo. Si va a ser así, entonces ahora tenemos que empezar a hacer mejor de Cristo el todo. Si vamos a tener algo como un anticipo del cielo en esta vida, lo será sólo si Cristo es más que todo. Así que nuestra oración diaria debe ser: «Señor, prepárame para el cielo, y hazlo llenándome cada vez más y más de Cristo». Tomen estas palabras del apóstol Pablo: «Con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor de ellos y nuestro».

El Señor les bendiga a todos.

Del libro That They May All Be One. Mensaje impartido en Manila, Filipinas, Febrero de 1964.

El cuerpo de Cristo es la base de la comunión de la Iglesia.

La comunión del cuerpo



Watchman Nee

Cristo, la Iglesia y el Cuerpo (Ef.5:29-30)

En el Antiguo Testamento Dios nos muestra cómo él tomó una costilla de Adán y formó a Eva. Eva salió de Adán, o, para usar otra expresión, Eva era Adán. De modo similar, si preguntamos qué es la Iglesia, la respuesta será que ella salió de Cristo. Así como Dios formó a Eva con aquello que él tomó de Adán, así él forma la iglesia con lo que es tomado de Cristo. Cristo no nos ha dado sólo de su poder, gracia, naturaleza y voluntad, sino también de su propio cuerpo. Él nos ha dado de sus huesos y de su carne. Él ha dado de sí mismo a nosotros, así como Adán dio su costilla a Eva.

La Biblia nos dice que Cristo es la cabeza de la iglesia, y la iglesia es el cuerpo de Cristo. Individualmente,

cada cristiano es un miembro del cuerpo de Cristo, pues cada uno salió de él.

Una cosa que debemos observar de manera especial es que el cuerpo de Cristo está en la tierra, a pesar de no formar parte de ella. Es celestial, aunque está en la tierra. No piense que el cuerpo de Cristo está en el cielo. Cuando Pablo persiguió a la iglesia, el Señor Jesús lo desafió en el camino a Damasco, diciendo: «*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues*». La palabra del Señor aquí es realmente maravillosa. Él no dice: «Saulo, Saulo, ¿por qué persigues a mis discípulos?», sino «Saulo, Saulo, ¿por qué *me* persigues?». Él no preguntó: «Saulo, Saulo, ¿por qué persigues mi pueblo?», o «¿Por qué persigues mi iglesia?» Él simplemente dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué *me* persigues?».

De esa forma le fue revelado a Pablo que la iglesia y Cristo son uno. La unidad entre la iglesia y Cristo es de tal naturaleza que perseguir a la iglesia es perseguir a Cristo. Además de eso, el incidente en la entrada de Damasco indica que el cuerpo de Cristo es algo en la tierra. Si estuviese en el cielo, no podría ser perseguido. Sin embargo hoy, la iglesia en la tierra es el cuerpo de Cristo, por eso Saulo puede perseguir a la iglesia.

Muchos sostienen que la manifestación del cuerpo es un acontecimiento celestial, siendo así, esa manifestación tiene que esperar hasta que todos lleguemos al cielo. Si ese fuese el caso, entonces Saulo no podría haber perseguido al Señor. Todavía el cuerpo de Cristo está en la tierra; por eso Saulo puede perseguirlo.

Ya que la iglesia es el cuerpo de Cristo en la tierra, ella debe ser manifestada aquí. A pesar de que la Cabeza está en el cielo y el cuerpo sobre la tierra, ambos son uno. Tanto el que está en el cielo como la que está en la tierra son uno. Por consiguiente, la persecución a la iglesia es la persecución al Señor; perseguir al cuerpo es perseguir a la Cabeza. La unión es tan perfecta que no puede ser separada.

Las personas pueden preguntar: «¿Cómo podría el cuerpo de Cristo haber estado en la tierra durante la época de Pablo? Durante estos dos mil años, desde aquel tiempo hasta el presente, multitudes han sido salvadas y agregadas al cuerpo de Cristo. ¿Cómo entonces podía ser la Iglesia ser el cuerpo de Cristo en tal período inicial». J.B. Stoney, un hermano muy espiritual y grandemente usado por

Dios en el siglo XIX, tenía una ilustración muy buena. Él decía que la iglesia es como un pequeño pájaro. Cuando él rompe por primera vez la cáscara del huevo, ya es un pájaro, a pesar de que sus plumas tendrán todavía que crecer. Más tarde, cuando el pájaro se torna adulto, todavía es llamado pájaro. No le es negado el nombre de pájaro cuando sus plumas todavía no han crecido. Las plumas crecen lentamente de adentro hacia fuera; ellas no son implantadas desde afuera. Todo el crecimiento viene de adentro hasta que el pequeño pájaro llega a ser adulto. Y esa es la manera como la Iglesia existe en la tierra. A pesar de que en los días de Pablo ella estaba recién comenzando, aun así era el cuerpo de Cristo. Así también, en el día de hoy, ella ha crecido mucho, pero nada externo debe ser agregado a ella. Todo el crecimiento viene de adentro.

A pesar de que el número de los salvados en la iglesia todavía está lejos de ser completado, con todo, la iglesia es perfecta por dentro. Aquello que está dentro de ella necesita ser completamente desarrollado, esto es, Cristo debe ser manifestado desde adentro. Por lo tanto, la iglesia hoy, así como la iglesia de ayer y de mañana, es el cuerpo de Cristo. Dios no salva a las personas y las agrega a la iglesia externamente; antes, el cuerpo de Cristo crece continuamente desde adentro, a partir de la Cabeza.

La iglesia no es nada más sino aquello que procede de Cristo. Ella proviene de la cabeza que está en el cielo, mas ella habita hoy en la tierra. Ella es un cuerpo. Así como un pequeño pájaro, ella necesita crecer hasta

que alcance la madurez completa. La iglesia, entonces, es una misma cosa desde el principio hasta el fin.

La Biblia nos muestra que la base de la iglesia es el cuerpo de Cristo. Todo lo que no está fundamentado en el cuerpo de Cristo, no es la iglesia. La Palabra de Dios reconoce sólo una iglesia – el cuerpo de Cristo. No importa por qué razón o cuán aparentemente bíblico pueda parecer, si alguna cosa no está basada en el cuerpo de Cristo, no puede ser reconocida como iglesia. Cuando la influencia del protestantismo llegó a su auge en Europa, además de las iglesias nacionales, muchos grupos divergentes y muchas denominaciones surgieron. Durante aquel período, iglesias establecidas por hombres crecieron como brotes de bambú después de una lluvia fresca en primavera. Ellos escaparon de la esclavitud de la Iglesia Católica Romana y huyeron a la libertad de las iglesias protestantes. Ellos imaginaban que tenían la libertad de establecer iglesias. Pero, ¿realmente aquellas iglesias que establecían estaban fundamentadas en el principio del cuerpo?

Es imperativo que podamos ver con precisión delante de Dios lo que es la iglesia. Ella es el cuerpo de Cristo. Cualquier cosa que sea menor que el cuerpo de Cristo no puede ser usada como base de la iglesia. Por ejemplo, nosotros en Shangai tenemos una iglesia porque hemos aprendido a permanecer en el fundamento del cuerpo y a recibir a todos los miembros del cuerpo de Cristo para la comunión. Solamente tenemos una condición para recibir a los hermanos y herma-

nas en la iglesia aquí, y ella es que pertenezcan al cuerpo de Cristo, que estén en el cuerpo. Solamente eso justifica que seamos una iglesia.

Una vez que hay una iglesia aquí en Shangai, suponga que llegue el día cuando algunos hermanos disientan de ciertas doctrinas o sientan que algunas verdades sustentadas por la iglesia son erróneas. ¿Tienen ellos derecho de fundar otra iglesia? No, pues no tienen ningún fundamento para eso. La base de la iglesia es el cuerpo de Cristo. Fundar una iglesia a fin de mantener una verdad no es justificación suficiente. Si la iglesia en Shangai no es el cuerpo de Cristo, entonces aquellos hermanos pueden establecer una iglesia. Mas si ella lo fuere, entonces ellos deben continuar y tener comunión allí. No son libres para establecer otra.

Suponga que otros hermanos declaren que no están tan preocupados con las doctrinas bíblicas ni con la interpretación de las mismas, ni siquiera en suplir de alimento espiritual a aquellos que se reúnen. ¿Puede ellos

La Biblia nos muestra que la base de la iglesia es el cuerpo de Cristo. Todo lo que no está fundamentado en el cuerpo de Cristo, no es la Iglesia. La Palabra de Dios sólo reconoce una iglesia – el cuerpo de Cristo.

formar otra iglesia en base a esa motivación excelente que es la de proveer alimento espiritual a los hijos de Dios? No, otras sociedades pueden ser establecidas por voluntad humana, pero no una iglesia. Ellos pueden organizar un trabajo cristiano, una escuela dominical o una sociedad santa, pero no pueden instituir una iglesia. El proveer alimento espiritual no es base suficiente para formar una iglesia. Hay solamente una base para que la iglesia pueda ser establecida, y esta es, cuando todos los hijos de Dios son incluidos. En otras palabras, la iglesia debe tomar el cuerpo de Cristo como su unidad. Si otras personas fallan en reunirse sobre la base de esa unidad; si otras personas fallan en reunirse sobre la base de esa unidad, la responsabilidad es de ellas; pero una iglesia no puede tener otra condición a no ser pertenecer al cuerpo. El cuerpo es, por lo tanto, la única condición. La iglesia debe ser tan amplia como el cuerpo; no puede ser menor que el cuerpo. Todos los que pertenecen a Cristo son del cuerpo y están incluidos en la iglesia, ninguno de ellos puede ser rechazado.

Según la Biblia, la iglesia de Cristo es el cuerpo de Cristo, y el cuerpo de Cristo es la iglesia de Cristo. Ni siquiera la doctrina puede ser usada como justificación para fundar una iglesia. La santidad es importante, pues sin santidad nadie puede ver a Dios. La fe es muy necesaria, pues por la fe somos justificados. Sin embargo, ni la santidad ni la fe pueden servir de motivo para el establecimiento de una iglesia, porque la iglesia es el cuerpo de Cristo. Ella no es el conjunto de aquellos que creen en la doctrina

de la santidad, ni es una asamblea de aquellos que defienden la justificación por la fe.

Ciertamente, la nacionalidad no puede ser la base de la iglesia, como en el caso de la iglesia luterana de Alemania, o de la iglesia anglicana en Inglaterra. Después que Dios reveló a Martín Lutero la verdad de la justificación por la fe, él fue un instrumento para respaldar el movimiento protestante. Sin embargo, eso no le dio a él ni a sus seguidores el derecho de establecer una iglesia nacional. Si hubiera sólo diez cristianos hoy basados en el fundamento del cuerpo de Cristo, ellos tienen el derecho de formar una iglesia. Pero Alemania, con sus millones de cristianos, no puede organizar una iglesia. Sólo por el hecho de tener tan gran número de personas no es motivo suficiente para el establecimiento de una iglesia nacional.

La base de la iglesia, por lo tanto, es el cuerpo de Cristo en la localidad. No está basada en la doctrina o en la nación, en el alimento espiritual o en la interpretación bíblica. Dondequiera que podamos ir, debemos estar claros de esa posición – la iglesia es el cuerpo de Cristo. Si una iglesia local es formada sobre esa base, no es sectaria.

Si algunos hermanos y hermanas tienen visiones e interpretaciones diferentes de las suyas y, por lo tanto, insisten en reunirse separadamente, la base de ellos está equivocada. Por causa de que las suyas son el cuerpo de Cristo, usted tiene el fundamento correcto. Ellos no tienen fundamento, pues el de ellos está basado en visiones e interpretaciones. Entre las así llama-

das por el mundo, solamente aquellas que defienden el cuerpo de Cristo son iglesias. El resto no tienen base suficiente para ser consideradas iglesias.

Si los hijos de Dios viesan claramente que el cuerpo es la única base de la iglesia, ellos no se dividirían en sectas. Puede haber una iglesia con solamente tres o cinco personas, pero puede no estar correcto establecer una con cien o mil personas. Estamos convencidos de que la iglesia tiene solamente una base, la de manifestar plenamente el cuerpo de Cristo. No nos reunimos en ninguna otra posición que no sea la del cuerpo de Cristo. Yo realmente espero que los creyentes puedan ver que dondequiera que un grupo en una cierta localidad excede o está más acá del cuerpo de Cristo, ese grupo no puede ser reconocido como una iglesia. El grupo que excede el cuerpo de Cristo es aquel que recibe personas que no pertenecen al cuerpo; él acepta no creyentes. Tales grupos se tornan una mezcla y pierden la posición de una iglesia. Por otro lado, cualquier grupo que reduce el cuerpo de Cristo es aquel que restringe su comunión. Puede ser un grupo de santidad, o un grupo del séptimo día o un grupo bautista. Tales grupos restringen el cuerpo de Cristo más de lo que deberían; ellos tampoco tienen base suficiente para ser reconocidos como una iglesia.

La unidad de la iglesia en el Espíritu Santo (1 Co. 12:12-13)

Decir que la iglesia procede de Cristo toca la cuestión del origen de la iglesia. Todos los cristianos tienen nueva vida. La vida de Cristo ha sido multi-

plicada en decenas de millares, y millares de millares de cristianos. El capítulo 12 de Juan nos muestra cómo un grano de trigo cae en tierra, muere y produce muchos granos. Todos los granos participan de la vida del primer grano. Uno se convierte en muchos granos y todos vienen de uno solo.

Hemos visto cómo un grano puede convertirse en muchos granos, pero ¿cómo pueden los muchos granos volver a ser uno? Las Escrituras nos muestran que la formación del cuerpo de Cristo es el trabajo del Espíritu Santo. ¿Cómo es realizada esta obra por el Espíritu Santo? Él lo hace bautizando muchos granos en uno solo. De Cristo proceden decenas de millares y millares de millares de cristianos. Esos millares y millares de cristianos son bautizados en un solo cuerpo en el Espíritu. Tal es la enseñanza básica de 1 Corintios 12:12-13. Usando otra metáfora, podemos decir que todos somos como piedras talladas de una misma roca y cimentadas juntas por el Espíritu Santo formando un todo.

El cuerpo de Cristo posee dos principios básicos: primero, a menos que proceda de Cristo, no es el cuerpo de Cristo. Segundo, a menos que haya obra del Espíritu Santo, no es el cuerpo de Cristo. Debemos ser bautizados en el Espíritu Santo y ser llenos del Espíritu Santo para que así seamos unidos en un cuerpo. Decir que la Iglesia comienza en Pentecostés es correcto; decir que ella comienza en casa de Cornelio, también es correcto; pues tanto judíos como gentiles han sido bautizados en un solo cuerpo. Primero recibimos la vida del Señor, la cual está en el Espíritu Santo, a fin de tor-

narnos en un solo cuerpo. Cada uno de los que conoce al Señor conoce este cuerpo. Si las personas andan según el Espíritu Santo, están plenamente conscientes de que los hijos de Dios son un cuerpo. El cuerpo físico tiene muchos miembros, pero la cabeza, a través del sistema nervioso, controla todos los miembros. De esta forma, la Cabeza de la Iglesia une los muchos miembros en un solo cuerpo a través del Espíritu Santo.

El cuerpo, la base de la comunión (1ª Co. 12:12)

La iglesia procede de Cristo y por medio de la operación del Espíritu Santo se torna en un cuerpo. Todos los miembros son colocados juntos y coordinados unos con otros en el Espíritu Santo. Así, la comunión o comunicación de los cristianos se produce en el contexto del cuerpo. En otras palabras, la base para la comunión cristiana es el cuerpo.

Somos miembros unos de otros y somos un solo cuerpo. Naturalmente nuestra comunión está basada en el cuerpo de Cristo. No hay otra relación para la comunión fuera de esta verdad de que todos somos miembros del cuerpo de Cristo. Ni todos nosotros somos judíos o griegos, libres o esclavos. No podemos basar nuestra comunión en ninguna de estas relaciones; por eso el cuerpo es la única base de nuestra comunión.

Ninguna otra relación puede ser reconocida como comunión cristiana. Cualquier comunión, reunión o grupo que no esté basada en el cuerpo de Cristo no es aceptable. Hoy hay un gran número de así llamadas «comu-

nidades cristianas», pero ellas pueden no estar fundadas sobre la base de ser miembros unos de otros en el cuerpo. Ellas pueden basar la comunión en un ritual (como la inmersión), en una doctrina (como la justificación por la fe), en una forma de gobierno (como la episcopal), en el nombre de una persona (como los wesleyanos), en un cierto sistema (como el congregacional), o en un cierto movimiento (como el pentecostal).

Muchas de las así llamadas comunidades cristianas no tienen un fundamento correcto delante de Dios. Los hijos de Dios tienen que comprender que la iglesia es el cuerpo de Cristo, y en este cuerpo un miembro es la unidad menor. La comunión de todos los miembros está basada en el cuerpo y nada más. Tal base de comunión identifica un grupo como una comunidad cristiana. Por causa de que usted y yo somos miembros del cuerpo de Cristo, podemos tener comunión. Esta comunión de un miembro con otro es basada en la unidad del cuerpo. Porque compartimos de la misma vida del cuerpo y somos bautizados en el mismo Espíritu Santo, somos capaces de tener comunión unos con otros. Nuestra comunión no puede existir sobre ninguna otra base.

Cualquier comunión que no sea la del cuerpo, es sectaria y divisoria. Si mis brazos y piernas tuviesen que organizar un club de miembros largos y mantuviesen comunión sobre la base de los saludos, ¡tal comunión sería exactamente errónea!

Déjeme repetirlo: la comunión que no está basada en el cuerpo no es una comunión cristiana. No podemos

aceptar ninguna comunión que sea diferente de la del cuerpo, y más que eso, debemos rechazarla categóricamente. Mantener nuestra comunión cristiana significa que ella no debe ser menor que el cuerpo de Cristo.

Finalmente, reuniendo todos estos pensamientos con respecto al cuerpo de Cristo, es nuestro deseo que se pueda ver delante de Dios que el cuerpo

de Cristo es la base de la comunión de la iglesia en esta tierra. Ponga cuidado con cualquier comunión que no sea la del cuerpo. Esta comunión no puede ser mayor que el cuerpo por incluir incrédulos, ni menor que el cuerpo por excluir creyentes. Debemos mantener, en el mundo, el testimonio de que hay un cuerpo. Que el Señor nos muestre su gracia.

*Fragmento de «El cuerpo de Cristo»,
en Amaos unos a otros.*

j j j

Un asunto de mirada

Alejandro Magno, en su juventud, recibió como regalo de su padre un caballo del cual se decía que era indomable. Incluso el domador se sintió incapaz de domarlo. Alejandro, sin embargo, consiguió domarlo sin dificultad, y al ser interrogado cómo lo hizo, cuál era el secreto, respondió: «Descubrí que el animal tenía miedo de su propia sombra, por esto era tan esquivo. Aparté de él su temor, orienté su mirar en dirección al sol brillante para que él no viese su propia sombra».

¡Cuántos cristianos existen llenos de temores, debilidades, y desesperación, porque están siempre mirándose a sí mismos! Si miraran al Señor serían libres.

Premura

D. L. Moody no tuvo una esmerada educación, pues provenía de una familia humilde. Por eso, no sólo cometía errores gramaticales, sino también de pronunciación. Alguien que estaba celoso de su éxito, preguntó una vez a C. H. Spurgeon, el famoso predicador inglés, qué pensaba de un hombre que pronunciaba la palabra «Jerusalén» en dos sílabas. El «príncipe de los predicadores» comprendió a quién se refería y rápidamente respondió: «Que me alegra saber que hay gente con tanta premura para predicar el evangelio que no tenga tiempo de pronunciar todas las sílabas».

La sombra de las alas de Dios

Cierta vez Salmasio reprochó a John Milton (1608-1674), el célebre autor de «El Paraíso Perdido», por causa de su ceguera, diciéndole que era una evidencia del desagrado divino. El noble poeta replicó: «Mi ceguera es sólo la sombra de las alas de Dios que me cubren y me protegen».

Miguel Limardo, Ventanas abiertas

La historia de Samuel Rutherford.

El prisionero de Aberdeen



¿Quién fue Samuel Rutherford? ¿Qué importancia puede tener conocer a un personaje tan distante en la historia y en nuestra idiosincrasia? ¿Por qué se dice de él que fue un prisionero? Responder a estas preguntas significa contar una historia conmovedora que trasciende el tiempo y el espacio.

Su vida antes del exilio

Rutherford nació hacia el año 1600 cerca de Nisbet, Escocia. No se sabe mucho de su origen. Uno de sus biógrafos menciona que provenía de padres respetables, y otro, que vino de padres humildes pero honestos. Es probable que su progenitor se dedicara a actividades agrícolas y que tuviera

se un rango respetable en la sociedad, pues pudo dar a su hijo una educación superior.

En 1627 obtuvo un «Master of Arts» de la Universidad de Edimburgo, donde fue nombrado Profesor de Humanidades. Poco después fue ordenado pastor de la iglesia en Anwoth, una parroquia rural. Como tenía un verdadero corazón de pastor, trabajaba incesantemente por su rebaño. Se dice que Rutherford estaba «siempre orando, siempre predicando, siempre visitando enfermos, siempre enseñando, siempre escribiendo y estudiando». ¡Por supuesto, esto es posible cuando usted se levanta a las 3:00 cada mañana!

Sin embargo, sus primeros años en Anwoth, estuvieron llenos de pruebas y tristezas. A los cinco años de matrimonio, su esposa enfermó y murió un año más tarde. Dos hijos también murieron en este período. No obstante, Dios usó este tiempo de sufrimiento, que preparó a Rutherford para alentar a los afligidos.

La predicación de Rutherford era incomparable. Aunque no era buen orador, sus mensajes causaban gran impacto. Un comerciante inglés dijo de él: «Yo vine a Irvine, y oí a un bien dotado anciano de larga barba (Dickson), que me mostró el estado de mi corazón. Luego fui a St. Andrews, donde oí a un hombre dulce de majestuosa mirada (Blair), que me mostró la majestad de Dios. Después de él oí a un pequeño hombre justo (Rutherford), y él me mostró el encanto de Cristo».

En 1636 Rutherford publicó «*Exercitationes Apologeticæ pro Divina Gratia*» («Apología de la Gracia Divina»), un libro en defensa de las doctrinas de la gracia contra el arminianismo. Esto lo puso en conflicto con las autoridades de la Iglesia que eran dominadas por el Episcopado inglés. Fue llamado ante la Alta Corte, privado de su oficio ministerial y desterrado a la ciudad de Aberdeen.

Este exilio fue una penosa condena para el querido pastor. Era insufrible para él estar separado de su congregación. Sin embargo, aunque era severa e injusta la sentencia, no lo descorazonó. En una de sus cartas, escrita cuando se dirigía a Aberdeen, dice: «Voy al palacio de mi rey a Aberdeen; ni lengua, ni pluma, ni ingenio, pueden expresar mi gozo». Luego, al llegar a su destino, escribió: «No obstante ser esta ciudad mi prisión, con todo, Cristo hizo de ella mi palacio, un jardín de deleites, un campo y huerto de delicias».

Su vida después del exilio

En 1638, los forcejeos entre el Par-

lamento y el Rey en Inglaterra, y el Presbiterianismo vs. el Episcopado en Escocia culminaron en eventos importantes para Rutherford. En la confusión de los tiempos, él se aventuró fuera de Aberdeen y volvió a su querido Anwoth, tras 17 meses de confinamiento. Pero no fue por mucho tiempo. La Iglesia de Escocia tuvo una Asamblea General ese año, restaurando totalmente el Presbiterianismo al país. Además, designaron a Rutherford Profesor de Teología de St. Andrews, aunque él exigió que se le permitiera predicar por lo menos una vez a la semana.

La Asamblea de Westminster empezó sus famosas reuniones en 1643, y Rutherford fue uno de los cinco comisionados escoceses invitados a asistir a los procedimientos. Aunque a los escoceses no les fue permitido votar, ellos tuvieron una influencia que excedía lejos su número. Se piensa que Rutherford tuvo una gran influencia en el Catecismo Breve.

Durante este período en Inglaterra, Rutherford escribió su obra «*Lex Rex*»

¿Qué de esta vida es lo que llega con más fuerza hasta nosotros 350 años después? Lo que nos atrae es aquella brecha que se abrió en su corazón durante su encierro en Aberdeen, que dejó escapar tan grato olor de Cristo.

o «La Ley, el Rey». En este libro abogó por el gobierno limitado, y por las limitaciones sobre la idea general del derecho divino de los reyes.

Cuando la monarquía fue restaurada en 1660, era claro que el autor de «Lex Rex» tendría problemas. Cuando vino la convocatoria en 1661, fue acusado de traición, y se demandó su comparecencia ante el tribunal, pero Rutherford se negó a ir. El Señor le dio otra salida, pues lo llamó a su presencia. Desde su lecho de muerte, contestó a sus acusadores: «Yo debo atender mi primer citatorio; antes de que vuestro día llegue, yo estaré donde pocos reyes y grandes gentes van».

Rutherford murió el 20 de marzo de 1661, a los 61 años de edad. Sus últimas palabras fueron: «Gloria, gloria, mora en la tierra de Emanuel». En 1842 se levantó a su memoria un monumento en piedra, llamado «el monumento de Rutherford», en la granja de Boreland, en la parroquia de Anwoth, a un par de kilómetros de donde él predicaba.

Las cartas desde Aberdeen

Ahora bien, ¿qué de esta vida es lo que llega con más fuerza hasta nosotros 350 años después? No son sus logros académicos, ni su valor en la defensa de la recta doctrina. Lo que nos atrae es aquella brecha que se abrió en su corazón durante su encierro en Aberdeen, que dejó escapar tan grato olor de Cristo. Durante los 17 meses de su encierro, Rutherford tuvo sus labios sellados; no obstante, su corazón desbordó de buenas palabras.

En efecto, una caudalosa corriente de vida fluyó maravillosamente des-

de su palacio-prisión, a través de cerca de 219 cartas. Más tarde se agregaron otras 143 que fueron seleccionadas por su secretaria después de su muerte. En 1664 fueron publicadas bajo el pintoresco título: «Josué redivivo, o Cartas del Sr. Rutherford, divididas en dos partes». Sus cartas son consideradas hoy como un clásico cristiano, comparable a «El Peregrino», de Juan Bunyan. Desde aquella fecha, durante tres siglos, han sido publicadas en más de 30 ediciones diferentes, algunas de las cuales fueron reeditadas muchas veces.

Rutherford escribió otros libros. Uno de sus escritos teológicos le granjeó el ofrecimiento de la Cátedra de Teología en la Universidad de Utrecht. Pero tanto ésta como otras varias de sus obras han sido casi olvidadas; sin embargo el Señor permitió que Rutherford continuase viviendo hoy en un libro que él ni siquiera se propuso escribir: sus Cartas.

Un erudito cristiano ha dicho que la mayor parte de los libros de Rutherford tienen su recuerdo «solamente en el cementerio de la historia», y agrega: «Del ruido del mercado pasamos a la soledad reclusa e iluminada por las estrellas de aquellas cartas, las cuales la tradición cristiana, desde Baxter hasta Spurgeon, a una voz han proclamado como seráficas y divinas». Richard Baxter, «el principal de los eruditos protestantes ingleses», afirmó respecto de las Cartas de Rutherford: «Con excepción de la Biblia, el mundo nunca ha visto un libro como ese».

Para poder sentir realmente el peso de este comentario, es necesario recordar que Baxter concordaba con la teo-

logía arminiana, que fue precisamente el blanco de las críticas de Rutherford, y la causa de su confinamiento en Aberdeen. Richard Cecil, prominente cristiano del siglo XVIII, hizo el siguiente comentario sobre Rutherford: «Él es uno de mis clásicos favoritos; es realmente auténtico».

No podemos dejar de preguntar: ¿Cómo la correspondencia particular de este siervo del Señor fue conservada a través de los años? ¿Por qué motivo su formidable erudición jamás le proporcionó lo que sus cartas realizaron? La respuesta es simple: el Señor quiso preservarlas y no permitió que ellas desaparecieran.

La razón de fondo tiene algo que ver con el modo como nuestro Señor acostumbra tratar con sus siervos. Parece que fue del agrado del Señor usarlas para establecer una gran ilustración de esta verdad de oro: «*Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida*» (2 Co.4:11-12). La obra del Señor nunca fue hecha a medias. Si él permite que la muerte opere en otros, ¡ella va siempre acompañada por la «vida en nosotros»! Él planeó la prisión de Pablo en Roma, así como estas hermosas «Epístolas de la Prisión» para nosotros. Él dio a Juan la isla de Patmos, y, al mismo tiempo, nos dio la revelación de Jesucristo a través del último y grandioso libro de la Biblia. Él hizo que George Matheson, otro gran predicador escocés, quedase ciego; sin embargo, nosotros somos enriqueci-

dos por sus bellos himnos. Oigamos las palabras de Matheson: «El calabozo de José es el camino para el trono de José. Tú no puedes alzar la carga de hierro de tu hermano si el hierro no ha penetrado en ti».

De la misma forma, si nuestro Señor no libró a Rutherford de la «muerte» y lo envió a Aberdeen, ¿puede alguien imaginar que el Señor rehusaría la «vida», no dándola a nosotros? A causa de la prisión de Rutherford, es verdad que su predicación de Cristo a ciertas congregaciones fue silenciada por algún tiempo, pero fue sólo para dar lugar a un ministerio de Cristo que viene siendo desde entonces una bendición y aliento para las generaciones del pueblo de Dios. El propio Rutherford, en una carta a su compañero de sufrimiento, Robert Blair, lo expresó certeramente: «El sufrimiento es el otro lado de nuestro ministerio, claramente el más difícil».

Extractos de una gran obra

Por razones de espacio, a continuación publicaremos sólo algunos extractos de sus cartas. Invitamos a nuestros lectores a aproximarse a tan único y espiritual clásico cristiano, a través de una lectura lenta, meditativa y con mucha oración, para ser tocados y atraídos por el mismo Amado que se reveló a aquel pobre prisionero de Cristo. Para que, además, lleguen a estar en condiciones de decir con Rutherford: «¡Oh, si viésemos la belleza de Jesús y presintiésemos la fragancia de su amor, correríamos a través del fuego y del agua para estar con él!».

Extractos de cartas de Samuel Rutherford.

Cartas desde la prisión



Samuel Rutherford

Camino al palacio

Luego de conocer la sentencia

«Mi amado Señor me está concediendo la honra por la cual he orado estos 17 años, esto es, sufrir por mi pobre y majestuoso Rey, Jesús, y por su augusta corona, y por la libertad de su reino, que su Padre le dio».

«Bienvenida, bienvenida, dulce, dulce y gloriosa cruz de Cristo: bienvenido, dulce Jesús, con tu leve cruz; tú ya obtuviste y ahora posees todo mi amor; guarda lo que tú conseguiste».

En dirección al Palacio

«Aunque esta honrosa cruz conquistase en mí algún terreno, y mis íntimas objeciones de conciencia fuesen por algún tiempo agudas, aún así, para aliento de todos ustedes, me atrevo a decir y escribir por mi propia mano: Bienvenida, bienvenida, dulce, dulce cruz de Cristo. Verdaderamente pienso que las cadenas

de mi Señor Jesús son todas cubiertas de oro puro, y que su cruz es perfumada con la fragancia de Cristo; y que la victoria será por la sangre del Cordero, y por la palabra de su verdad».

«Las caricias de la tierna mano del Mediador son muy dulces; él ha sido siempre dulce a mi alma, pero desde que sufrí por su causa, su perfume es todavía más dulce que antes para mí. ¡Oh, si cada cabello de mi cabeza, y cada miembro, y cada hueso de mi cuerpo, pudiesen ser un hombre, a fin de presentar al mundo un buen testimonio de él! Todo sería todavía muy poco para él».

«Mis cadenas están cubiertas de oro puro. Apenas el recuerdo de mis agradables días con Cristo en Anworth, y de mi querido rebaño (por el cual mi alma se entristece), es el vinagre en mi vino azucarado, aunque tanto la dulzura como el amargor sean alimento para mi alma. Ninguna pena, ninguna palabra, ninguna

inteligencia, puede expresar a ustedes las maravillas de mi único, único Señor Jesús. Así, apresuradamente, yendo a mi palacio en Aberdeem, yo los bendigo».

En el palacio

Las primeras cartas

«A pesar de todas mis tristezas por el Señor, continúo hallándolo dulce, gracioso, amable, tierno; y quiero, tanto con la pluma como con palabras, firmar la maravilla, belleza y dulzura del amor de Cristo, y la honra de esta cruz de Cristo, que es gloriosa para mí, aunque el mundo se avergüence de ella. Pienso realmente que la cruz de Cristo quedaría ruborizada y se avergonzaría de aquellas sensibles personas mundanas que están de tal manera presas de su ambiente, que sienten vergüenza del sufrimiento de Cristo. ¡Oh, la honra de ser rebajado y apedreado con Cristo, y pasar a través de una muerte violenta a la vida eterna! – pero los hombres descubrirían refugios legales donde esconderse de la cruz de Cristo».

«¡Estoy bien, alabado sea Dios! Permaneciendo en esta ciudad extraña, un prisionero de Cristo y su verdad; y no estoy avergonzado por su cruz; mi alma está consolada con el aliento de su dulce presencia, por quien sufro».

«Estoy lleno de alegría y de la consolación de Dios. No obstante que esta ciudad es mi prisión, Cristo hizo de ella mi palacio, un jardín de placeres y huerto de deleites».

Un mes más tarde

«Cristo parecía un extranjero y desconocido para mí cuando llegué aquí; pero creo más en él que en su apariencia. Nunca más discutiré con él por causa de una amargura, ahora que se reveló a mí, diciendo: «Entra en el gozo de tu Señor»; y ¿a qué más puedo aspirar, cuando ten-

go al gran Dios en mis pequeños brazos? ¡Oh, cuán dulces son los sufrimientos de Cristo!»

«Dios perdone a los que hablan mal de la dulce cruz de Cristo; son solamente nuestros ojos débiles y torvos que ven el lado oscuro y nos hacen errar. Los que pueden llevar el humillante madero con gozo sobre sus espaldas, y lo aseguran con cuidado, verán que tal carga tendrá para ellos el mismo peso que las alas tienen para el pájaro o las velas para el navío».

Al comenzar un nuevo año

«Esta prisión es mi casa de banquetes; soy tratado con toda ternura y delicadeza, como si fuese un niño. Veo que, con Cristo, en nada fui perjudicado; pues él puede, en un mes, recuperar las pérdidas de un año».

«¡Oh, cuánto debo a la lima, al martillo y al cincel de mi Señor Jesús! Que me ha mostrado cuán bueno es el trigo de Cristo, que pasa a través de su molino y de su horno, para tornarse pan y ser servido en su propia mesa. La gracia probada es mejor que la simple gracia; y es más que gracia: es la gloria en su comienzo».

«¿Por qué debería sorprenderme ante el arado de mi Señor, que hace profundos surcos en mi alma? Sé que él no es un labrador negligente; él pretende una cosecha. ¡Oh, que esta tierra seca, ya blanca, se tornase fértil para una cosecha suya, por quien es tan dolorosamente preparada; y que esta tierra no cultivada fuese triturada!»

«En verdad, él nada me hizo perder por aquello que sufrí. ¡Él no me debe nada! Porque, en mis esposas, ¡cuán dulce y reconfortante ha sido para mí pensar en él, en quien encuentro recompensa suficiente al contemplar el galardón!».

Sacrificio de alabanza (Hebreos 13:15).

«Consecuentemente, Sr., yo le encargo, en el nombre de mi Señor Jesús, que alabe conmigo y muestre a otros lo que él ha hecho a mi alma. Este es el fruto de mis sufrimientos: mi deseo de que el nombre de Cristo sea divulgado por todo este reino, a mi favor».

«Querido hermano, le suplico, le encargo, en el nombre y por la autoridad del Hijo de Dios, que me ayude a alabar a Su Majestad; y le encargo también de comunicarlo a todos sus conocidos, para que mi Maestro pueda recibir mucha alabanza. ¡Oh, si mis cabellos, todos mis miembros, y todos mis huesos, fuesen lenguas bien afinadas, para cantar las alabanzas de mi gran y glorioso Rey! Ayúdeme a levantar a Cristo sobre su trono, y a alzarlo por encima de los tronos de los reyes de barro, los portadores de centros moribundos de este mundo».

«No tengo fiestas sin que en ellas se mezcle la tristeza; ni estoy libre de viejos celos; porque él me apartó lejos de mis amados y mis amigos; desoló mi congregación, y llevó mi corona; pero no me atrevo a decir siquiera una palabra, a no ser: «Muy bien, Señor Jesús».

«Soy tentado y atormentado; los catorce Prelados deben haber sido armados por Dios solamente contra mí, mientras que el resto de mis hermanos todavía está predicando; pero nada me atrevo a decir fuera de esto: «Está bien, Señor Jesús, porque tú lo hiciste».

«Yo le ruego, mi querido hermano, que me ayude a alabar y elevar a Cristo sobre su trono por encima de los escudos de la tierra. Estoy estupefacto y desconcertado por la grandeza de su bondad para con tal pecador ... Espero que nadie difame a Cristo o su cruz por mi causa: porque tengo muchos motivos para alabarlo, pues me condujo a un grado de comunión con él que jamás había conocido antes».

«Mi cruz es tanto mi cruz como mi galardón. ¡Oh, que los hombres cantasen sus alabanzas! Amo los peores rechazos de Cristo, sus tristezas, su cruz, más que toda la gloria superficial del mundo; mi corazón no desea más volver del país de Cristo; es una dulce tierra esta a la cual vine. Yo (de todos en este mundo) tengo una buena razón para hablar muy bien de él.

Como un niño destetado (Salmo 131:2).

«Estoy bajo la tutela de Cristo aquí. Me acostumbro a vivir contento en mi hogar prestado, que me abriga tanto como si fuese el mío propio».

«El diablo intervino y me instigó a discutir con Cristo, y a culparlo como un Maestro muy exigente. Pero ahora esta neblina fue disipada, y yo no solamente me callé, poniendo de lado todas mis discusiones, sino que estoy completamente satisfecho».

«¡Oh, cuán dulce sería si aprendiésemos a aliviarnos de nuestras cargas, amoldando nuestros corazones a ellas, y haciendo de la voluntad de nuestro Señor una ley!».

«Estoy pensando ya en la liberación como no había pensado antes. Mas sé que estoy errado. Es posible que yo no haya llegado a aquella medida de prueba que el Señor busca. Si mis amigos en Galloway hiciesen efectivamente alguna cosa por mi liberación, yo me alegraría muchísimo; pero no sé cosa alguna a no ser que el Señor tiene un medio por el cual él será el único en recibir la alabanza».

«Las esperanzas de mi liberación, aparentemente, son pocas. Mi fe no posee lugar alguno donde descansar, a no ser en la Omnipotencia».

«Aquí me encuentro aguardando esperanzado, para ver lo que mi Señor hará conmigo. Quiero que haga de mí lo que

le agrade. Con tal que obtenga gloria para sí mismo en mí, nada más me importa».

«Si mi Señor se agrada, yo desearía que alguien tratase de mi vuelta a Anwoth; pero, si no fuere así, agradezco a Dios por no ser Anwoth el cielo; ni la predicación ser Cristo. Tengo esperanza y continuaré esperando».

Cristo y su amor

«Una visión de lo que mi Señor me ha mostrado en este corto espacio de tiempo, vale como el mejor de los mundos».

«¡Oh, si los hombres abriesen las cortinas y mirasen adentro del arca, y observasen cómo la plenitud de la Deidad subsiste en él corporalmente! Oh! ¿Quién dejaría de decir: «Déjenme morir, déjenme morir diez veces, para tener una visión de él»? Diez mil muertes no serían un precio muy alto para pagar por él».

«Una sonrisa en la faz de Cristo es ahora para mí como un reino».

«Si tal elección pudiese ser hecha, yo jamás cambiaría a Cristo por el mismo cielo».

«No conozco una fuente benéfica a no ser esta: no sé de alguna cosa que valga la pena comprar, a no ser el cielo. Y, en cuanto a mí, si pudiese escoger entre Cristo y el cielo, yo vendería el cielo para comprar a Cristo».

«¡Oh, cuán felices son aquellos que consiguen a Cristo por nada! No es necesario que Dios me mande nada además de Cristo para completar mi parte del paraíso – y ciertamente yo sería bastante rico, y tan dotado cuanto el mejor de ellos, si Cristo fuese mi cielo».

«Estoy feliz en oír que Cristo y usted son uno, y que ha hecho de él vuestra «única cosa», en tanto muchos dolorosamente han procurado muchas cosas, y sus muchas cosas son nada».

«El amor desea la compañía del ser amado: y mi dolor mayor es la ausencia

«Por mí, estoy tan bien cuanto un prisionero de Cristo puede estar; por él soy maestro y rey de todas mis cruces; estoy por encima de la prisión y del azote de la lengua de los hombres; Cristo triunfa en mí».

de él, no de sus alegrías y aliento, sino de una unión y comunión más íntimas».

«¡Oh! Si yo pudiese unirme a los ángeles y serafines, y a los santos ahora glorificados, y pudiese elevar un nuevo cántico sobre el amor de Cristo, ante el mundo entero!»

«Estoy seguro de que aún los santos, los mejores de ellos, no pueden calcular el peso y valor de la incomparable dulzura de Cristo. Él es tan nuevo, tan único en excelencia, cada día tan nuevo, para aquellos que lo procuran más y más, como si el cielo pudiese proveernos tantos nuevos Cristos (si es que puedo hablar así) cuantos son los días entre él y nosotros; y con todo, él es el mismo. ¡Oh, amamos un amante desconocido cuando amamos a Cristo!».

«No fue sin razón que fue dicho: «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria». No me satisfaré con ninguna prenda del cielo, sino con el propio Cristo; porque Cristo, poseído por nosotros por la fe, es la esencia del cielo y de la gloria».

«Yo no sé qué hacer con Cristo; su amor me envuelve y me constriñe. Hice de él mi carga, pero oh, ¡cuán dulce y suave es! No puedo guardarlo conmigo: estoy tan envuelto en su amor que si ese amor no estuviese en el cielo, yo no ten-

dría deseo de ir allá. ¡Oh, cuánto valor y significado existe en el amor de Cristo!».

«¡Qué poder y fuerza hay en su amor! Estoy persuadido de que este amor puede subir una montaña empinada con el infierno a sus espaldas; y nadar a través del agua y no ahogarse; y cantar en el fuego sin sentir dolor; y triunfar en las pérdidas, prisiones, tristezas, exilio, desgracia, y hasta reír y alegrarse en la muerte».

La cruz y su gloria

Relato de un espionaje en Canaán: Valles y montañas (Dt. 8:7).

«Mi deseo y esperanza es oír que tú caminas en la verdad, y que estás siguiendo al despreciado pero muy amado Hijo de Dios».

«Considero mejores las aflicciones de Cristo que las alegrías inútiles del mundo. ¡Oh, si toda Escocia fuese como soy, excepto mis cadenas! Mi pérdida es ganancia, mi tristeza, llena de alegría; mis cadenas, libertad; mis lágrimas, confortables. Este mundo no vale un vaso de agua fría. ¡Oh, pero el amor de Cristo emite un gran fuego! El infierno, todo el mar salado, y los ríos de la tierra no lo pueden apagar».

«Mi testimonio está en el cielo: no cambiaría mis cadenas y las esposas que llevo por causa de Cristo, ni mis lamentos, por diez glorias del mundo».

«Su cruz es la carga más dulce que jamás llevé, es una carga como las alas son para el pájaro, o las velas para el barco llevándome en dirección al puerto».

«Alabo su grande nombre que no es mezquino en colocar sus cruces sobre mí, pero aplica abundantemente su vara para salvarme de este mundo que perece. Cuán pródigo es Dios en recursos como este, considerados por muchos como falta de misericordia de su parte, mas la cruz de Cristo no es ni cruel ni inmisericorde; ella

significa, eso sí, un testimonio por parte de un Padre amoroso».

«Cuando usted comenzó a seguir a Cristo, espero que haya hecho un pacto con él de que cargaría su cruz. Cumpla su parte del contrato con paciencia y no cancele su pacto con Jesús. Sea honesto, hermano, en su acuerdo con él; pues, ¿quien sabe educar mejor a un niño que nuestro Dios? Él ha tenido oportunidad de educar a sus hijos y herederos durante estos últimos cinco mil años, y sus niños son bien educados, y muchos de ellos son ahora hombres leales ... Bien, su método de educar implica el juicio, castigo, corrección, nutrición; y vea si él hace acepción entre sus hijos (Ap. 3:19 y Heb. 12:7-8). No, su Hijo mayor y su heredero, Jesús *no* es la excepción (Heb. 2:10). Necesitamos sufrir. Dios lo decretó antes de nuestro nacimiento, y es más fácil quejarnos de su decreto que cambiarlo. Es verdad: terrores de conciencia nos abaten, pero sin ellos no podemos ser levantados nuevamente: miedos y dudas nos hacen estremecer, pero sin ellos nos entregaríamos al sueño y perderíamos la seguridad de Cristo; tribulación y tentaciones casi arrancan nuestras raíces, mas sin ellas no podemos crecer, como no crecen las hierbas y el maíz sin la lluvia. El pecado, Satanás y el mundo claman en alta voz a nuestro oído que tenemos duras cuentas para ser juzgadas, pero ninguno de los tres, a no ser que mientan, se atreve a decirnos cara a cara que nuestro pecado puede ser quitado al tenor del Nuevo Pacto. Adelante, pues, querido hermano, y no pierda el control».

La comunión y su dulzura

Relato de un espionaje en Canaán: Este monte – Hebrón (Josué 14:12-13).

«Estoy bien. Mi prisión es un palacio para mí y la casa de banquetes de Cristo. Mi Señor Jesús es tan gentil cuan-

to dicen que es. ¡Oh, que toda Escocia pudiese saber de mi caso y tuviese parte en mi fiesta!».

«¡Oh, la dulce comunión perenne que ha habido entre Cristo y su prisionero! Él no se cansa de ser gentil. Él es la visión más bella que pude contemplar en Aberdeen o en cualquier otra parte donde mis pies hayan pisado».

«Pero nadie es tan gentil como mi singular y noble Rey y Maestro, cuya cruz es mi galardón. El Rey cena con su prisionero y su nardo da su olor. Él me ha llevado a un grado tal de alegría y comunión con su Persona como jamás experimenté antes».

«Tengo tanta y tan dulce comunión con Cristo cuanto un pecador puede tener; sólo siento que él posee tanta belleza y hermosura y yo, poco amor; él posee gran poder y perdón, y yo, ojos ciegos. ¡Oh, que yo le vea en la dulzura de su amor y en sus vestidos nupciales! ¡Ay de mí! ¡Mi copa vacía poco puede contener de Cristo Jesús!».

La fe y su victoria

Relato de un espionaje en Canaán: «Ciertamente prevaleceremos» (Núm. 13:30).

«Él ha hecho de mí un rey sobre el mundo. Príncipes no pueden vencerme. Cristo me ha dado el beso nupcial, y él tiene mi amor nupcial: hicimos un acuerdo perfecto, que no será anulado por ninguna de las partes. ¡Oh, si tú y todos en este país conociesen los suaves términos de perdón que existen entre mí y él!».

«Ahora, en cuanto a mi propia persona: sepa que concuerdo plenamente con mi Señor. Cristo colocó al Padre y a mí en los brazos el uno del otro – muy dulces acuerdos hizo conmigo antes, y éste entre otros. Yo reino como rey sobre mis cruces».

«Por mí, estoy tan bien cuanto un prisionero de Cristo puede estar; por él

soy maestro y rey de todas mis cruces; estoy por encima de la prisión y del azote de la lengua de los hombres; Cristo triunfa en mí».

«Mas, ¡sea Dios alabado! Pues Cristo, en sus hijos, puede soportar presiones y tempestades, aunque la frágil naturaleza se caiga a pedazos».

«Cuando nos hayan comido y engullido, quedarán enfermos y nos vomitarán como vivos nuevamente – el estómago del diablo no puede digerir la Iglesia de Dios».

Ven de prisa, amado mío (Cantares 8:14).

«¡Oh, que el tiempo pasase más de prisa, y apresurase nuestra búsqueda de comunión con el más amable de los hijos de los hombres! Oh, que aquel día nos favorezca y llegue, y ponga a Cristo en nuestros brazos y nosotros en los de él».

«¡Oh, Bienamado, corre, corre de prisa! Oh, hermoso día, ¿cuándo amanecerás? ¡Oh, sombras, lejos de aquí! Hallo que la esperanza y el amor, entretejidos, transforman nuestra ausencia de Cristo en un tormento espiritual. Continuar esperando es sufrimiento; pero la esperanza, que no nos avergüenza, amortigua ese dolor. No es la falta de misericordia la que nos mantiene alejados de Cristo por tanto tiempo. ¿Cómo puedo yo corresponder al amor de Cristo?».

«¡Oh, cuándo veré al Novio y la novia encontrarse en las nubes y besarse! Oh, ¿cuándo llegará el día en que nuestro corazón esté satisfecho? ¡Oh, si nos fuese dado mostrar nuestra hambre de aquel amor y nuestro deseo de contemplar a Dios inmediatamente! ¡Cómo tú atormentas las almas de aquellos que serían absorbidos por el amor de Cristo, porque te mueves tan lentamente!».

Extractado de «À Maturidade».

CONTRASTE

Después de recibir el Señor el rechazo en Jerusalén, y la hospitalidad de aquellos tres amigos en Betania en su última semana, el Evangelio de Marcos registra una doble escena final, profundamente significativa.

La primera parte de ella es el unguimiento del Señor por parte de María, hecho que se nos muestra aquí con un detalle sorprendente: «*y quebrando el vaso de alabastro, se lo derramó sobre su cabeza*» (14:3). A causa del simbolismo de esta escena, esto es muy relevante. El mero derramamiento del perfume no era suficiente: el vaso debía ser quebrado. ¿Por qué?

El vaso es el alma, en tanto que el perfume es el espíritu del hombre que sólo puede ser liberado si el alma es quebrantada. Sólo un alma quebrantada puede unguir al Señor y llenar la casa con el aroma de vida. ¡Maravillosa lección que trascendió el acto mismo, tan incomprensible para los discípulos!

Pero en seguida el relato hace un frío contraste, pues pasamos del amor a la traición: Judas hace acuerdos con los principales sacerdotes para entregar al Maestro (14:10). Ni siquiera esperó que las lágrimas se secaran en las mejillas de María, y que las palabras del Maestro se silenciaran. Su corazón torcido estaba lleno de premura por consumir el fatal designio. Habiendo estado tan cerca del cielo, es empujado ahora por el infierno.



Pero el contraste no acaba ahí: es una *mujer* –tan poco apreciada en el entorno viril de los judíos– y es una mujer *común* –de una familia y una aldea común– la que le ama tan delicadamente; en tanto que es un *hombre*, y no un hombre cualquiera, el que le vende – es uno de aquellos doce bienaventurados para quienes el corazón de Jesús estuvo siempre tan abierto.

Este es el hombre: un continuo oscilar entre dos extremos, el amor y el odio. ¡Y a todo ello se expuso nuestro Señor, sufriendo nuestras traiciones, y soportando nuestras veleidades, cargándolo todo sobre el madero de la cruz para que pudiéramos escribir una historia diferente!

Claves para el estudio de la Palabra.

Génesis

A. T. Pierson

Palabra clave: Principio · Versículo clave: 1:1

Este es el libro de los principios. Aunque a Dios no se le atribuye principio, hay un principio para todo lo demás; y aquí, en afirmación directa o en ilustración, en sugerencia o en tipo, todas las cosas, materiales o morales, son trazadas desde sus orígenes. Todos los grandes hechos y las verdades principales, relaciones y revelaciones se encuentran aquí; el embrión de todo lo que después será desarrollado más plenamente.

Los *principios* son los de la creación, de la raza humana, del matrimonio, de la familia, del Estado, de la Iglesia, de las naciones, de la civilización, de la historia; de la ley, del castigo, del gobierno; del sábado, del pecado, del sacrificio, de la salvación; de la adoración, del pacto, del llamamiento de Dios, del pueblo elegido; de la promesa y de la profecía; de los idiomas, de la literatura, de las artes mecánicas, de las bellas artes, de la ciencia y de la poesía.

Las *Verdades Elementales* enseñadas aquí son: Unidad, Trinidad, eternidad de la Divinidad; los atributos divinos de poder, sabiduría, etc.; sus atributos morales – santidad, bondad, etc.; la unidad de la raza, relación de marido y mujer, del hombre con la creación animal.

Los *tipos de Cristo*: *Adán*, casado con Eva, como Cristo y la iglesia. *Sacrificio*, removiéndolo el pecado y revistiéndolo de la justicia, simbolizado en el vestido de nuestros primeros padres en la piel de los animales inmolados. *Abel*, el primer mártir; *Noé*, pregonero de justicia; *el Arca*; *Melquisedec*; *Abraham*; *Isaac*, único hijo de la promesa, puesto en el altar por su

padre y recibido de vuelta como de la muerte; *José*, de la esclavitud a la prisión, elevado al trono, etc.

Los judíos titulan este libro con su primera palabra hebrea; los griegos «Génesis» – origen. Es el libro fidedigno más antiguo, y, sin él, más de dos mil años no tendrían historia escrita alguna. Moisés fue guiado por el Espíritu Santo para usar el material seleccionado de documentos y tradiciones anteriores.

Este libro es el portal majestuoso de la estructura grandiosa de las Sagradas Escrituras. La sentencia inicial es una gran demostración de belleza y verdad, resumida aquí en un breve compás. Ella excluye el ateísmo, el panteísmo, el politeísmo, el materialismo, niega la eternidad de la materia; y enseña la eternidad, la auto-existencia, la independencia, la omnipotencia y la sabiduría del Creador.

Divisiones

1. Gn.1-11 De Adán a Noé. Pecado, caída, diluvio.

2. Gn.12-50 De Abraham a José. La simiente escogida; la habitación en Egipto, etc.

El Evangelio según Marcos.

Viendo a Cristo como el Siervo de Dios



Stephen Kaung

Lecturas: Marcos 1:1; 10:45; 16:19-20.

Toda la Escritura es divinamente inspirada, o, literalmente, soplada por Dios. El propósito de la Escritura es uno: revelar al Señor Jesucristo. Sea en forma de biografía, historia, profecía, poesía o cualquiera otra, la Escritura tiene uno y solamente un propósito: revelar a Jesucristo. Por eso, cuando tocamos la Escritura, nosotros debemos tocar al Señor Jesús. Si leemos la Escritura y no tocamos la Palabra Viva, nuestro Señor Jesús, entonces perderemos todo el propósito de la Escritura.

Ya mencionamos anteriormente¹ que el Evangelio según Mateo es biográfico; nos relata la historia de nuestro Señor Jesús. Con todo, más que biográfico, es espiritual. No es solamente histórico, es una revelación del Señor Jesús para no-

sotros. En Mateo descubrimos que Jesús es el Rey de Dios, y cuán diferente del concepto humano es el concepto divino de rey. Él es Rey porque es humilde; él es Rey porque murió en la cruz. Y él nos está llamando para su reino, para que nosotros también podamos ser participantes de su naturaleza de Rey.

Ahora vamos a estudiar juntos el Evangelio según Marcos. De los cuatro evangelios, es bastante probable que este haya sido el primero en escribirse. Con todo, en la soberanía de Dios, fue colocado en segundo lugar, mientras que el Evangelio según Mateo fue colocado en el primer lugar en el orden del Nuevo Testamento. ¿Por qué? Desde el punto de vista de Dios, él desea que nosotros veamos a Jesús como Rey para que demos a él obediencia, lealtad y adoración. En el Evangelio de Marcos se nos dice que el Señor Jesús es el Siervo del Señor. La palabra 'siervo', en verdad, es

¹ En el Estudio sobre el Evangelio de Mateo, en «Aguas Vivas» N° 31.

'esclavo' y en el concepto humano, rey y esclavo están en oposición. No podemos ponerlos juntos. Cuando pensamos en un rey, pensamos en alguien en posición elevada, lleno de autoridad, dando órdenes, siendo obedecido por las personas. Cuando pensamos en un esclavo, un siervo, pensamos en alguien en posición inferior, no teniendo derechos propios; él debe servir, obedecer. Nosotros no podemos poner esas dos cosas juntas. Pero, de acuerdo con el concepto divino, esos dos, rey y siervo, se complementan, o, podemos decir que ellos son uno.

Nuestro Señor Jesús dijo: «En el mundo, aquellos que gobiernan se enseñorean de otros; ellos ejercen autoridad sobre otras personas, pero entre ustedes no será así. Si ustedes quieren ser grandes, deben aprender a ser siervos. Si ustedes quieren ser los primeros, entonces deben aprender a ser esclavos». El Señor Jesús dijo: «Yo vine, no para ser servido, sino para servir, y para dar mi vida en rescate por muchos». El que sirve es el Rey; el Rey sirve. Ese es el concepto divino y, naturalmente, en la vida de nuestro Señor Jesús encontramos el Siervo modelo.

Jesús, el Hijo-Siervo

Cuando usted abre el Evangelio de Marcos, la primera frase que encontrará es: «*Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios*». Usted no encontrará ningún registro de su genealogía, como en Mateo. No son mencionados ni genealogía ni nacimiento. ¿Por qué? ¿A quién le importa la genealogía y el nacimiento de un esclavo? Un esclavo no es nada, no es nadie, y esa es la razón por la cual, en el Evangelio de Marcos, no aparecen esos registros. La primera frase, «*Principio del Evangelio de Jesucristo*», es el Evangelio de Jesucristo como el

Siervo del Señor. Pero inmediatamente está escrito *Hijo de Dios*. Es una combinación extraña. Este Evangelio va a revelarnos a Jesús como el esclavo de Dios, como siendo nada, o nadie. Sin embargo, está escrito que él es el Hijo de Dios. Un esclavo no es nadie, pero el Hijo de Dios está por encima de todos; y todavía aquí usted descubre que el esclavo de Dios no es otro que el Hijo de Dios. ¿Cómo eso es posible?

Nosotros sabemos que eso es así porque está escrito en Filipenses 2:7 que él es igual a Dios, que participa de la misma naturaleza de Dios, porque él es Dios. Eso, sin embargo, no es algo a lo cual él se apegó, sino que él se vació a sí mismo. Él se hizo nada, se derramó. Es claro que él no podía vaciarse de su deidad; eso es imposible porque él es Dios. Pero se vació de toda su gloria, honra, majestad y adoración ligadas a la deidad. Él se derramó para hacerse nada, entonces tomó sobre sí la forma de un siervo, un esclavo. En otras palabras, asumió la naturaleza de un esclavo y, siendo hallado en semejanza de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente a Dios, incluso hasta la muerte y muerte de cruz. Así, hermanos, aquí vemos que el Hijo, que era igual a Dios, por amor a la realización del propósito de Dios, voluntariamente se hizo nada y tomó sobre sí la naturaleza de un esclavo. Se puso a sí mismo bajo el gobierno de Dios, su Padre, y le fue obediente incluso hasta la muerte, la muerte de la cruz. Ese es el Hijo-Siervo.

En el capítulo 12 de Marcos, hay una parábola sobre un hombre que poseía una viña. Él limpió y arregló su viña y entonces la arrendó a unos labradores. En la época de la cosecha, envió algunos siervos a los labradores para que recibieran los frutos de la viña, pero los labradores

los enviaron vacíos. Él, entonces, mandó otro grupo de siervos; y ellos incluso los mataron. Él envió más siervos a los labradores, pero ellos los rechazaron a todos. Finalmente, el dueño dijo: «Yo enviaré a mi único y amado hijo, tal vez ellos lo respeten». Pero nosotros sabemos cómo terminó la historia. Usted descubre cómo Dios mandó su Hijo a este mundo como su Siervo porque el Hijo es el Siervo de Dios.

Antes de proseguir con este estudio, me gustaría aplicar a nosotros mismos el principio del hijo-siervo. Nadie puede servir a Dios, ningún servicio es aceptable a Dios, a menos que sea realizado por la vida del Hijo de Dios. En otras palabras, si deseamos servir al Señor, no podemos hacerlo con nuestra vida natural, con esta vida adámica caída. Aunque sea con lo mejor de nuestro conocimiento, lo mejor de nuestras intenciones, lo mejor de nuestras experiencias, lo mejor de nuestra energía, si intentamos servir al Señor a partir de nosotros mismos o con aquello que somos, seremos totalmente rechazados. Dios no va a aceptar nuestro servicio, y ni puede.

¿Cuántos hay, hoy en día, que están intentando servir a Dios en su propia sabiduría y fuerza? Ellos piensan que están prestando un servicio a Dios, pero, en verdad, están causando un perjuicio. En verdad, Dios no va a aceptar –ni puede aceptar– tal servicio. Dios sólo es agradado cuando nosotros lo servimos con la vida de Cristo en nosotros, con la energía del Espíritu Santo y con la mente de Cristo. Así, hay un principio básico aquí, el principio del hijo-siervo. No es sólo un siervo haciendo alguna cosa, sino usted tiene que ser un hijo que tiene la propia vida de él; que tiene la propia mente de él para servir al Dios que nosotros servimos hoy.

La naturaleza del servicio es la voluntad de Dios

Aquí tenemos, por lo tanto, al siervo de Dios, el Señor Jesús. Antes que él viniese al mundo, fue profetizado en el Salmo 40:6-8: «*Sacrificio y ofrenda no te agrada; has abierto mis oídos; holocausto y expiación no has demandado. Entonces dije: he aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí*». Esto es profetizado respecto de la venida del siervo de Dios, el Hijo. Está escrito: «*Sacrificio y ofrenda no te agrada*». Eso, en un sentido, es extraño porque para el pueblo del Antiguo Testamento, sacrificio y ofrenda es aquello que Dios exige. Pero, en vez de sacrificio y ofrenda, dice: «*Has abierto mis oídos*». En el original, eso significa una oreja horadada, significa un esclavo de amor, de acuerdo con el Antiguo Testamento. Él no desea más ser libre. Entonces el amo va a tomar a aquel esclavo, lo lleva junto a la puerta y rompe su oreja y él se hará un esclavo para toda la vida, un esclavo de amor. Es ese el significado de ese salmo. Dios no desea ofrendas o sacrificios. Lo que él realmente desea es una oreja horadada.

«Entonces dije: he aquí, vengo; en el rollo del libro (en la Biblia) está escrito de mí (está profetizado de mí), el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado; mi Dios es mi placer». El placer de nuestro Señor Jesús, como el Siervo de Dios que tiene la oreja horadada, es hacer la voluntad de Dios, porque su ley está dentro de su corazón. Eso se cumplió plenamente en la vida de nuestro Señor Jesucristo, como se puede ver en Hebreos 10.

El Señor Jesús es el siervo del Señor. Él vino para hacer la voluntad de Dios y, al leer los Evangelios, usted descubre que, mientras él estuvo en la tierra, estuvo muy ocupado con muchas cosas. Él predicó,

sanó, expulsó demonios, alentó personas, profirió muchas palabras, hizo numerosas obras y viajó por varios lugares. Él vivió una vida muy ocupada. Él suplió las necesidades del pueblo al cual dirigió su vida y servicio. Pero es necesario recordar una cosa: aún estando muy ocupado con muchas cosas, haciendo muchas cosas y diciendo muchas palabras, aún así, como el Siervo del Señor, él no hizo todas esas cosas porque había esas necesidades. Él hizo todo eso a fin de realizar la voluntad de Dios.

¿Qué era lo que gobernaba su vida? ¿Qué gobernaba sus movimientos, sus acciones? No eran las necesidades, ni las personas, ni el ambiente ni, incluso, la obra. Lo que realmente gobernaba sus acciones era la voluntad del Padre. Como el Siervo del Señor, él vino para hacer la voluntad de Dios. Esa es la naturaleza de su servicio. Usted no puede forzarlo a hacer algún trabajo, usted no le puede decir: «Señor, allí hay una necesidad; haz eso». No, es verdad que él suple las necesidades, pero él no es gobernado por las necesidades, él es gobernado por la voluntad del Padre. «*He aquí vengo, para hacer tu voluntad*». Esa es la verdadera naturaleza de su servicio.

Entonces, si esa es la naturaleza de su servicio, ¿cuál debería ser la naturaleza de nuestro servicio para Dios? En un sentido, todos nosotros somos salvos para servir. En 1 Tesalonicenses usted va a descubrir cómo Dios los libró y ellos se volvieron de sus ídolos para servir al Dios vivo. Todos nosotros debemos servir a Dios; mas ¿cómo debemos servir? ¿Cuál es la naturaleza de nuestro servicio? El Señor Jesús dijo: «*Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil y ligera mi carga*».

El Señor Jesús desea que nosotros

estemos bajo el yugo con él, y él nunca estuvo bajo el yugo del pecado. En Números 19, cuando los hijos de Israel estaban en el desierto, Dios proveyó para ellos un modo de purificación. Ellos cogían una vaca alazana sobre la cual no se hubiera puesto yugo, y la quemarían completamente hasta las cenizas, las cuales ellos entonces mezclarían con agua para purificar a aquellos que estaban contaminados. Nuestro Señor Jesús es como aquel animal. Él nunca había estado bajo ningún yugo de pecado. Todos nosotros estuvimos bajo el yugo del pecado, el yugo de hierro del pecado, pero ningún yugo estubo jamás sobre nuestro Señor Jesús. Él era completamente libre, aun así, él voluntariamente colocó su cuello bajo un yugo – el yugo de la voluntad del Padre. Es ese su yugo y entonces él dice: «*Llevad mi yugo sobre vosotros*».

Antiguamente los hacendados no tenían tractores, entonces ellos usaban un buey, o caballo, o mula, para labrar la tierra. Ellos tomaban entonces uno de esos animales y lo colocaban bajo un yugo. El yugo representa la voluntad del agricultor, porque, cuando el buey está bajo el yugo, está bajo la voluntad de su dueño. Es claro que nosotros sabemos que el yugo es colocado en el cuello del animal y entonces es unido al arado. El agricultor asegura el arado y dirige al animal a fin de arar la tierra.

Algunas veces, a fin de hacer el trabajo con más eficiencia, el agricultor usará dos bueyes o dos caballos en vez de uno. El yugo es una barra con sus dos extremos curvados. Uno de los extremos se pone sobre el buey o caballo que ya haya sido domado; un animal que haya sido disciplinado, quebrado, y conozca la voluntad del dueño. A fin de amansar un nuevo animal, el dueño lo va a colocar bajo la otra curva, al otro extremo del yugo. Estos dos animales están juntos

bajo el mismo yugo – uno es domado, disciplinado, quebrado, obediente, haciendo la voluntad del dueño; el otro es duro, no trabajado, extraño, teniendo su voluntad propia. Cuando el agricultor comienza a arar el campo y conduce los animales, el animal domado y quebrado va a seguir la voluntad del dueño completamente, pero el otro es impaciente y quiere seguir su propio rumbo. Él intenta andar en su propio camino; el animal domado es más fuerte que él y va a traerlo de vuelta, contra su voluntad, obviamente. Pero gradualmente el animal no domado va a aprender de aquel que ya fue quebrado.

Así, esto es lo que el Señor dice: «Llevar mi yugo sobre vosotros». Si usted desea servir a Dios, hay solamente un camino – usted tiene que tomar sobre sí el yugo de nuestro Señor. Él está de un lado y usted tiene que poner su cuello bajo el otro lado. Este es el único camino para realizar el servicio de Dios.

«No os unáis en yugo desigual con los incrédulos» (2 Co. 6:14a), porque ¿qué compañerismo puede haber entre la justicia y la injusticia, o qué comunión entre la luz y las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? No hay concordancia, no hay participación, no hay comunión, por lo tanto, no debemos ponernos en yugo desigual con los incrédulos. Hoy, lamentablemente, muchos creyentes están en yugo desigual con el mundo. Mas el Señor Jesús dice: «No hagan eso. Pónganse conmigo bajo mi yugo. Lleven mi yugo sobre ustedes». Es verdad que, cuando el yugo está puesto sobre nosotros, nosotros lo sentimos. Queremos ser libres; pero, hermanos, si ustedes ganan ese tipo de libertad, ganarán la muerte. Déjeme enfatizar una vez más que, si usted realmente

desea servir a Dios, hay solamente un camino – *usted tiene que tomar el yugo de Cristo sobre usted, y el yugo de Cristo es la voluntad de Dios.*

Usted tiene que estar bajo el yugo de la voluntad de Dios, no bajo el yugo de una obra. Usted no está bajo el yugo de una necesidad. Sí, usted va a suplir una necesidad, usted va a hacer una obra, pero usted no está bajo el yugo de una obra. Muchos siervos de Dios están bajo el yugo de una obra; por eso ellos quieren que la obra sea un éxito y van a hacer cualquier cosa para que eso suceda, aunque eso venga a comprometer la propia voluntad de Dios. ¿Por qué? Porque ellos están bajo el yugo de una obra; ellos no están bajo el yugo de la voluntad de Dios. Hermanos, nosotros tenemos que estar bajo el yugo de la voluntad de Dios y, cuando estamos bajo ese yugo, entonces la obra de Dios puede ser realizada, pero todavía hay mucho que aprender. Naturalmente, vamos a rebelarnos contra eso. Naturalmente, vamos a luchar contra eso. Pero, gracias a Dios, al otro lado está el Señor Jesús. Si cuando estuviéremos luchando y resistiendo, lanzamos una mirada al Señor, entonces gradualmente seremos quebrados y domados y, de esa forma, somos forzados a someternos a la voluntad de Dios. La naturaleza del servicio es la voluntad de Dios – no la obra en sí misma.

El carácter del siervo de Dios

Para que un hombre pueda servir a Dios en su obra, hay algo de extrema importancia: su carácter. El discipulado, por un lado, significa que un rey está siendo formado. Esto es, cuando usted responde al llamado al discipulado, usted realmente se está poniendo bajo la disciplina del Señor, entonces su carácter de rey va a comenzar a ser formado en usted. Pero, al mismo tiempo, el

discipulado es el entrenamiento del siervo. Bajo el discipulado usted está siendo entrenado para ser un siervo del Señor y el carácter de siervo va a ser formado en usted.

Leamos un párrafo del libro «El obrero cristiano normal» de Watchman Nee: *«La vida diaria de un obrero cristiano está íntimamente ligada a su obra. Para estar calificado para un servicio espiritual, un hombre debe tener, no solamente una cierta cantidad de experiencia espiritual, sino debe tener un cierto carácter. El carácter del hombre debe ser adecuado al carácter de la obra. Y el desarrollo del carácter de un hombre no ocurre en un solo día. Si un obrero quiere poseer aquellas cualidades que son necesarias para hacerlo útil al Señor, entonces muchas cuestiones prácticas relacionadas con su vida diaria deberán ser abordadas. Viejos hábitos necesitarán ser abandonados y nuevos hábitos deberán ser formados a través de un proceso de disciplina, y ajustes de fundamental importancia deberán ocurrir en la vida con la finalidad de armonizarla con la obra».*

En eso usted puede ver cuán importante es que el carácter del siervo sea adecuado al carácter del servicio. Si nosotros queremos servir a Dios y el carácter de nuestro servicio es hacer la voluntad de Dios, entonces vamos a descubrir que un cierto carácter debe ser desarrollado en nuestra vida. El desarrollo de ese carácter es un asunto diario; necesita ser desarrollado gradualmente y para eso, muchos ajustes deben ser hechos. Viejos hábitos deben ser abandonados, nuevos hábitos deben ser formados y debe estar ocurriendo una transformación en nuestro interior a fin de que podamos tener aquel carácter de siervo para hacer la obra de siervo.

En el caso de nuestro Señor Jesús, es

perfecto. El carácter de siervo de nuestro Señor Jesús es perfecta y completamente adecuado al carácter de su obra, porque él es el siervo modelo. Y, en un sentido, este tipo de carácter de siervo debe ser formado en nuestro interior. ¿Puede usted imaginar una persona haciendo la obra de Dios sin tener aquel carácter de siervo formado en su interior? ¿Qué sucedería con su obra? Es imposible. Por eso, en el Evangelio según Marcos, el carácter de siervo de nuestro Señor Jesús es muy evidente. Nosotros mencionamos sólo algunas características, pero si usted mismo lee el Evangelio, encontrará muchas otras.

1. Diligencia

Una característica importante de un siervo es la diligencia. Cuando usted lee el Evangelio de Marcos, descubre que hay una palabra que se repite muchas veces. En verdad, 37 veces. Esa palabra es «inmediatamente», «luego», «sin demora», dependiendo de la traducción, pero en el original griego es la misma palabra. El Evangelio de Marcos nos revela a Cristo como el Siervo de Dios, y como Siervo de Dios él es diligente. Él está diligentemente haciendo la obra de Dios. Él no dice: «Está bien, mañana lo hago». Sino sí, «inmediatamente», «luego», «sin demora» (Marcos 1:10, 12, 21; 2:8-10; 5:36; 6:50).

Dios no puede usar una persona perezosa, y creo que fue D. L. Moody quien dijo cierta vez: «Dios nunca salva a un perezoso». Es demasiado perezoso para ser salvo. Todos aquellos que han sido o están siendo usados por Dios, son personas diligentes y no perezosas. ¿Por qué? Porque alguien que es perezoso va a hacer daño a la obra de Dios. Nuestro Señor Jesús es el más diligente de todos los hombres, y ese carácter debe ser formado en nosotros.

Naturalmente, a nosotros nos gusta dejar las cosas para mañana. Queremos hacerlas, pero mañana. Nosotros necesitamos ser disciplinados. Si Dios ha revelado su voluntad para usted, y eso es algo que él quiere que usted haga, entonces hágalo. No lo deje para mañana.

Probablemente alguien preguntará: «¿No hay contradicción entre esto de la diligencia y el esperar en Dios? ¿Entonces no debemos esperar en Dios?». Es claro que debemos esperar en Dios. Si usted no sabe cuál es la voluntad de Dios, entonces simplemente no se lance apresuradamente a hacer alguna cosa, porque usted no sabe lo que está haciendo. Usted será como Pedro. Muchas veces, vemos a Pedro no sabiendo lo que dice, sino simplemente diciendo; no sabiendo lo que hace, sino simplemente haciendo. Así fue Pedro, y por eso él fue disciplinado. Usted debe esperar en Dios, pero no haga de eso una excusa. Si usted no tiene certeza de la voluntad de Dios, usted debe esperar en Dios. Aunque eso signifique esperar un año, usted debe esperar todo un año. Espere en Dios. Pero una vez que la voluntad de Dios se hizo conocida, entonces hágala «inmediatamente», «luego», «sin demora». No se retrase, no más excusas, y no intente dejarlo para después.

De esa forma, usted descubre que esas dos cosas no son contradictorias. En verdad, son una sola cosa. En la vida de nuestro Señor Jesús, usted puede ver cuán verdadero es eso. Piense en la escena del Getsemaní: Él esperó en Dios, pero, una vez que él supo cuál era la voluntad de Dios, entonces inmediatamente dejó de mirar para atrás. Así, como siervos de Dios, queridos hermanos, necesitamos tener esa diligencia implantada en nuestras vidas – diligencia en hacer la voluntad de Dios.

2. Compasión

En el Evangelio de Marcos, usted descubre que otra característica del siervo de Dios es la compasión. Un siervo no sólo debe hacer o decir alguna cosa. Nosotros podemos hacer algo porque es nuestro deber, o decir algo por obligación, pero sin poner en ello nuestro corazón; no hay compasión, no hay sentimiento en nuestro interior. Si usted está haciendo algo de ese modo, entonces usted es un asalariado y no un verdadero pastor, un verdadero siervo de Dios.

Nuestro Señor Jesús es lleno de compasión. Sea lo que fuere que él diga, él lo dice de corazón; sea lo que fuere que él haga, él lo hace de corazón. Él no está sólo cumpliendo una obligación o un deber. No. Él es lleno de amor y compasión. ¿Usted se acuerda de aquel leproso que se aproximó a él diciendo: «Señor, si tú quieres, puedes limpiarme»? La Biblia dice: «El Señor, profundamente compadecido ...» Él no sólo dijo: «Quiero», sino extendió su mano y tocó al leproso. Cualquiera que tocaba a un leproso se hacía impuro, pero nuestro Señor Jesús extendió su mano para tocar al leproso, porque él es lleno de compasión. Él quería identificarse con él.

En otra ocasión, en Marcos 6, el Señor Jesús estaba saliendo de una barca y, al ver todo el pueblo allí, se compadeció grandemente, porque vio que ellos eran como ovejas que no tenían pastor.

De la misma forma, en el capítulo 8, aquellas personas lo seguían y lo oían. Habían estado tres días con él, y no tenían nada para comer. Los discípulos fueron a Jesús y le dijeron: «Déspídelos». Pero el Señor estaba lleno de compasión para con ellos, les dijo: «Dadles vosotros de comer». Nuestro Señor Jesús es una persona llena de compasión. Cuando él está haciendo la obra de Dios, cuando está haciendo la

voluntad de Dios, él lo hace con su corazón lleno. ¡Oh, cómo necesitamos ser llenos de compasión!

Con todo, porque nuestro Señor es lleno de compasión, no significa que él sea ciego. Nosotros pensamos de la compasión como algo emocional, y lo es, pero compasión es más que una emoción, es un carácter. Una emoción es algo que se inflama, algo que irrumpe. Cuando usted ve una escena triste, ella despierta su compasión. Es por esa razón que los misioneros, cuando regresan a su país de origen e intentan recolectar recursos para su trabajo misionero, siempre muestran las peores imágenes posibles. Ellos muestran la fotografía de un niño hambriento y sucio, u otras fotos tristes, a fin de estimular la compasión. Bien, ese tipo de compasión viene y va; cuando usted no ve aquellas escenas, usted no tiene compasión. Es una emoción. Pero compasión, en la Biblia, es una característica profundamente arraigada en usted. En otras palabras, no depende de influencia externa. Viene del interior y toca a aquellos que están fuera; no es algo que se agita por lo externo, sino algo que viene de adentro y por eso la compasión no es indiscriminada.

Encontramos otra escena en el capítulo 7 del Evangelio de Marcos. El Señor Jesús estaba en una región fronteriza cuando una mujer siro-fenicia vino y le rogó: «Hijo de David, te misericordia de mí, porque mi hija está poseída por un demonio»². El Señor simplemente continuó caminando como si no hubiese oído, pero la mujer lo siguió y dijo: «Hijo de David, ten misericordia de mí; Hijo de David, ten misericordia de mí», hasta que sus discípulos se pusieron intranquilos.

Parece que los discípulos tenían más compasión que el Señor. Ellos no pudie-

ron soportar y dijeron: «Señor, haz alguna cosa o despídela. Tú no puedes dejar que te siga gritando todo el tiempo sin darle una respuesta. Haz alguna cosa, di alguna cosa». Pero el Señor dijo: «No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos». Es una palabra dura. ¿Por qué? Porque el Señor había sido enviado por Dios a los hijos de Israel y esta mujer, siendo siro-fenicia, no formaba parte de la comunidad de Israel. Ella no podía clamar al Señor como Hijo de David, porque como Hijo de David él vino a los hijos de Israel solamente. Ella lo llamó por el nombre equivocado. Ella lo llamó Hijo de David y eso amarró las manos del Señor. El Señor nada podía hacer en relación a ella, por eso él no le respondió. ¡Qué claridad tenía él, y debido al clamor de los discípulos el Señor hizo una excepción! Él dijo: «Usted no puede dar la comida de los hijos a los perros». Los judíos se consideraban a sí mismos como hijos de Dios y a los gentiles como perros. Pero, en verdad, el Señor estaba usando una palabra muy especial, «perrillos», perritos de estimación, y eso encendió en aquella mujer una llama de fe. Inmediatamente ella dijo: «Sí, yo soy un perrillo, pero un perrillo puede coger las migajas que caen bajo la mesa, entonces yo tengo al menos ese derecho». Y el Señor dijo: «Grande es tu fe», y la niña fue sanada.

El Señor es lleno de compasión, pero es compasión con discernimiento. A veces somos llenos de compasión, pero no tenemos discernimiento, y a veces tenemos tanto discernimiento que no tenemos compasión. Si el corazón está ardiente, su cabeza también lo está; sin embargo, nuestro Señor tenía el corazón ardiente, pero su cabeza se mantenía fría. Nuestro Señor, hizo así porque él estaba aquí para hacer la voluntad de Dios. Así, queridos hermanos, nosotros tenemos que

² Ver Mt. 15:22. (Nota del editor).

tener eso desarrollado en nosotros. Necesitamos tener compasión con discernimiento.

3. Desinteresado de sí mismo

El Evangelio de Marcos nos revela a Cristo, el Siervo del Señor, como aquél que es absolutamente desprendido de sí mismo. Desprendimiento es la característica de un siervo. Un siervo nunca debería pensar en sí mismo. Si un siervo tiene intereses propios, él no puede servir a los intereses de su maestro. Un siervo debe ser tan desinteresado de sí mismo que puede estar enteramente ocupado con los negocios de su maestro. Es eso lo que el Señor Jesús dice en Marcos 10:45: *«Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos».*

Este es el versículo clave en el Evangelio de Marcos. Piense en los discípulos. Ellos supuestamente deberían aprender a servir como el Señor; sin embargo, los vemos todo el tiempo disputando entre sí. ¿Cuál era el motivo de sus disputas? ¿Quién era el mayor? ¿Quién va a tener la posición más alta? Ellos estaban llenos de preocupación por sí mismos, llenos de interés propio, centrados totalmente en sí mismos. No es de admirar que el Señor haya tenido que soportarlos, e instruirlos vez tras vez, diciéndoles que con ellos no debería ser así. Ellos no deberían decir cosas de ese tipo.

Cuando el Señor les dijo que estaba subiendo a Jerusalén para ser muerto y resucitar al tercer día, el propio Pedro lo tomó aparte y le dijo: «¡No, no, tal cosa no te acontezca!». Y el Señor Jesús dice: Tú pones la mira en las cosas del hombre, no en las cosas de Dios». El Señor no tiene absolutamente ningún interés propio. Él es desinteresado de sí mismo. Hermanos, para que ese tipo de carácter se desarrolle en nosotros, es ne-

cesario un largo tiempo. Oh, cuán profundamente la cruz tiene que operar. Cada vez con mayor profundidad, porque nosotros somos tan centrados en nosotros mismos. El Señor es desinteresado de sí mismo.

4. Mansedumbre

Otra característica de un siervo es la mansedumbre. ¡Nuestro Señor es tan manso! Está profetizado en Isaías 42: *«No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humear».* Él es lleno de mansedumbre.

La mansedumbre del Señor puede ser vista en el modo como él trata a los niños. Las personas se allegaban a él con sus hijos, y los discípulos decían: «Mi maestro es un hombre adulto. Él no tiene tiempo para los niños; fuera, fuera». Pero el Señor dijo: *«Dejad a los niños venir a mí, porque de los tales es el reino de los cielos».* El Señor tenía tiempo para los niños. Él los tomó en sus brazos y los bendijo. Esto es mansedumbre.

En Marcos 16, después de su resurrección, él envió las mujeres a los discípulos para decirles que él había resucitado e iría a encontrarlos. Él dijo: «Decid a mis hermanos y a Pedro». «Y a Pedro». Él fue tan manso con alguien que lo había negado tres veces. Eso es mansedumbre.

Pero esa mansedumbre de modo alguno significaba debilidad. Si es nuestra propia mansedumbre, es debilidad; pero la mansedumbre divina es fuerza. Es porque él es tan fuerte que puede ser manso. Piense en aquella ocasión descrita en el capítulo 3 cuando el Señor entró en la sinagoga y todos estaban mirándole. Había un hombre con la mano seca y ellos querían ver si el Señor le sanaría en sábado. El Señor pidió a aquel hombre que se levantara y desafió a las personas que

estaban en la sinagoga, diciendo: «¿Es lícito en los días de reposo hacer bien o hacer mal?». Nadie osó responder y usted puede ver que el Señor se indignó. Él ordenó al hombre que extendiese la mano y quedase sanado. Eso es fuerza. El Señor Jesús denunció la hipocresía de los fariseos y escribas. Él no estaba siendo débil de modo alguno; sin embargo, él era manso.

En 2 Timoteo, Pablo dice que el siervo del Señor no debería contender, sino ser siempre manso. Mansedumbre es una característica del siervo del Señor. Y eso no significa debilidad. No quiere decir tampoco que, por ser manso, usted se hace cómplice; que usted no se impone. Mansedumbre es una característica del siervo de Dios.

5. Confianza en Dios

Finalmente, usted va a descubrir que nuestro Señor Jesús tenía total confianza en Dios. Como siervo, usted debe tener confianza en su dueño. Si usted no confía en su dueño, ¿cómo podrá seguirlo? ¿Cómo usted podría servir a los propósitos de él? En el capítulo 11 del Evangelio de Marcos, él dijo: «Tened fe en Dios». Él anduvo sobre las aguas; él calmó el mar. Él tenía plena fe en Dios. Él tenía fe en Dios incluso hasta la muerte, porque sabía que habría resurrección. Él tenía plena confianza en Dios. Hermanos, nosotros necesitamos tener este tipo de fe.

Me gusta muchísimo el modo como Marcos concluye su Evangelio. ¿Usted sabe cómo él lo concluye? Él dice: El siervo ahora es el Señor. *«Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios»* (16:19). Él vino como un siervo y regresó como el Señor de todos. Dios lo ungió

como Señor y Cristo, porque él sirvió completamente al propósito de Dios. Ahora él está sentado a la diestra de Dios como Rey. El Siervo ahora es Rey. Él sirvió y con eso probó que está calificado para sentarse en el trono. Este es el camino para el trono. Y, respecto de los discípulos, está escrito: *«Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándose el Señor»* (16:20 a).

Los discípulos se hicieron siervos y comenzaron a servir, ayudándoles el Señor. Piense en eso. El Señor es Rey; sin embargo, por su Espíritu, él todavía está ayudándonos. Su carácter de siervo, su vida de siervo está en nosotros y todavía nos está ayudando. *«Y confirmando la palabra con las señales que la seguían»* (16:20b). Así, aquí usted ve al Hijo-Siervo, Siervo-Hijo; Siervo-Rey, Rey-Siervo. Ellos son uno, no están divididos. Que el Señor nos ayude y podamos ver a Cristo como el siervo del Señor en el Evangelio de Marcos.

Hermanos, nosotros mencionamos anteriormente que, si hay revelación, habrá transformación. Si hay revelación, debe haber comunión. Nosotros no podemos ver a Cristo como el Siervo del Señor sin, al mismo tiempo, tener comunión con él en el servicio. No podemos decir que vemos a Jesucristo como el Siervo del Señor sin al mismo tiempo ser transformados y tener el mismo carácter en nuestro interior. O, inversamente, si no tenemos comunión con Cristo como Siervos de Dios, si no hay transformación en nosotros para tener aquel carácter de siervos, es porque no hemos visto a Cristo como el Siervo del Señor. Que el Señor tenga misericordia de nosotros.

Tomado de

Vendo Cristo no Novo Testamento, Vol.1.

Estudios sobre el libro de Éxodo (2ª Parte).

Las salidas de Dios



J. Alec Motyer

2. EL DIOS REDENTOR (7:8 A 13:16).

En nuestro último estudio vimos cómo la obra de Dios con Moisés se concentró en el gran objetivo de hacer de él un hombre obediente. Dios alcanzó el blanco al cual estaba apuntando: «*E hizo Moisés y Aarón como Jehová les mandó; así lo hicieron*» (7:6). Es interesante ver que el llegar a ese punto tomó ochenta años de la vida de Moisés. Es verdad que Dios no tiene prisa; él toma el tiempo que sea necesario para lograr su objetivo de transformarnos en hombres como Moisés, que oirán la palabra de Dios y harán lo que él demanda.

Al pasar a esta nueva sección del libro se nos recuerda que éste era el hombre a quien Dios iba a usar. «*Moisés y*

Aarón fueron éstos» (6:27). Fue ese Moisés y no otro el que guió al pueblo entero en la experiencia de la salvación. Cuán verdadero es que la vida de obediencia es la vida bienaventurada. Ese hombre y no otro fue el que guió a otros a conocer la salvación de Dios.

¿Por qué las plagas?

Nuestra presente sección se divide en dos partes con una clara señal divisoria. «*Jehová dijo a Moisés: Una plaga traeré aún sobre Faraón y sobre Egipto, después de la cual él os dejará ir de aquí; y seguramente os echaré de aquí del todo*» (11:1). Ésta es la marca divisoria. En un lado de ese versículo tenemos la serie de nueve plagas, hechos de Dios en los cua-

les no hubo ninguna salvación: nueve plagas pero ninguna liberación. Y en el otro lado del versículo tenemos la décima plaga trayendo la liberación del pueblo de Dios de la tierra de Egipto.

Ésta es la división del pasaje, pero plantea dos preguntas. La primera es: ¿por qué las plagas? No sólo fue que las nueve plagas no salvaron al pueblo, sino que desde el principio Dios sabía que no lo harían: «*Cuando hayas vuelto a Egipto, mira que hagas delante de Faraón todas las maravillas que he puesto en tu mano; pero yo endureceré su corazón, de modo que no dejará ir al pueblo*» (4:21). ¿Por qué el Dios redentor, dispuesto a liberar a su pueblo, gastó todo este tiempo realizando actos que él sabía no lo liberarían?

La segunda pregunta es: ¿Por qué la pascua? Dios anunció que la décima plaga traería la liberación para Israel (11:1). Él dijo que Faraón estaría tan impactado por este acto final de juicio que no sólo le permitiría al pueblo ir sino que insistiría en que ellos se fueran. Entonces, si la décima plaga iba a provocar la liberación, ¿cuál era la necesidad de la pascua?

Nuestra primera pregunta es: ¿por qué las plagas? La respuesta parece ser que Dios no pronunciará y ejecutará juicio sin haber ido al límite poniendo ante el pecador la evidencia contra él, y haciendo toda apelación posible al arrepentimiento y la obediencia. Las plagas son una parte de la doctrina bíblica de la justicia de Dios, quien no condenará sin evidencia y no juzgará sin dar al acusado toda oportunidad de conocer su gloria, de responder a sus caminos y venir a él en arrepentimiento y fe. Es porque nosotros somos confrontados por la justicia de Dios que la historia de las nueve plagas es citada con referencias al corazón de Faraón. Es como si Moisés, escribiendo esta gran

historia, estuviera todo el tiempo ansioso de hacernos saber lo que estaba sucediendo en el lugar secreto.

Todo esto fue diseñado para traer al pecador a un camino mejor, pero, ¿estaba respondiendo él a las advertencias de Dios? Evidentemente, no era así, sino que el corazón de Faraón es mencionado una y otra vez, para que podamos ver el progreso de la obra divina. En toda la narración del Éxodo, del capítulo 4 al 14 hay veinte referencias al corazón de Faraón; así Dios nos permite ver que todo lo que sucedió fue una apelación a un corazón que permanecía obstinado, rehusando la apelación de Dios y yendo a su propia destrucción.

Sin embargo, puede ser que otra pregunta esté surgiendo en la mente del lector: «¿No hemos oído desde el principio que Dios iba a endurecer el corazón de Faraón? En tal caso, ¿qué oportunidad tenía el pobre hombre? Los datos parecen haber estado cargados contra él desde la misma partida. ¿No parece que antes de que se le hiciera apelación alguna, se hacía imposible para él responder a esa apelación? Sólo podemos responder esta pregunta y apreciar la doctrina de la justicia de Dios tratando de entender más sobre la materia del corazón de Faraón.

Las referencias aparecen en tres secciones: hay versículos que hablan de acciones divinas, como: «...yo endureceré su corazón» (4:21); versículos que describen un estado o condición, como: «...y el corazón de Faraón se endureció» (7:22); y en tercer lugar, versículos que describen acciones humanas: «*Pero viendo Faraón que le habían dado reposo, endureció su corazón*» (8:15). Esta es la evidencia puesta ante nosotros. El primer grupo, referido a acciones divinas, tiene siete referencias; el segundo, describiendo un estado de cosas, tiene seis referen-

cias; y el tercero, que trata de reacciones humanas, tiene cuatro referencias. Creo que nosotros lo entenderíamos un poco mejor si lo consideramos bajo tres títulos.

1. El Señor usa medios para lograr un propósito

Por consiguiente, cuando el Señor dice que endurecerá el corazón de Faraón, la implicación es que él hará uso de medios para provocar esa situación. Cuando, por ejemplo, él habla de sí mismo como el Señor «...*que hago la paz y creo la adversidad*» (Isaías 45:7), él ya nos ha dicho cómo crea el estrago y la calamidad. Él levanta a los conquistadores en el mundo. Él usa medios para lograr su propósito. Ahora, los medios de endurecer el corazón, en la providencia de Dios, consisten en que el corazón y la voluntad del hombre son enfrentados con la verdad de Dios y llegan a endurecerse cuando rechazan la apelación.

Hubo un momento cuando Faraón comprendió que sus magos no podían ayudarlo, sino sólo aumentar su problema agregando más ranas a las muchas que ya había allí, y llamó a Moisés y Aarón, pidiéndoles que intercedieran a favor de él ante el Señor (8:8). Él reconoció a Dios. Aun más, él probó a Dios, porque fue invitado a fijar el tiempo cuando ello debía pasar. Así lo hizo, y vio que Dios respondió las oraciones de Moisés para levantar la plaga. Cuando Faraón vio su error, empezó a comprender la verdad y tuvo ante él una prueba positiva del poder de Dios, pero a pesar de todo eso, él se negó a la apelación de la verdad y entonces endureció su corazón. Al final de otra plaga se nos dice: «*Y viendo Faraón vio que la lluvia había cesado, y el granizo y los truenos, se obstinó en pecar y endureció su corazón... y el corazón de Faraón se endureció*» (9:34-35).

Así que fue la acción del hombre que produjo el estado consecuente: él endureció su corazón, y su corazón fue endurecido.

2. El Señor determina el resultado

«*Yo endureceré el corazón de Faraón*», dijo Dios. Esto significa que cuando el Señor recurre a un medio en procura de un fin, entonces su poder providencial obra para lograr tal propósito. Pero significa algo más que eso. Significa que el Señor, en su justo gobierno del mundo, revisa el alma de cada hombre para determinar cuánto tiempo durará el periodo de prueba y cuándo acabará. Por consiguiente, cuando él dijo a Moisés: «*yo endureceré el corazón de Faraón*», estaba hablando a la luz de su propia determinación y presciencia. Estaba diciendo a Moisés: «Yo te estoy enviando a la tierra de Egipto en un momento de crisis, a un punto sin retorno. Faraón ha tenido ahora toda la soga que yo he preparado para darle, y tú estás entrando en Egipto en el momento en que él se colgará a sí mismo».

El Señor determina el momento en que vendrá el fin. Nosotros vemos esto en su aplicación general cuando pensamos en la declaración bíblica que «*está establecido para los hombres que mueran una sola vez*». Ese es el punto sin retorno; no hay una oferta extra del evangelio ni una oportunidad extra de arrepentimiento después de eso. Esto es verdad para cada individuo. También lo vemos en la historia del hombre. En el momento de la caída, Dios determinó que todo descendiente de Adán estaría involucrado en el asunto del pecado y que de ese momento en adelante sería imposible para el hombre volver a Dios mediante sus propios recursos. Todos los miembros de la raza estuvieron «muertos en delitos y pecados».

Nosotros podemos ver esto una y otra vez en relación al pecado en nuestras propias vidas. A veces Dios nos permite seguir en algún pecado, rehusando oír sus llamadas al arrepentimiento, hasta que llega el tiempo cuando él termina el periodo de prueba y nos permite ser cautivados con ese hábito de pecar. Esto, queridos amigos, debe advertirnos con gran solemnidad a mantener cuentas cortas con Dios, viviendo en un espíritu de abandonar al pecado y regresar a Él en arrepentimiento, para que no nos encontremos súbitamente con que el periodo de prueba acabó. Qué tragedia es aun para aquellos salvados para toda la eternidad tener que ir a la presencia de Dios para enfrentar su inquisición por un pecado que nos negamos a abandonar. Él determina el tiempo en que finaliza el periodo de prueba.

3. *Él preside con determinación en todo el proceso*

«Jehová dijo a Moisés: Entra a la presencia de Faraón; porque yo he endurecido su corazón, y el corazón de sus siervos, para mostrar entre ellos estas mis señales, y para que cuentes a tus hijos y a tus nietos las cosas que yo hice en Egipto» (10:1-2). Dios mantiene al pecador en un estado de impenitencia para poder multiplicar ante los ojos de éste la gracia y la gloria de Dios, agregando apelación sobre apelación, hasta que al pecador es concedida la gracia del arrepentimiento o hasta que llega el momento cuando esa gracia es retirada.

Haciendo esto, Dios despliega su gloria para su alabanza entre su propio pueblo. Es todo hecho determinadamente para la alabanza y la vindicación de su majestad. Esta es, entonces, la razón para las nueve plagas: que a través de ellas Dios puede demostrar que, en la condenación del pecador, Él es de justicia inta-

chable. Ningún dedo acusador puede ser dirigido a Él. ¿Les dio él a conocer sus caminos? ¡Sí! ¿Le dio a cada uno oportunidad para arrepentirse y volver? ¡Sí! ¿Por qué entonces ellos son derribados? Porque escogieron el camino de condenación. Dios se vindica a sí mismo en su juicio del impío.

¿Por qué la pascua?

Ahora hacemos la segunda pregunta: ¿Por qué la pascua? Parece que Dios había logrado lo que él se había propuesto hacer mediante la décima plaga. Dice Dios: *«Una plaga traeré aún sobre faraón y sobre Egipto, después de la cual él os dejará ir de aquí; y seguramente os echará de aquí del todo»* (11:1). Si esa gran empresa divina para liberar al pueblo fuese lograda por la décima plaga, ¿por qué necesitaron la pascua?

La décima plaga fue un acto deliberado de Dios en juicio final. *«Jehová ha dicho así: A la medianoche yo saldré por en medio de Egipto...»* (11:4). No hubo ahora un ondear de la vara de Dios. Por primera vez, él toma el juicio en sus propias manos, diciendo: *«Yo saldré en juicio y ese juicio vendrá sobre todos por igual»*. La importancia no salvará a nadie —el primogénito de Faraón morirá. La no importancia no excusará a nadie —*el primogénito de la sierva que está tras el molino»* (lo más bajo de lo bajo) también morirá. La divinidad no será ninguna protección —*todo primogénito de las bestias»* (aun los toros sagrados de Apis y las vacas de Hathor) será abatido. Todavía en este contexto, *«Jehová hace diferencia entre los egipcios y los israelitas»* (11:7). Esta diferencia no fue una exención del juicio, sino liberación por sustitución.

Previamente, el Señor había hecho una diferencia, cuando hubo oscuridad sobre la tierra entera: *«mas todos los hi-*

jos de Israel tenían luz en sus habitaciones». Esa fue una diferencia de misericordia. Sin embargo, ahora que venía el tiempo de juicio del pecado, él no podía excusar a los israelitas, porque ellos también eran pecadores. Cuando Moisés vino a ellos, también rechazaron la palabra y el camino de Dios. Por consiguiente, si el Señor hubiera simplemente trazado una línea demarcatoria, no habría sido justo, pues si condenó en justicia a los pecadores a su mano izquierda, habría sido injusto si hubiese excusado a su pueblo pecador a su diestra.

La diferencia esta vez no debe ser por consiguiente un límite territorial, ni una distinción nacional basada en la diferencia étnica o la herencia tradicional. Fue de hecho una diferencia entre casas que fueron marcadas con sangre y casas que no lo fueron. Esto explica la necesidad de la pascua. Dios debe ser justo cuando salva al pecador, y por eso él hizo el extraño decreto: «*Toma un cordero*» (12:3). A los ojos del hombre, ésta puede parecer una fantástica insignificancia. ¿Qué tiene que ver un cordero con nuestra esclavitud? ¿Qué relación tiene el tomar un

El lamento de los oprimidos de todas las edades pudo subir con los oprimidos en la tierra de Egipto, preguntando: «¿Qué relación tiene el tomar un cordero con nuestra desesperada necesidad? La respuesta es que el Cordero es el camino de Dios.

cordero con la injusticia y falta de privilegio que implica nuestra esclavitud?

El lamento de los oprimidos de todas las edades pudo subir con aquellos oprimidos en la tierra de Egipto, preguntando: «¿Qué relación tiene el tomar un cordero con nuestra situación de desesperada necesidad?». La respuesta es que el Cordero es el camino de Dios. Es la provisión fundamental; es el único camino de libertad y justicia; es la única esperanza de una sociedad perfecta → *Toma un cordero*.

Esta es la manera de Dios de ser justo y aun el justificador de aquel que cree. Él no puede excusar al pecador, pero él puede, y le provee, una expiación perfecta. En relación a esto, hay cuatro cosas que podemos considerar con respecto a la pascua.

1. El cordero

Al leer las instrucciones dadas a los israelitas en 12:3-6, descubrimos varios factores en relación a este cordero escogido deliberadamente:

i. Número. El cordero tenía que ser equiparado al número así como a las necesidades del pueblo de Dios. Había que hacer un recuento de las personas. «...*un cordero según las familias de los padres, un cordero por familia*». En esta materia, actuaron en familias. Sin embargo, si la familia era demasiado pequeña para un cordero, entonces los vecinos inmediatos compartirían el cordero → *según el número de las personas*». El cordero debía igualar el número del pueblo de Dios. Si en una casa dada el cordero más pequeño que podría seleccionarse fuera demasiado para ellos, entonces debían compartir con sus vecinos inmediatos. El cordero debía igualar al pueblo de Dios en relación a su número.

ii. Necesidades. También había que considerar la capacidad: «*conforme al co-*

mer de cada hombre». El pueblo de Dios no sólo sería representado en este cordero en su número, sino en sus necesidades. Dios mira a su pueblo en su totalidad y en su individualidad, así que cuando fuese seleccionado un cordero, tenían que ser considerados el número y la necesidad de cada persona. El cordero debe equipararse con el número y las necesidades del pueblo de Dios.

iii. Los requisitos de Dios. El cordero también debe reunir los requisitos del propio Dios: «El animal será sin defecto¹» (12:5). La palabra hebrea es una afirmación gloriosa. Significa que ante el ojo discernidor de Dios no debía haber nada que pudiera causar ofensa. Lamentablemente, muchas traducciones la han convertido en una negación: «sin defecto». El cordero debe ser perfecto a los ojos de Dios, para que no sólo represente el número y las necesidades del pueblo, sino también los requisitos del propio Dios.

No había que apresurarse, ni tomar un cordero al azar, sino que debía hacerse una cuidadosa elección. «No abandones el asunto hasta que lo necesites», dijo Dios, «escógelos ahora, mientras tienes tiempo disponible, escoge cuidadosamente mientras pesas todos los factores. Examínalos con atención y asegúrate de que es perfecto, y entonces guárdalo hasta el día catorce». Este cordero, entonces, era igual al pueblo de Dios, era igual a los requisitos de Dios y estaba reservado para su día y hora señalados.

2. La sangre del cordero

El pueblo tenía que tomar este cordero y matarlo. ¡Simplemente así –matarlo! Cuando ellos lo mataran, tenían que

tomar la evidencia de la muerte, la sangre. Cuando la sangre corría por el cuchillo dirían: La vida se está yendo, la vida está terminando en muerte. Era una escena dramática. Debían recibir esa sangre en una cubeta, y entonces tomar esa positiva prueba de que una muerte había tenido lugar y pintar el contorno de las puertas.

En el dintel de la puerta y en los postes laterales debían pintar esta evidencia, para que todo el que viera esa casa dijera que había sido visitada por la muerte. Cada padre de familia, preocupado por sus amados, realizaría este rito cuidadosamente, asegurándose que la evidencia de la muerte fuera vista en su puerta y que toda la familia –hijos e hijas, la madre con su bebé en brazos– estuviera segura adentro bajo el resguardo de esa sangre.

Con respecto a esa sangre:

i. Dios es satisfecho (12:13). La sangre satisface a Dios. No dice: «Cuando te vea, pasaré de ti», porque eso sería favoritismo y traería descrédito al justo nombre de Dios. Lo que dice es: «*yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto ... y ejecutaré mis juicios ... y veré la sangre y pasaré de vosotros*». Todos ellos estaban en la presencia de un Dios aborrecedor del pecado que detendría sus juicios sólo donde viera que la muerte ya había tenido lugar. «*Y veré la sangre...*». Hubo algo en esa sangre que satisfizo a Dios.

El primer efecto de su evidencia era hacia el propio Dios y tan poderosamente lo afectó que su ira desapareció y dio lugar a la paz. Era como si él dijera: «Ahora estoy satisfecho en relación a ti y no hay lugar para la ira». Cuando un Dios airado se reconcilia y acepta a un pecador como yo, eso es lo que involucra la frase: «...*reconciliando consigo al mundo*» (2 Corintios 5:19). La otra palabra de la Biblia que se usa para expresar

¹ La versión citada en inglés (NLV, New Life Versión), dice: «Your lamb must be perfect» («Tu cordero debe ser perfecto»). Nota del traductor.

la satisfacción de Dios es «propiciación». La preciosa sangre alcanza a Dios y lo hace propicio, permitiéndole en justicia cambiar su ira en aceptación.

ii. El pueblo de Dios es asegurado.

Este es el otro lado de la misma verdad: «cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará Jehová aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas para herir» (12:23). El destructor no podía tocar al pueblo de Dios porque Dios estaba satisfecho acerca de ellos. Note en qué residía su seguridad: «Yo golpearé con violencia a los egipcios» dice Dios, pero él no equilibra eso diciendo que perdonaría a los israelitas. La nacionalidad había dejado de importar. El linaje había dejado de tener algún valor.

Ahora, nada importaba sino el que ellos habían tomado resguardo en un lugar donde la sangre había sido vertida y estaban tan seguros y libres de daño que el juicio no les tocaba. Con juicio a su alrededor, los israelitas no sólo estaban seguros, sino que realmente estaban festejando. Este fue el resultado de aceptar la palabra de Dios. Dios les había dicho que mataran el cordero. Dios les había dicho que tomaran la evidencia y pintaran los bordes de la puerta. Dios les había dicho que se refugiaran allí. Ellos habían obedecido a su palabra y por esta simplicidad de fe en sus promesas de salvación estaban a cubierto de todo mal.

iii. La salvación es por sustitución.

Venimos ahora a la tercera gran palabra que explica el secreto de la asombrosa eficacia de la sangre derramada. Es la sustitución. En estas palabras está la esencia de nuestra salvación: propiciación, reconciliación y sustitución. Nosotros vemos la ilustración de ello aquí en Éxodo, pero esto está en armonía completa con el Nuevo Testamento. Lo que Dios hizo por su pueblo en Egipto es lo que él siempre ha hecho hasta este momento, y esto es

salvar al pecador por medio de uno señalado para morir en su lugar. La salvación sólo puede ser por sustitución.

«Y se levantó aquella noche Faraón, él y todos sus siervos, y todos los egipcios; y hubo un gran clamor en Egipto, porque no había casa donde no hubiese un muerto». Hermanos y hermanas, escuchan ese clamor. En toda la tierra de Egipto hay un lamento cual nunca hubo antes, porque el luto había entrado en una casa tras otra. Pero agudiza más tu oído, porque hay otro lamento en esa tierra: el grito de triunfo y la canción de fiesta de ellos. En sus casas hay también uno que ha muerto, porque el cordero ha muerto en las casas de Israel. El pueblo está seguro porque la muerte ha tenido lugar. Allí en cada casa, tan dramática y vivamente como en cualquier casa egipcia, hay un cadáver, hay la evidencia del juicio justo de Dios.

Podemos objetar que en las casas egipcias la terrible evidencia del juicio divino consistía en la muerte de sólo una persona, el primogénito. La paridad de razonamiento podría sugerir que la muerte del cordero habría traído también liberación sólo al primogénito en casas de los israelitas. Sin embargo, lo que Dios tenía en mente antes de venir la noche se encuentra en sus palabras: *«Cuando hayas vuelto a Egipto, mira que hagas delante de Faraón todas las maravillas que he puesto en tu mano; pero yo endureceré su corazón, de modo que no dejará ir al pueblo. Y dirás a Faraón: Jehová ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito».* Así, mientras es verdad que el cordero murió por el primogénito, lo que Dios tenía en vista era todo su pueblo como su primogénito. En esto vemos cuán importante era contar el número y las necesidades del pueblo de Dios. Cada cordero tenía que ser cuidadosa y especialmente escogido, porque cada miembro del pueblo de Dios

sería representado en él y sustituido por él. El cordero muere por el pueblo de Dios: la salvación es por sustitución.

3. La fiesta del cordero

No era sólo que la sangre del cordero resguardara al pueblo de Dios, sino también que su cuerpo iba a proveerles una fiesta. En esta conexión hay dos verdades importantes que es necesario subrayar. La primera aparece al final del capítulo: «*Se comerá en una casa, y no llevarás de aquella carne fuera de ella*» (12:46). El cordero sólo puede disfrutarse donde la sangre ha sido vertida. Esto es de gran significación. El cordero es una fiesta sólo para aquellos que están protegidos bajo la sangre. No hay ninguna otra forma en la cual los hombres puedan participar de las bendiciones del Cordero de Dios sino por la sangre de su cruz.

La segunda verdad es que donde el cordero es disfrutado, ese cordero es de total suficiencia para el pueblo de Dios. No sólo sus cabezas fueron numeradas cuando el cordero fue escogido, también lo fueron sus apetitos; todas sus necesidades fueron representadas allí. La provisión de Dios era tal que todas las personas que estaban seguras por la sangre del cordero también podían venir a festejar en torno a ese mismo cordero, sabiendo que todas sus necesidades estaban provistas en ese sacrificio. En la fiesta en el Cordero de Dios está lo que satisface totalmente la necesidad de cada peca-

dor salvado. Ninguna persona redimida es enviada lejos, vacía o hambrienta, porque toda la fiesta es en torno al Cordero.

4. La vida del cordero

Esos que disfrutaron esta fiesta debían hacerlo de una manera particular: «*Y lo comeréis así: ceñidos vuestros lomos, vuestro calzado en vuestros pies, y vuestro bordón en vuestra mano; y lo comeréis apresuradamente*» (12:11). Era una fiesta nocturna, pero ellos estaban vestidos para la mañana: era una fiesta nocturna, pero no era una cena, sino un desayuno. Lo comieron por la noche pero lo comieron en preparación para el nuevo día: no era una preparación para dormir, sino un preliminar para la peregrinación. Cuando compartieron la fiesta, ellos se comprometieron para una peregrinación.

Ellos comieron como los que eran preparados para la acción; comieron como aquellos que se comprometieron para ir caminando con Dios; lo comieron como aquellos sobre los cuales había una urgencia para empezar en seguida. Sus lomos se ceñieron para la acción, su calzado y su bordón eran símbolos de su peregrinación, y la urgencia y prisa de su forma de comer sugerían que estaban bajo el apremio de empezar en seguida. El comer del Cordero de Dios compromete al pueblo de Dios a un cierto estilo de vida. (*Continuará*).

*Tomado de «Toward The Mark».
Enero - Febrero 1978.*



El testamento de Cristo

Quando Cristo estaba por dejar este mundo, hizo su testamento. Su alma, la entregó a su Padre; su cuerpo, lo dejó a José para que le diera sepultura decente; sus vestidos les tocaron a los soldados; su madre, la dejó al cuidado de Juan; pero ¿qué podía dejarle a sus pobres discípulos que lo habían abandonado todo por él? No tenía plata ni oro; pero les dejó algo que es infinitamente mejor: su paz. «Mi paz os dejo».

Los nombres de Cristo.

El Hijo del Hombre

Harry Foster

Cuando los judíos preguntaron: «¿Quién es este Hijo del Hombre?» (Jn. 12:34), no estaban expresando perplejidad por el título, pues sabían lo que éste implicaba, sino más bien mostraban su escepticismo sobre la demanda de Cristo al usarlo, a causa de la humilde condición de él en ese entonces, y de los anuncios de su próxima muerte.

La frase 'el Hijo del Hombre' no contenía alusión alguna al linaje de nuestro Señor, ni a una relación padre-hijo, sino que era una expresión de características personales. El 'hijo de paz' (Lucas 10:6) era un hombre esencialmente pacífico, así como los 'hijos del trueno' eran exactamente lo opuesto (Marcos 3:17). Bernabé era 'hijo de consolación' (Hechos 4:36) porque era un hombre confortador, alentador. Esto nos ayuda a apreciar que el título 'el Hijo del Hombre' denotaba que nuestro Señor era verdadero Hombre, el ideal y la esencia de todo lo que Dios esperaba que fuese el hombre.

El extraordinario rasgo de este título en particular es que el Señor lo escogió para referirse a sí mismo. Aparece en todos los evangelios, y era evidentemente su autodescripción favorita. Podemos preguntarnos si tomó el título de Daniel 7:13, pues casi siempre que se refirió a su retorno en gloria él se llamó 'el Hijo del Hombre' (Mateo 26:64). Él supo que

se había hecho Hombre para proporcionar el verdadero principado de la raza humana. Incluso Adán antes de la caída no fue sino una sombra del Hombre que iba a gobernar el reino de Dios (Romanos 5:14), así que toda la profecía se centró en este Rey venidero.

Los judíos podían entender este tipo del Hijo del Hombre, aunque no estaban preparados para aceptar la demanda de Cristo de serlo, principalmente porque su fracaso en admitir su propia maldad les impedía aceptar la idea de que la esperanza sólo pudiera venir a la raza humana por la muerte sacrificial del Hombre representativo.

Nosotros no sabemos cómo se habría cumplido el propósito de Dios para la humanidad si ésta nunca hubiera pecado, pero esto sabemos: que él envió a su Hijo a resolver el trágico dilema dando su propia vida por los pecadores (Marcos 10:45). El hombre debe estar en la cruz antes de poder estar en el trono. Así que el número de referencias al retorno del Hijo del Hombre en gloria está equiparado con el número de referencias a su muerte y resurrección (Lucas 24:7).

El título es hallado también en Ezequiel, donde es aplicado al profeta más de noventa veces. En su caso, el énfasis está en la humillación y el sufrimiento, en su ministerio como una 'señal' entre los israelitas cautivos (Ezequiel 2:6).

En ningún sentido es un título mesiánico como en Daniel, pero por lo menos sugiere que en un mundo como el nuestro un hombre de Dios debe servir sufriendo, y que el Hombre representativo –el Hijo del Hombre– es preeminentemente la ‘señal’ de Dios no tanto por lo que él dijo o hizo, sino por cómo padeció. Cuando Cristo habló de su próxima obra redentora, siempre se autodesignó como el Hijo del Hombre.

Aparte de estos dos usos principales del título, hay otros pocos que describen el carácter de Cristo, afinando nuestra comprensión de lo que es el Hombre ideal:

1. Él no tiene apoyo terrenal – es un Hombre de fe. Mateo 8:20.
2. Él tiene poder para perdonar – es un Hombre misericordioso. Mateo 9:6.
3. Él come y bebe – es un Hombre de compañerismo. Mateo 11:19.
4. Él es Señor del Sábado – es un Hombre libre. Mateo 12:8.
5. Él siembra la buena semilla – es un Hombre de esperanza. Mateo 13:37.
6. Él busca salvar – es un Hombre compasivo. Mateo 18:11.
7. Él sirve a otros – es un Hombre generoso. Mateo 20:28.

Esto, entonces, es nuestro ideal. Cuando nos confrontamos a este verdadero Hombre, bien podríamos desalen-

tarnos de llegar a ser alguna vez el tipo de hombres que deberíamos ser. Pero no debemos desesperarnos. Él es nuestro Representante. Más aún, él está dispuesto a compartir a su humanidad con nosotros. ¿No ha hecho él este plan diciendo que el secreto de la vida eterna es el comer la carne del Hijo del Hombre y el beber su sangre (Juan 6:53)?

Hay otro uso más del título que es muy significativo. En los momentos de su agonía, Esteban fue sostenido por una visión de Cristo para la cual se usan sólo nombres humanos. Se nos dice que él vio a Jesús, y lo describió como «el Hijo del Hombre» (Hechos 7:55-56). Esteban fue el único discípulo que hizo esto alguna vez. ¿Es que él estaba demostrando que el secreto de la victoria radiante es poner la mirada en Uno que no sólo es Dios omnipotente sino también verdadero Hombre? ¿O era, tal vez, que Esteban estaba recibiendo una visión anticipada de la segunda venida? Una cosa es cierta, y esta es que cuando él y el resto de nosotros despertemos de aquel ‘dormir’ en cual él cayó, nuestra primera visión será la gloria de Dios con el amado Hijo del Hombre como su figura central.

*Tomado de «Toward The Mark»
Marzo - Abril 1972.*



Consejos

Si no quieren encontrarse con el diablo durante el día, encuéntrense con Jesús antes del amanecer. Si no quieren que el diablo les dé un golpe, golpéenlo primero, y golpéenlo con todas sus fuerzas, de manera que esté demasiado estropeado para responder. «Predicad la Palabra» es la vara que el diablo teme y odia. Si no quieren caer, caminen: ¡y caminen derecho y ligero! Tres de los perros con los cuales el diablo nos da caza, son: orgullo, pereza y codicia».

C. T. Studd, a los misioneros aborígenes de Nala, en el corazón del África.

Bosquejos

CON CRISTO

Siete vínculos de oro

1. <i>Crucificados</i>	juntamente con Cristo	Gálatas 2:20
2. <i>Vivificados</i>	juntamente con Cristo	Col. 2:13
3. <i>Resucitados</i>	juntamente con Cristo	Efesios 2:6
4. <i>Sentados</i>	juntamente con Cristo en lugares celestiales	Efesios 2:6
5. <i>Padeciendo</i>	juntamente con Cristo	Rom. 8:17
6. <i>Herederos</i>	juntamente con Cristo	Rom. 8:17
7. <i>Glorificados</i>	juntamente con Cristo	Rom. 8:17

EL PECADO ES:

<i>Locura</i>	Sal. 38:5
<i>Tinieblas</i>	Col. 1:13
<i>Veneno</i>	Núm. 21:6; Sal.58:4
<i>Enfermedad</i>	1ª Co. 11:30

JESUCRISTO ES:

<i>Sabiduría</i>	1ª Co. 1:30
<i>Luz</i>	Jn.1:9
<i>Antídoto</i>	Nm. 21:9; Jn. 3:14-15
<i>Salud</i>	Mal.4:2

ARCO IRIS DE LA BIBLIA

1. Arco iris de Noé	Gn. 9:13	Pacto de Dios con la tierra
2. Arco iris de Ezequiel	Ez. 1:28	Pacto de Dios con Israel
3. Arco iris de Juan	Ap. 4:3	Pacto eterno de Dios

¿TU DIOS ES PODEROSO?

PODEROSO, para hacer mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos (Ef. 3:20).

PODEROSO, para haceros abundar en toda gracia, a fin de que abundéis para toda buena obra (2 Co. 9:8).

PODEROSO, para socorrer a los que son tentados (He. 2:18).

PODEROSO, para salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios (He. 7:25).

PODEROSO, para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría (Judas 24).

PODEROSO, para guardar mi depósito para aquel día (2 Tim. 1:12).

PODEROSO, para sujetar a sí mismo todas las cosas (Fil. 3:21).

ROMANOS 5:17-21

Por la transgresión de un hombre	–	por Uno solo, Cristo Jesús
Por la transgresión de un hombre	–	por la justicia de Uno solo
Por la desobediencia de un hombre	–	por la obediencia de Uno solo
Como el pecado reinó	–	la gracia reine

«À Maduridade».

El número 8

Christian Chen

Este número se menciona 80 veces en la Biblia. En hebreo es 'Sh'moneh' de la raíz 'Shah'meyn' *engordar, cubrir de gordura, sobreabundar*. Como participio significa *«aquel que es rico en vigor»*. Como sustantivo indica *«fertilidad sobreabundante»*, *«aceite»*, etc. Y como numeral es el número sobreabundante.

Como el siete fue llamado así por el hecho de que el séptimo día es el de la conclusión o descanso; el ocho, como el octavo día, estaba por encima de este número perfecto, y fue el primero de un nuevo período. Representa así dos números en uno, el primero y el octavo. En lo que se refiere al primer período, representa la «resurrección», porque el antiguo orden de las cosas terminó, un nuevo número surge entonces para tipificar la vida salida de la muerte.

Además de eso, en lo que concierne a la cualidad de esa vida resucitada, $8 = 7+1$, habla de algo más que lo perfecto. Si observamos el segundo período después del siete, entonces el número ocho expresa lo que es nuevo, en contraste con lo antiguo que fue ahora eliminado, indicando así que la serie anterior se completó. Se trata del sello del nuevo pacto, de la nueva creación, caracterizándolas de esa forma. En resumen, el número ocho es el número especialmente asociado con la «resurrección» y la «regeneración», y con el comienzo de una nueva era u orden.

Cristo resucitó de los muertos «el primer día de la semana», que necesariamente fue el octavo día. Es notable que la Biblia contenga el registro de otras ocho resurrecciones individuales además de las del Señor y de los santos. Cuando la tierra estaba cubierta por el diluvio, Noé fue la 'octava persona' (2 Pd.2:5) que pisó la tierra a fin de dar inicio a un nuevo orden de cosas. «Ocho personas» (1 Pd.3:20), incluido él, pasaron al nuevo mundo regenerado. Esas ocho almas fueron salvas y resucitadas en el arca que es un tipo de Cristo.

La circuncisión de los niños de sexo masculino en Israel es una sombra de la verdadera circuncisión del corazón, que debería ser *«no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo»* (Cl.2:11). El hijo varón era circuncidado al octavo día. El ocho está ligado así a la nueva creación.

El primogénito debía ser dado al Señor el octavo día (Ex.22:29-30). En este tipo, significa que nuestra consagración es realizada en base a la resurrección. De acuerdo a esto, vemos que Aarón y sus hijos fueron consagrados durante siete días y comenzaron su ministerio el octavo (Lv.8:31-36).

Por causa de que Cristo es *«el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia»* (Cl.1:18), el número ocho también está ligado al Señorío y Soberanía de Jesucristo. Por la

gematría,¹ los siguientes nombres de Jesús están marcados con el número ocho como un factor:

Jesús	888	(8x111)
Cristo	1480	(8x185)
Señor	800	(8x100)
Nuestro Señor	1768	(8x221)
Salvador	1408	(8x8x22)
Emmanuel	25600	(8x8x8x50)
Mesías	656	(8x82)
Hijo	880	(8x110)

Hay ocho referencias al Antiguo Testamento en Apocalipsis 1, sobre las cuales se basan las reivindicaciones del Señorío de Jesús. Ellas se encuentran ordenadas en forma de una epanástrofe,² la primera extraída del mismo libro de la octava, la segunda correspondiendo de la misma manera a la séptima, la tercera a la sexta, y la cuarta a la quinta. Siendo así, el sello divino de la perfección sobrealandante se halla aquí establecido en las Escrituras que declaran el Señorío de Jesús:

- A Ap.1:5 Is.55:4
 B Ap.1:7 Dn.7:13
 C Ap.1:8 Zc.12:10
 D Ap.1:8 Is.41:4;44:6;48:12
 D Ap.1:11 Is.41:4;44:6;48:12
 C Ap.1:12 Zc.4:2
 B Ap.1:13-15 ... Dn.7:9;13:22;10:5-6
 A Ap.1:16 Is.49:2

La fiesta de los Tabernáculos duraba ocho días (Lv.23:36). La fiesta propiamente dicha duraba siete días, pero a los siete fue agregado un octavo; y por la ley levítica ese día era siempre observado como un día de descanso (Lv.23:39). Esta fiesta es tipo del júbilo y descanso del milenio, cuando Cristo reine sobre toda la tierra. Fue en el último día de la fiesta de los Tabernáculos que Jesús se levantó

exclamando: «*Si alguno tiene sed, venga a mí y beba*» (Jn.7:37). Este último día – el octavo – era, como tipo, el gran día, pues en él dejaban las tiendas y regresaban a sus casas. De la misma forma, después del milenio, la gloria temporal será sustituida por la entrada en los nuevos cielos y la nueva tierra; y tendrá inicio el día eterno – el gran día – en que el tabernáculo de Dios estará con los hombres, y Dios, en Cristo, será todo en todos.

Fue probablemente con la idea de la fiesta de los Tabernáculos en mente que Pedro sugirió al Señor en el Monte de la Transfiguración hacer tres tiendas, para Jesús, Moisés y Elías. *Moisés y Elías no fueron mostrados en el mismo plano de Jesús*. Cristo, el Rey, es incomparable y se halla sin duda por encima de todos. Esta visión del reino de Dios a Pedro y sus compañeros tuvo lugar el octavo día (inclusive) después del primer anuncio de los sufrimientos de Cristo (Lc.9:28). «*Pasados ocho días*» (Jn.20:26) otro discípulo, Tomás, que todavía tenía dudas, fue llevado a reconocer la soberanía de Jesús.

Existen ocho cánticos en el Antiguo Testamento además de los contenidos en los Salmos (Ex.15; Nm.21:17; Dt.32; Jue.5;2; S.22; el Cantar de los cantares; Is.5; Is.26). Estos ocho cánticos aguaridan para ser cantados después de la resurrección, pues eso sólo sucederá cuando «*destruya la muerte para siempre*» (Is.25:8).

Extractado de «Os números na Bíblia».

¹ Gematría es el cálculo de la equivalencia numérica de letras, palabras, o frases, para, sobre esa base, hacerse una idea de la correlación de conceptos diferentes y explorar la relación mutua entre palabras e ideas. (Nota del Editor).

² Epanástrofe o concatenación es una figura de dición que supone la repetición a distancia de partes iguales de un verso o período. (Nota del Editor).

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

¿Jonás estuvo en el vientre de un gran pez?
¿Es esto verdad o es un mito?



Es extraordinariamente impresionante que este incidente sea registrado, de modo irrefutable, por una de las revistas seculares de mayor proyección en el mundo, sin ninguna intención de confirmar la fe cristiana.

De cualquier modo, la palabra de nuestro Señor es definitiva: «*Estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches*» (Mt.12:40), y «*Jehová tenía preparado un gran pez que tragase a Jonás*» (Jon.1:17), puede significar algo puramente milagroso. Pero hay un moderno incidente muy similar.

«En el mes de febrero de 1891, un barco ballenero, «La Estrella del Este», cruzaba el Mar Mediterráneo, no muy lejos de la costa Palestina (ciertamente alguien podría decir que casi en las mismas aguas donde Jonás fue echado del navío), cuando el vigía avistó una ballena. Dos botes, con hombres y equipamientos, fue-

ron lanzados al mar para perseguir la gigantesca ballena, que era observada a alguna distancia. La ballena fue arponeada y herida de muerte. Cuando se debatía en su última agonía, uno de los botes balleneros fue alcanzado por la cola de la ballena, despedazándose. Los marineros fueron lanzados al mar. Todos, excepto dos, fueron rescatados por la tripulación de otro bote. El cuerpo de uno de ellos fue recuperado, pero James Bartley, el otro hombre, no pudo ser hallado.

Suponiéndolo ahogado, la tripulación se entregó a la tarea de cortar la ballena. Trabajaron todo el día y parte de la noche. A la mañana siguiente, retornaron a su tarea. Cuando se preparaban para izar el inmenso estómago sobre la cubierta, observaron movimientos espasmódicos dentro del estómago. Lo cortaron para abrirlo, y dentro encontraron a James Bartley, el marinero desaparecido, que revivió.

Él contó la historia de su experiencia. Fue envuelto por la oscuridad y se sintió resbalando por un pasaje suave. En pocos instantes había más espacio y él podía respirar fácilmente. A medida que el horror de la situación se abatía sobre él, la excesiva quietud y la oscuridad de la medianoche lo vencieron y se desmayó. Bartley testificaba que podría haber vivido dentro de aquel compartimiento grande y espacioso hasta que muriese de hambre. Esto fue comprobado por M. de Parville, científico bastante conocido y editor del *Jornal des Debats*.

«À Maturidade».

¿CUÁNTO SABE DE LA BIBLIA?

La Biblia está llena de enseñanzas, historias y episodios ricos en significado espiritual. Muchos de estos pasajes probablemente usted los leyó o escuchó desde niño. Pero, ¿qué tan frescos los tiene en su memoria? ¿Podría usted encontrarlos en su Biblia si alguien se lo pidiera?

Hemos seleccionado 21 de estos pasajes más conocidos de la Biblia para que usted identifique el libro y el capítulo en que ellos aparecen. Conteste sin buscar ayuda. En la página 111 hallará las respuestas correctas.

1. El Salmo del Pastor

- a) 24 b) 91
c) 8 d) 23

2. Las bienaventuranzas

- a) Mateo 5 b) Marcos 3
c) Lucas 12 d) Juan 15

3. La preeminencia del amor

- a) Juan 13 b) Romanos 8
c) 1 Corintios 13 d) 1 Juan 3

4. La venida del Espíritu Santo

- a) Juan 21 b) Hechos 2
c) Romanos 12 d) Joel 2

5. Los héroes de la fe

- a) Génesis 5 b) 1 Crónicas 11
c) Nehemías 3 d) Hebreos 11

6. Las cartas a las siete iglesias

- a) 1 y 2 de Juan b) 1ª Co. 12 y 13
c) Apoc. 2 y 3 d) Juan 15 y 16

7. El llamamiento de Abraham

- a) Éxodo 3 b) Génesis 3
c) Génesis 6 d) Génesis 12

8. David derrota a Goliat

- a) Salmo 87 b) 1 Samuel 17
c) 2 Samuel 17 d) Jueces 13

9. Parábola del hijo pródigo

- a) Mateo 13 b) Marcos 9
c) Lucas 15 d) Juan 9

10. Elogio de la mujer virtuosa

- a) Cantares 3 b) Proverbios 31
c) Efesios 5 d) 1 Pedro 3

11. La Pascua

- a) Éxodo 12 b) Éxodo 3
c) Génesis 22 d) Levítico 9

12. Profecía sobre el Siervo de Jehová

- a) Jeremías 3 b) Lament. 1
c) Isaías 53 d) Ezequiel 33

13. El sueño de Nabucodonosor

- a) Daniel 2 b) 1 Crónicas 15
c) Jeremías 27 d) 2 Reyes 18





14. La oración sacerdotal del Señor
 a) Mateo 23 b) Marcos 16
 c) Lucas 17 d) Juan 17
15. Elías y los profetas de Baal
 a) 1 Reyes 18 b) 1 Crónicas 10
 c) Jueces 10 d) 1 Samuel 16
16. La oración de Jonás
 a) 1 Crónicas 19 b) Jonás 2
 c) Jonás 3 d) Jonás 4
17. La justificación por la fe
 a) Romanos 3 b) 1 Corintios 3
 c) Gálatas 5 d) Hechos 15
18. La armadura del cristiano
 a) 1 Corintios 9 b) 2 Corintios 10
 c) Efesios 6 d) Judas
19. Humillación y exaltación de Cristo
 a) Gálatas 1 b) Efesios 2
 c) Filipenses 2 d) Colosenses 1
20. Efectos de la obediencia y la desobediencia
 a) Éxodo 32 b) Malaquías 3
 c) Salmo 119 d) Deut. 28
21. El día de la Expiación
 a) Éxodo 23 b) Levítico 16
 c) Números 10 d) Deut. 5

j j j

Escuchar a Dios

Durante mi ministerio hubo una época cuando estaba demasiado ocupado trabajando en la obra del Señor como para escuchar Su voz. Predicaba seis veces por semana, preparaba dos programas para la televisión y viajaba por todo el país; estaba escribiendo un libro y pastoreando una iglesia grande; dirigía a todo su personal así como también un ministerio radiofónico, entre otras obligaciones diarias. Como resultado de toda esa actividad, fui a parar al hospital por una semana y quedé fuera de circulación durante tres meses. Cuando pienso en esa época, me doy cuenta de que Dios estaba tratando de atraer mi atención por medio de mi cuerpo, pero yo no escuchaba. Finalmente, llegó el momento en que ya no pude seguir adelante.

Creo que una de las lecciones más valiosas que jamás podremos aprender es cómo escuchar a Dios. En medio de nuestra vida tan compleja y ajetreada no hay nada más urgente, nada más necesario, nada más provechoso que escuchar lo que Dios tiene que decirnos. Además, la Biblia es muy explícita y Dios nos habla con tanto poder hoy como en los días cuando fue escrita. Su voz espera ser escuchada y, cuando la escuchamos, nos vemos lanzados a la aventura más grandiosa y más emocionante que podamos imaginar.

Charles Stanley, en Cómo escuchar la voz de Dios

Mensaje a las hermanas sobre el lugar de la mujer en el orden de Dios, su servicio práctico en la iglesia local, y el cubrirse la cabeza.



El ministerio de las hermanas

Ellen Wu

Quiero decirles que no soy una maestra. Sólo deseo compartir con ustedes acerca del ministerio de las hermanas en la iglesia, algo que hemos aprendido y aún estamos aprendiendo, para animarles a vivir gratamente ante el Señor.

El lugar de la mujer

Hay un versículo importante en la Escritura para entender lo que está en el corazón de Dios, el lugar especial que él tiene para las hermanas. Es 1ª Corintios 11:3. Pablo empieza diciendo: *«Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo»*. Este es un versículo clave para comprender el orden divino de Dios para el hombre y la mujer, en relación con Cristo y Dios mismo.

Pablo lo dividió en tres partes: Primero, Cristo es la cabeza de cada hombre, y nosotras podemos decir «amén» a eso, porque Cristo es Señor y Salvador

de todos los creyentes, comprados por su sangre preciosa; así que él debe tener el lugar de la Cabeza.

Luego, dice que el hombre es cabeza de la mujer. A primera vista, podríamos pensar que para Dios la mujer es una ciudadana de segunda clase. La gente del mundo dice eso. Pero nosotras sabemos que Dios hace todo según el designio de su corazón. En su infinita sabiduría, él conoce el lugar de las mujeres en relación a su propósito eterno. Para cumplir ese propósito, él asignó al hombre una función y a las mujeres otra, pero esto no significa que Dios hizo a la mujer desigual al hombre.

Podemos ver esto en la creación, con Adán y Eva, en el Génesis. Después de crear a Adán, Dios dijo: *«No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él»*. Así que, para cumplir esa función de ayuda, Eva tiene que permitirle a Adán tener la primacía y ser la cabeza. Aquí Dios nos da una indicación de su pensamiento acerca del hombre y

la mujer. Ellos se complementaban entre sí, trabajaban juntos, no altercando sobre quién es la cabeza y quién tiene el papel de auxiliador.

Si consideramos la tercera parte, entendemos un poco mejor, pues dice que Dios es la cabeza de Cristo. Eso no significa que Cristo sea inferior a Dios. Pablo en Filipenses 2:5 dijo: *«Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse»*. Vemos claramente que Cristo es igual a Dios. Pero él no se aferró a esta igualdad. Versículo 7: *«...se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo»* – no sólo siervo, sino esclavo– *«y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»*.

Así que vemos que nuestro Señor Jesús, aunque era igual con Dios, para cumplir el propósito de Dios, se despojó y tomó un lugar más bajo. Y no sólo eso, sino que aun se humilló hasta la muerte, y todo ello por su amor a nosotros. Aquel que era sin pecado fue hecho pecado y murió por nosotros en una cruz. No hay un lugar más bajo que el que nuestro Señor tomó siendo Dios, humillándose hasta la muerte en una cruz, y consumando de esta manera la salvación para todos.

El Hijo de Dios vino a ser el Hijo del Hombre. En el evangelio de Juan, él dijo una y otra vez: *«No puede el Hijo hacer nada por sí mismo»*. Nuestro Señor Jesús era un hombre perfecto, de tal manera que todo lo que él pudiera hacer o hablar sería perfecto. Sin embargo, para cumplir la voluntad de Dios, tomó un lugar más bajo, y permitió al Padre ser su cabeza, sometiéndose a él en todo. Así también, Dios nos dio un lugar especial, para manifestar esta sumisión del Señor Jesús a nuestro marido en nuestro hogar y a los hermanos responsables en la iglesia, para que la voluntad de Dios pueda

Dios nos dio un lugar especial, para manifestar esta sumisión del Señor Jesús a nuestros maridos en nuestro hogar y a los hermanos responsables en la iglesia, para que la voluntad de Dios pueda cumplirse.

cumplirse. Con esta comprensión, podemos considerar lo que son los roles de las hermanas y su ministerio en la iglesia.

El servicio de las hermanas

Dios creó a la mujer con una sensibilidad y una habilidad para prestar atención a los detalles. Hay muchas cosas en que los hermanos no son lo bastante sensibles para percibirlos, pero las hermanas sí; de modo que ellas pueden ayudar. La Escritura dice que hay un don de ayudar. Las hermanas pueden abrir sus casas, así como ustedes han hecho con nosotros, para ofrecer el don celestial de la hospitalidad. Las hermanas tienen un corazón más tierno para los niños, así que ellas pueden atender a los hijos que el Señor ha dado a los hermanos y hermanas.

Nosotros podemos tener un papel en la escuela dominical: un servicio de ayuda a los padres en la educación espiritual de sus niños. Cuando nos reunimos, enseñamos a los niños desde Génesis al Apocalipsis, tomando las partes importantes de cada libro y adecuándolas al nivel de ellos. Así los niños tendrán un buen fundamento en la Palabra de Dios.

Gradualmente, a medida que crecen y oyen el ministerio de los hermanos que pueden estar hablando sobre el retorno de Esdras a Jerusalén, por ejemplo, tendrán una idea sobre lo que allí sucedió. Así que realmente se les está dando algo muy básico, enseñando el ABC de las Escrituras. A una edad muy temprana podemos ayudar a poner el fundamento para la Palabra de Dios.

Hay otro ministerio muy importante que los hermanos y hermanas pueden asumir, que es la oración. El hermano Stephen Kaung nos compartió sobre la hermana Margaret Barber y su sobrina, cuando ambas oraron a Dios para que levantara un instrumento para él en China. Como consecuencia de sus oraciones y las de otras hermanas en Dinamarca, Dios levantó al hermano Watchman Nee en China. A través del compañerismo con sus co-obreros, el evangelio se extendió a través de toda China aun cuando los comunistas tomaron el poder.

No hay un ministerio mayor, en términos de importancia para el Señor, que el de la oración. A menudo, nosotras somos más sensibles para ver las dificultades en la asamblea de la iglesia, o en las familias de los hermanos y hermanas, o con nuestros jóvenes atraídos por el mundo. Si el Señor nos permite ver todas estas cosas, es para que nosotras oremos por ellas.

Cierta vez, en una reunión de hermanas, una hermana mayor compartió sobre este punto, y usó un versículo de Isaías 58:12: «...y serás llamado reparador de portillos». Un portillo, una brecha, puede aparecer en la pared de separación entre la iglesia y el mundo. Un agujero puede ser el punto donde el enemigo hace su entrada para dañar el testimonio de la iglesia; así que nosotras podemos presentar estas cosas al Señor en oración.

Nosotros asistimos a un encuentro en

Filipinas una vez al año, y realmente fui conmovida cuando ellas se dividieron en grupos pequeños para orar. Cuando yo participé en un grupo, ellas siempre estaban orando por los hermanos en responsabilidad, para que el Señor les diera discernimiento espiritual, sabiduría y revelación en el ministerio de la Palabra, y para atender los asuntos de la iglesia.

Muy a menudo es más fácil orar por los enfermos o por alguien en dificultades, pero si comprendemos que nuestros hermanos en responsabilidad están de pie en la línea de fuego, nosotras como hermanas debemos apoyarlos en oración y fortalecer su espíritu, alma y cuerpo para su ministerio en nombre del Señor.

Permítanme darles una ilustración. Hay una hermana en nuestra congregación que es realmente una guerrera de oración. Había una familia con siete niños. Cuando ellos eran pequeños, imagínense en la mañana del Día de Señor, el tratar de hallar un par de zapatos para cada uno puede ser usado por el enemigo para distraer el corazón del padre. Así que esta hermana oraba cada mañana del Día del Señor, diciendo: «Señor, ayuda a que los niños encuentren sus zapatos, para que toda la familia esté en paz y reposo antes de venir a tu mesa».

Aunque parece una cosa pequeña, esta es un área donde nosotras podemos ayudar. Todo lo que el Señor pone en su corazón, tráigalo al Señor en oración para que por su Espíritu él pueda ministrar su gracia a muchos tipos de necesidades. Ello detendrá la obra destructora del enemigo, para que el Señor tenga una vía libre en nuestro corazón cuando nos reunimos en su presencia. Esta es una ilustración del servicio de las hermanas en la iglesia.

Cualquier cosa que el Señor ponga en su corazón, hágala sinceramente para él. Pero primero debemos ir ante el Señor y permitirle darnos la carga; permi-

tirle revelarnos qué área podemos traer ante él en oración. Sólo entonces se cumplirá la voluntad del Señor y su nombre será glorificado.

Sobre el cubrirse la cabeza

Cuando estuvimos en Santiago de Chile, alguien planteó también la pregunta sobre el cubrirse la cabeza. Pensé que debo compartir sobre eso. Veo aquí a muchas hermanas que tienen su cabeza cubierta. No es una costumbre; las mujeres necesitan entender su realidad o importancia, y si el Señor pone esto en su corazón para que usted pueda someterse a la enseñanza de la Escritura, hay entonces una gran importancia espiritual en ello.

Pablo nos dice en 1 Corintios 11:10: *«Por lo cual la mujer debe tener señal de autoridad sobre su cabeza, por causa de los ángeles»*. Este no es un símbolo de la autoridad de la mujer, sino para mostrar que ella está bajo autoridad, por causa de los ángeles.

Nosotros sabemos lo que pasó al principio. Antes de crear al hombre, Dios creó los ángeles, que son siervos ministradores del Señor. De acuerdo a Isaías 14, el arcángel Lucifer fue creado perfecto y lleno de belleza. Pero a él no le gustó oír hablar del lugar preeminente que Dios dio a Su Hijo. Él quería ese lugar, así que el ángel caído se volvió enemigo de Dios.

A causa de esa rebelión, cuando Dios creó a Adán y Eva y los puso en el jardín de Edén, Satanás vino y tentó a Eva; puso un signo de interrogación en la mente de ella, diciéndole: *«¿Con que Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?»*. Si Eva hubiera comprendido el orden de Dios, habría dicho a Adán: *«¿Qué dijo Dios?»*. Sin embargo, no lo hizo, sino que respondió: *«Dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis...»*. Vemos que agregó algo que no está en la Escritura; Dios nunca dijo que ellos no podían tocarlo.

Pero ella asumió como cabeza y tomó la decisión. Ella vio que el fruto era agradable y bueno para comer y para hacer sabio en el discernimiento del bien y del mal. Ya no tendrían que depender de que Dios se los dijera. Entonces tomó el fruto, comió, lo dio a Adán y él también comió. Y a través de ese acto de desobediencia, el pecado entró en el mundo.

Sabemos cuán horrible consecuencia trajo al mundo ese acto. Pero gracias al Señor, que vino a morir por nuestros pecados, para que podamos ser restaurados. Y no sólo eso, sino también nos dio un privilegio especial: que habiendo caído de la obediencia y la sumisión, ahora podamos decir: *«Nosotros queremos someternos al orden divino del Señor»*.

Por esta razón, nosotras deseamos someternos a los varones, sea a nuestros maridos en nuestro hogar o a los hermanos en la iglesia, para que Dios pueda recuperar su derecho como la cabeza suprema que Satanás quiso usurpar aún antes de que el hombre fuera creado. El hombre caído y pecador se puso de parte de Satanás, y todavía rechaza y resiste a la autoridad de Cristo y su Padre. Entonces, cuando nosotras nos cubrimos la cabeza, estamos diciendo que queremos someternos al orden de Dios. Y cuando los hermanos en la iglesia ven a las hermanas con cabezas cubiertas, les recuerdan que aunque ellos tienen la autoridad delegada del Señor, no obstante, ellos también están bajo la autoridad de Cristo. De esta manera, los hermanos y hermanas juntos muestran que la iglesia es el cuerpo de Cristo.

En el pasaje que leímos de Filipenses, Pablo dice: *«Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús»*. Este se refiere a la sumisión de Cristo. Cuán privilegiadas somos de poder ser ejemplo a los ángeles caídos, así como a los ángeles buenos, queriendo someter-

nos como Cristo se sometió a su Padre.

Sin embargo, aun cuando nosotras tenemos este buen deseo en nuestros corazones, pensamos que no es fácil someterse; pues por naturaleza, desde Adán, somos rebeldes. Aun cuando deseemos tener nuestras cabezas cubiertas, el hacerlo no está en nosotras. Pienso que Hebreos 12:2 nos da el secreto acerca de cómo podemos ser sumisas: «...puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe». El secreto es mirar a nuestro Señor Jesús. Él no sólo es nuestro ejemplo: su vida de sumisión también está en nosotras.

Quiero darles un testimonio personal. A menudo, el hermano Hoseah y yo teníamos malentendidos. Así que empezábamos a discutir. Yo sentía que él no me comprendía, así que yo trataba de argumentar o explicar por qué dije lo que yo dije, pero ello no ayudaba. Cuanto más usted explica, más argumenta. ¿Es eso lo correcto?

Un día el Señor me mostró que yo puedo creer que tengo la razón, que no soy comprendida; pero cuando miro al Señor Jesús, perfecto, siempre justo, y sin embargo, ¿qué experimentó él cuando estuvo aquí?: «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron». Él fue rechazado, los fariseos lo acusaron de ser un blasfemo. Sin embargo, ¿se defendió? No, no lo hizo. «Como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció y no abrió su boca» (Is. 53:7).

En ese momento pensé: «¿Cómo puedo defenderme a mí misma a la luz de lo que nuestro Señor sufrió?». Al instante, la paz entró en mi corazón. En lugar de continuar argumentando, no dije nada más. La paz fue restaurada entre nosotros. Así que la única vía es mirar al Señor Jesús, y permitir que su vida de sumisión se manifieste en nosotros. Entonces podemos decir como Pablo en Gálatas

2:20: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*». No es que nosotros seamos capaces; es por su gracia, y la inspiración del Espíritu Santo para mirar al Señor Jesús.

Entonces habrá sumisión y obediencia a Dios; entonces, como dice el hermano Sparks, Dios obtiene la gloria moral, porque nosotras —como dicen las Escrituras, como Jesús, «*hecho un poco menor que los ángeles*»— podemos ser instrumentos para avergonzar a los ángeles caídos y obedecer a Dios, sometiéndonos a su orden divino; todo por su gracia y por su obra. Entonces Dios recibe toda la gloria.

Piensen ustedes cuán maravilloso es que Dios nos haya dado este privilegio especial como hermanas de llevar su testimonio de lo que la vida de Cristo puede hacer a través de personas tan rebeldes como nosotras. El entender cuán grande es el amor de Dios hacia nosotras en esta área en particular nos dará voluntad para decirle: «Señor, haz que quiera someterme a ti, para que tú puedas tener toda la gloria». A través de la sumisión de la iglesia, el Señor Jesús recuperará todo este universo, la creación entera que fue sujeta a vanidad a causa de nuestro pecado, para que Cristo sea todo y en todos.

Nosotras tenemos un rol que jugar en esto: aprender a someternos ahora a nuestro Señor, para que cuando él mire a la iglesia, se regocije porque ella se somete a él como la verdadera Cabeza. El Señor quiere perfeccionarnos a todos en esta área, a fin de que la iglesia crezca para ser la novia perfecta de Cristo, para ser su ayuda eterna en las edades venideras.

Gracias al Señor por la manera maravillosa en que él nos trata a las hermanas, y nos da este privilegio de aprender la sumisión así como él aprendió cuando era el Hijo del Hombre en la tierra. Esta es una verdadera bendición de nuestro Señor.

Un examen de algunos mitos de la enseñanza de las ciencias en los centros de estudio.



Jesucristo

Señor del colegio y la universidad

Ricardo Bravo

Desde pequeños nos vemos sometidos a diversas influencias de pensamiento. Ya en los primeros años de colegio, el influjo de nuestros pares puede empezar a resultar importante, cuando es ejercida por aquellos que son líderes dentro del grupo. Quienes nos relacionamos con estudiantes mayores,¹ hemos podido observar que determinadas corrientes de pensamiento pueden llegar a ser aún más radicales, logrando provocar verdaderos conflictos en las mentes de aquellos que entran en contacto con un mundo académico, el que generalmente da por cierto el origen del universo, de la vida y del hombre, teniendo como base la filosofía materialista. Muchos estudiantes lamentablemente no logran resolver en forma adecuada la crisis que les sobreviene, al tener que confrontar el relato bíblico acerca de la creación del mundo y del hombre con aquél que plantea la ciencia.

Tres momentos delicados para un estudiante cristiano

Atendiendo a lo recabado por medio de la experiencia laboral docente, existirían al menos tres momentos delicados durante la etapa de un estudiante, que po-

drían ser decisivos para su vida adulta. El primero se produce al finalizar la enseñanza básica, con la asignatura de ciencias naturales o equivalente; el segundo ocurre aproximadamente en la mitad de la enseñanza media, con la asignatura de filosofía; en tanto que el tercero suele producirse en las etapas iniciales de los estudios superiores.

En el primer encuentro formal con el estudio de las ciencias naturales, producido en sexto o séptimo año básico, los alumnos («alumnos» es una palabra que etimológicamente significa «los que se nutren o que se iluminan») son intelectualmente nutridos o iluminados por los profesores de ciencias acerca de la historia de la tierra, de los organismos que la habitan, incluida la del ser humano. Generalmente se suele plantear que el asunto no es tan sencillo como hasta ahora seguramente se ha venido creyendo – aludiendo a la historia bíblica. Ya es hora de saber que la ciencia ha desentrañado el misterio del origen del universo y de la vida, la cual tiene una perfecta explicación científica.

El segundo impacto que pone a prueba lo aprendido por el adolescente en el ámbito cristiano, o que puede sesgar de-

finitivamente a quien no tiene fundamentos cristianos, lo produce la asignatura de filosofía, normalmente a mitad de la enseñanza media. En esta clase se cuestionan las diferentes líneas de pensamiento, dependiendo de la corriente filosófica predilecta del profesor, pero teniendo como base en la mayoría de los casos una postura que cuestiona la sabiduría de Dios y su Palabra, reemplazándola por sabiduría humana con principios materialistas. Filosofía en el sentido etimológico significa «amor a la sabiduría», pero es claro que no es la búsqueda de la sabiduría en el sentido bíblico lo que se imparte como filosofía en colegios y universidades. Algunos autores seculares han señalado que la filosofía puede y debe enseñarse a todos los individuos desde pequeños para evitar que la masa caiga en manos de ideologías como la religión.

Si consideramos que la Biblia enseña que ya desde pequeños empezamos a echar las bases de nuestros fundamentos cristianos (Pr. 22:6), por defecto podemos colegir que lo opuesto también ocurrirá, es decir, el niño podrá prematuramente ir forjando su mente con ideas no cristianas.

¿Somos sólo un montón de células andando?

Luego que los alumnos han recibido ciertas luces en la enseñanza básica y media, ya al acceder a la universidad el análisis sobre cuestiones fundamentales continúa en forma más intensa; normalmente en el ciclo básico de distintas carreras, situación que me toca corroborar desde hace un par de décadas.

Un hecho que recuerdo claramente como alumno de pregrado, tal vez porque causó un remezón en mis cimientos cristianos (poco firmes en ese entonces), ocurrió en la primera clase de biología celular. La profesora de esa cátedra señaló enfáticamente que ella esperaba, una

vez finalizado el curso, que todos terminásemos convencidos de que sólo éramos un montón de células andando, producto de una lenta evolución que tuvo su inicio en forma de bacterias y su final en el ser humano.

Algún tiempo después, escudriñando las Escrituras me daría cuenta que no es sólo biología lo que constituye a los seres humanos. A Isaías el Señor le dice que lo formó desde el vientre (Isaías 44:2), y a Jeremías que lo conoció antes que fuese formado en el vientre materno (Jeremías 1:5), en tanto que al rey David le promete que de sus entrañas levantaría a uno que le edificaría casa y que afirmaría su reino, dando a entender parte del carácter que tendría Salomón aún antes de nacer (2 de Samuel 7:12). Estos tres ejemplos citados permiten inferir que además de las células que conforman al ser humano, Dios pone el espíritu que le da vida, simbolizado en Génesis con el soplo que el Señor hace sobre la nariz del recién formado Adán.

Vivimos la era del pragmatismo (filosofía que toma como criterio único de verdad el valor práctico), en donde se acepta sólo lo susceptible de ser verificado científicamente; sin embargo, la Biblia nos enseña que la vida del hombre es más que la materia; el ser humano es más que la sola expresión de un programa genético, escrito en un idioma bioquímico, el ADN.

Inclinación al mal desde la juventud

La experiencia señala que es en la etapa de la adolescencia en que ciertas influencias de pensamiento producirían un quiebre más fuerte. Debido a su grado de desarrollo y madurez, los jóvenes empiezan a disentir de lo que han venido recibiendo como enseñanza, y, por tanto, estarían intelectualmente más capacitados para apartarse de lo recto. Ello se ve res-

paldado en Génesis 8:21, donde el Señor afirma que «...*el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud*» y por Eclesiastés 11:10, donde se nos dice que «*la adolescencia y la juventud son vanidad*».

Recuerdo que varios adolescentes de la iglesia local donde asistíamos, admirábamos a un hermano joven, algo mayor que nosotros, entre otras cosas porque nos hablaba de asuntos propios de su carrera universitaria relacionada con ciencias, resultando muy interesante para quienes le escuchábamos. Sin embargo, pese a la gran distancia de conocimientos que nos separaba, había algo que me dejaba confundido e insatisfecho. Ello ocurría cuando al hacerle preguntas sobre su posición respecto a lo que le enseñaban en ciencias, teniendo en cuenta que él era cristiano y que en muchos casos este conocimiento impartido por determinados académicos podría apartarlo o al menos cuestionar su fe en Cristo, él respondía que no le preocupaba, porque al entrar a clases en la universidad dejaba sus principios religiosos aparte y se disponía a aprender lo que le enseñasen – otorgándole de paso a los académicos algo parecido a una omnisciencia. Este tipo de razonamiento hacía que mi mente de adolescente en ese entonces quedase muy confundida.

Hoy, con algo más de experiencia, puedo darme cuenta lo equivocado que estaba nuestro estimado hermano y amigo de la adolescencia. La ciencia, como ningún otro ámbito del quehacer humano, puede separar a un cristiano de su fe en el Señor Jesucristo y su obra creada; es exactamente todo lo contrario. Al descubrir las leyes y principios que rigen el universo, la delicada complejidad de la naturaleza y organismos, no se puede más que alabar a Dios por la magnificencia de su obra, por lo perfecto de su trabajo

en la creación, la cual aunque caída, muestra la grandeza de su Creador.

Búsqueda de los por qué

Es muy natural que en las mentes de los jóvenes, inducidos por ciertas temáticas escolares, empiecen a fluir innumerables preguntas que revelan una mente inquieta, ávida de conocimiento profundo, teleológico, sin saber que la ciencia nunca será capaz de responderlas. Ello, debido a que el método científico puede investigar aspectos sobre el *cómo* de determinados procesos o aspectos de la naturaleza, pero no puede responder a los *por qué*, por cuanto esta última pregunta lleva a las causas últimas de las cosas, escapando así del método científico. Por ejemplo, podemos preguntarnos *¿cómo* es que existe la vida en la tierra?, y apelar a la química a la biología y a la física para explicarlo, pero no podemos preguntarle a la ciencia *¿por qué* existe vida en la tierra?

En ocasiones he escuchado decir que no tenemos que indagar en temáticas de ciencia y religión porque Jesús nunca se refirió a temas científicos, y sus ejemplos para explicar el evangelio y el Reino de Dios a sus discípulos fueron sencillos, usando metáforas y alegorías sobre situaciones comunes, o tomando como referencia las flores del campo, los pajarillos, etc. Es cierto que el Señor Jesucristo fue un Maestro de excepción en la enseñanza (y esto lo escuché de labios de un académico experto en técnicas de enseñanza, que impartía la cátedra de Metodología del Aprendizaje a estudiantes de quinto año de la Carrera de Pedagogía en la universidad). La Biblia nos relata que quienes escuchaban al Señor Jesús quedaban maravillados, diciendo que jamás habían oído hablar así a hombre alguno.

Sin embargo nuestros hermanos del primer siglo no tuvieron que verse en-

frentados a este dilema que acarrea el desarrollo científico, en que, por un lado, aporta beneficios, pero, por otro, trae graves problemas asociados, incluido el atribuirse generalmente el poder de explicar o resolver casi todo, complicando así la visión de muchas personas. Ello, por cuanto hoy día se tiende a elevar a la ciencia a una categoría de deidad. «*Quien añade ciencia añade dolor*», (Eclesiastés 1:18) y mucho de ello ha venido ocurriendo en la historia humana hasta llegar al siglo último, el que ha sido llamado «la era del conocimiento» o «el siglo de la ciencia» (Piel 2001).

Hoy vivimos en la era del conocimiento que todo lo inunda, y no es posible ignorar el fuerte efecto que esto tiene en las nuevas generaciones. Antiguamente podían pasar cientos de años para lograr algunos avances en la ciencia. Actualmente, se calcula que el conocimiento científico se duplica aproximadamente cada cinco años, con disciplinas altamente complejas como la física cuántica de los superconductores, que describe al mundo de una forma distinta a la física tradicional de Newton y Maxwell, cuestionando incluso la estructura de la materia; la ingeniería genética y su aplicación a la biotecnología con posibilidades de acción insospechadas, para las que no existen normas de conducta ni leyes previstas; la nanotecnología, que es la manipulación de la materia a escala molecular, de nanómetros (un nanómetro es la millonésima parte de un milímetro), y que al unirse con la biotecnología podría eventualmente fusionar materia viva con materia inerte, fabricando organismos híbridos, cuyo comportamiento es muy difícil de predecir.

Estos nuevos paradigmas amenazan con desafiar leyes físicas y biológicas que hasta ahora son inviolables. Nuestros niños y jóvenes están fuertemente expues-

tos a estos dioses del siglo XXI, y por ello es necesario orientarles abordando estos temas complejos con una perspectiva bíblica haciendo una clara delimitación de los límites de la ciencia. Es necesario ayudarles a entender que Dios, en su infinita sabiduría, inspiró la escritura de la Biblia para ser comprendida en todo tiempo y lugar, independiente del nivel de desarrollo científico y técnico de cada época y cultura; por la tanto, nunca quedará obsoleta – como ya se dice en algunos ámbitos. Considerando que las descripciones que nos ofrece la Biblia del mundo natural nunca pierden su vigencia y que ella contiene la única, verdadera y última respuesta para el ser humano, que es Jesucristo el Señor, autor en último término de todo lo creado.

Si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada

Al finalizar el semestre recién pasado un alumno de postgrado me señalaba la desazón que le producía el hecho de haber profundizado mucho más en ciertas temáticas y, sin embargo, terminar aún más confundido que antes. Se le presentaba la paradoja de que al tener más conocimiento, se daba cuenta que sabía menos. Esto es así porque normalmente en carreras relacionadas con ciencias en pregrado los egresados se quedan con ciertos «paradigmas» y conceptos preestablecidos, con los cuales creen llegar a saber y entender ciertas cosas. Sin embargo al continuar estudios de postgrado y desmenuzar estos «paradigmas» aprendidos en pregrado se dan cuenta que se les ha removido el piso de su conocimiento y han pasado de sabios a ignorantes nuevamente, aunque la escala de esta ignorancia está unos peldaños más arriba que aquella que poseían antes de iniciar estudios superiores. Sócrates el pensador griego, a diferencia

de sus engrėidos colegas de la época que creían saber, se dio cuenta de este fenómeno, llegando a pronunciar su frase «sólo s  que nada sí».

Esto es una realidad para quienes incursionan en alguna área del saber. No obstante, esta realidad se presenta generalmente como una dicotomía entre quienes la vivencian. Por una parte, están aquellos que se sienten pequeños y humildes ante la inmensa complejidad de los fenómenos y procesos inherentes al planeta y al universo en que nos encontramos, y, por otra, los que sienten crecer su orgullo y soberbia ante el ligero y efímero conocimiento científico adquirido. Ligero, por cuanto la ciencia sólo se asema a mirar algunos destellos del multifacético prisma de los principios y procesos subyacentes en la naturaleza, y efímero, porque normalmente han de ser cambiados o mejorados.

«El conocimiento envanece», había dicho el Apóstol Pablo a los hermanos de Corinto (1  Corintios 8:1), y este conocimiento adquirido por la ciencia, incompleto e imperfecto, en tanto se entiende separado de Dios –quien en última instancia ha permitido su existencia– se transformar  en un conocimiento vano, sin sentido, elevando los niveles de soberbia y orgullo de quienes así lo tomen. No es un coeficiente intelectual de 150 o más lo que separa a un intelectual de la verdad de Cristo, llevándolo al agnosticismo; lo que realmente lo aparta es una soberbia tan enorme como una catedral, que ha crecido en su corazón envanecido por el conocimiento, aislado de su contexto que encuentra su todo en Dios.

No os toca a vosotros saber

En las últimas palabras del Señor Jesucristo dichas a sus discípulos antes de su ascensión, existe un edificante pensamiento que nos puede servir de regla a

aplicar en el tema que hemos venido tratando. Sus discípulos también con deseos de saber sobre temas que no podían o no debían, le preguntan al Señor sobre el tiempo de la restauración del reino de Israel, a lo que él les responde «*No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad*» (Hechos 1:7). Es muy importante escudriñar los textos bíblicos y profundizar en el conocimiento del Señor, pero hay cosas que no nos corresponde saber, cosas secretas de Dios y cosas vedadas en otros ámbitos también.  Qu  es lo que nos toca saber? La Palabra de Dios no deja dudas. Leemos en Deuteronomio 29:29 «*Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios, más las reveladas son para nosotros...*»; en 1  Corintios 13:8-10 se nos dice que la ciencia acabará y que sólo en parte conocemos, pero cuando venga lo perfecto entonces lo que es en parte se acabará. No obstante, el Señor en su discurso de despedida señaló además a sus discípulos que recibirían poder del Espíritu Santo, y esto es lo más grande que nos toca saber.

Por tanto, es necesario que nuestros jóvenes comprendan que por sobre todo conocimiento humano impartido en el colegio o en la universidad, está el conocimiento del Señor. No en vano reclama Dios desde la antigüedad: «*Mi pueblo fue destruido porque le faltó conocimiento*» (Oseas 4:6), porque finalmente no serán las fuerzas valóricas ni intelectuales las que alumbrar n el entendimiento de los seres humanos para llevarlos al pleno conocimiento del Señor, sino el poder del Espíritu Santo por medio de quienes haya hecho sus hijos.

Literatura citada:

- Piel G. 2001. *The age of science*.
- Reina Valera. 1995. *Santa Biblia, revisión 1995. Sociedades Bíblicas Unidas*.

LA HISTORIA DEL FRASCO

Una maravillosa historia real.

Richard H. Harvey

Realmente la clase más popular de la facultad era la de Química. La mayoría de los estudiantes, sin importar su especialidad, la tomaban durante su primer año. El profesor, el Dr. Lee, era uno de los más conocidos y honorables de la Universidad. Ostentaba muchos honores obtenidos de diferentes sociedades científicas del mundo. Su influencia era de peso, más que la de cualquier otro de los profesores.

El profesor Lee creía en Dios como Creador de la masa original que había sido arrojada al espacio y que Dios había establecido ciertas leyes que la gobernaba. Pero creía también que Dios no se interesaba mucho en el hombre y que, por tanto, era inútil buscar una relación personal con él, y mucho menos lograr su intervención directa en los asuntos de los hombres.

Las charlas del Dr. Lee

Entre los temas de sus numerosas conferencias, el Dr. Lee elegía el de la oración para la serie de charlas en la semana previa a las vacaciones de Acción de Gracias. El ciclo era de tres conferencias. La segunda conferencia enfatizaba la idea de la imposibilidad de los milagros.

Después de finalizar esta vez, algunos estudiantes nos reunimos con el Dr. Lee para conversar y yo le dije: «Dr. Lee, yo he comprobado la existencia de los

milagros. Conozco a un hombre llamado Jerry Sproul, cuyas cuerdas vocales fueron destruidas por gas en la Primera Guerra Mundial. Fue declarado incurable en tres hospitales del Ejército y se le dio una pensión vitalicia. Su caso es bien conocido por los oficiales en Pittsburg, Pennsylvania, y por los periódicos locales. Él oró por su enfermedad, y recibió en respuesta, nuevas cuerdas vocales. Sus fichas médicas están a disposición, y me sentiría complacido de obtenerlas para que usted las vea».

El Dr. Lee respondió: «Verá, yo no creo absolutamente en nada de eso. Si existiera una circunstancia tal cual usted me la describe, por supuesto deberá haber alguna explicación científica para ello». Luego, se dio vuelta y se marchó.

El desafío

La tercera conferencia era sobre la imposibilidad de obtener una respuesta objetiva a la oración. El Dr. Lee solía decir que probaría sus argumentos. Al finalizar su charla, anunciaba que bajaría de la plataforma al piso de concreto y haría un desafío. Preguntaba si había alguien que aún creía en la oración y pedía que antes que alguien contestase escuchara lo que él iba a hacer.

Decía: «Me daré vuelta, tomaré un frasco y lo mantendré con mi brazo extendido. Si alguno cree que Dios responde la oración, yo quiero que se pare y pida a Dios orando que cuando tire yo

este frasco al piso no se rompa. Me gustaría saber si sus oraciones y las oraciones de sus padres, de los maestros de la Escuela Dominical, y aún la de sus pastores podrán impedir que este frasco se rompa. Si alguno desea que algunos de ellos estén acá, pospondré con mucho gusto este experimento hasta que vuelvan del receso de Acción de Gracias».

Nunca nadie había aceptado el desafío del Dr. Lee.

Un joven de fe

Pero ese año, un joven que ingresaba, escuchó acerca del desafío y decidió en espíritu de oración aceptarlo. Creyó que Dios le había dado la promesa: «Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren...». Entonces aquel joven buscó a otro cristiano y se reunieron en oración pidiendo valentía y fe. Ellos creían que Dios mantendría aquel frasco sin romperse.

Llegó el día de la conferencia, y, al finalizar, tal como se hacía por cerca de doce años, el desafío fue lanzado.

Tan pronto como el Dr. Lee preguntó: «¿Hay alguien aquí que crea que Dios contesta la oración?», aquel joven se paró, levantó la mano, y dijo: «Dr. Lee, yo creo».

«Bien, esto es muy interesante», comenzó a decir el profesor, «Pero, estimado joven, déjeme explicarle lo que haré, y entonces usted después verá si desea o no orar. No quiero hacerle pasar vergüenza ante sus compañeros». Aquel profesor tomó el frasco y lo extendió enfrente

de él, sobre el piso de cemento. «Ahora le voy a pedir a usted que ore – si aún quiere hacerlo. Después que usted ore, tiraré el frasco y le puedo asegurar que al golpear contra el piso se va a romper en centenares de pedazos, y ninguna oración podrá impedirlo. ¿Aún desea orar?»

«Sí, Dr. Lee, quiero orar».

«Bien, esto es lo más interesante», y volviéndose a la clase dijo, sarcásticamente: «Ahora nos comportaremos reverentemente mientras este joven ora».

Entonces se volvió al joven, y le dijo: «Ahora usted puede orar». Aquel jovencito levantó su rostro al Cielo y oró: «Dios, yo sé que tú me oyes. Honra el nombre de tu Hijo Jesucristo y hónrame a mí, tu siervo. ¡No dejes que este frasco se rompa! Amén».

El Dr. Lee extendió su brazo tan lejos como pudo, y abrió su mano. El frasco cayó en forma de arco, golpeó la punta del zapato del profesor Lee, dio vuelta sobre sí mismo y no se rompió.

No hubo ningún movimiento en el aire, ninguna ventana abierta. La clase silbó, aplaudió y gritó.

El Dr. Lee nunca más volvió a dar sus conferencias anuales sobre la oración.

Hace unos años, en la Conferencia Bíblica de Notario, Canadá, conté esta historia brevemente y después de la reunión, una señora vino y me dijo: «Dr. Harvey, yo también era alumna de primer año del Dr. Lee, y le escuché aquel desafío. Lo que usted dice es exactamente la verdad.»

Tomado de 70 años de milagros.

j j j

Respuestas de «¿Cuánto sabe de la Biblia?»

1D, 2A, 3C, 4B, 5D, 6C, 7D, 8B, 9C, 10B, 11A, 12C, 13A, 14D, 15A, 16B, 17A, 18C, 19C, 20D, 21B.

CALIFICACIÓN: 13 a 15 = Suficiente; 16 a 18 = Bueno; 19 a 21 = Sobresaliente.

CARTAS

Regresando a la iglesia

Por la gracia de Dios, llego a mis manos el libro «Regresando a la Iglesia». Al leerlo descubro la verdad acerca de la verdadera iglesia de Jesucristo. Me ha sido de mucha ayuda para comprender la voluntad de Dios para su iglesia. Junto con mis hermanos hemos solicitado a Dios su dirección para cumplir verdaderamente con su voluntad y seguir sirviendo a nuestro Señor con fidelidad.

Enrique Solano Jasso, Coatzacoalcos, Veracruz, México.

Casa de Dios

Agradecemos mucho la revista Aguas Vivas concerniente a la Casa de Dios. Es una gran bendición para nuestras vidas. Los mensajes son muy profundos y edificantes. Dios continúe revelándonos las cosas reservadas para sus hijos, que tanto alegran nuestros corazones. Les estimamos y animamos a seguir en pos del supremo llamamiento en Cristo Jesús.

Jorge y Jéssica Schiantarelli, Talara, Piura, Perú.

De mano en mano

Dios los bendiga y continúe dando esa creatividad y orden al elaborar la revista Aguas Vivas. Es una bendición tenerla; sus artículos nos ayudan en nuestro crecimiento espiritual. La leemos mi hija, yo y los jóvenes de mi congregación. A veces pasan semanas sin regresarla, porque pasa de mano en mano. Estamos orando por el ministerio que nuestro Salvador les ha dado.

María Ríos, Caracas, Venezuela.

Trigo espiritual

Mi especial y fraternal agradecimiento por el amable y oportuno envío de la publicación bien llamada «Aguas Vivas». Los artículos que vienen en cada edición son de gran importancia para quienes hemos creído en Cristo Jesús. Es trigo espiritual que fortalece la fe en la santa y bendita Palabra de Dios. Deseo que la paz y la bendición de Dios reposen en sus vidas para continuar con lealtad el hermoso ministerio de la página impresa.

Maclovio Gómez L., Mission, Texas, USA

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / Año 6 · N° 32 · Marzo - Abril 2005

Equipo Redactor: Eliseo Apablaza, Roberto Sáez, Gonzalo Sepúlveda, Claudio Ramírez.

Además en esta edición: Stephen Kaung, Christian Chen, Ellen Wu, Gino Iafrancesco, Rubén Chacón, Ricardo Bravo, Marcelo Díaz, Cristian Cerda.

Diseño y diagramación: Mario Contreras.

Traducciones: Andrés Webb, Mario Contreras.

Distribución y Finanzas: Jorge Geisse D. Cta. Cte. 74-0078945-7 del Banco Santander, a nombre de Jorge Geisse & Mario Quidequeo. Fono/Fax 45-642904. Cas. 3045, Temuco, Chile.

E-Mail: webmaster@aguasvivas.cl

Suscripciones Año 2005 (Sólo Chile):

\$ 9.480 anual, 6 ejemplares (Incluye franqueo).

Encargado: Jorge Geisse jgeissed@hotmail.com

Contactos en EE. UU, Canadá y Puerto Rico:

James Huskey · Spanish Publishing Mission

P. O. Box 1339, Guthrie, OK, (73044) USA.

Email: pieshermosos@yahoo.com

Contactos en México:

Samuel González E. · Apartado Postal N° 639

C. P. 80000, Culiacán, Sinaloa, México.

Email: sammyglez@yahoo.com